Amarte es un Pecado

JENNY DEL




Amarte
es un
Pecado
JENNY DEL

Primera edición.
Amarte es un pecado
©Jenny Del.
©abril, 2026
©imágenes por Freepik y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 1



María

Mi nombre es María, y vivo junto a mi hermana Carolina, y mis padres, Manuela y Santiago, en un pequeño pueblo de la costa alicantina.

En mi pueblo, supongo que como en cualquier otro de España, nos conocíamos todos los vecinos, aunque fuera de vista.

Yo, que tenía una peluquería en una de las calles principales, solía enterarme de todos los cotilleos, ya que, mis propias clientas, venían a diario a contarme de todo.

El negocio lo llevábamos entre mi hermana y yo, pues nos llevábamos diez meses y por eso, cuando le dijimos a mi padre que queríamos estudiar un oficio y abrirlo en el pueblo, no dudó en enviarnos a la ciudad más cercana.

Cuando volvimos, con el doble título de peluquería y estética, mi padre ya nos tenía montado el local, como regalo sorpresa.

No es que fuéramos ricos, ni mucho menos, pero sí que mis padres heredaron unas tierras de sus padres y se habían decidido a venderlas, generando una buena cantidad de miles de euros, que les sirvieron, también, para reformar su vivienda y tener un buen colchoncito económico.

Mis padres tenían un pequeño supermercado en el pueblo y lo llevaban los dos, junto a un chico del pueblo que se encargaba de los repartos a domicilio.

Esa mañana, llegó una de nuestras clientas, la señora Catalina, que llevaba la vida, obra y milagro de todos los habitantes del pueblo.

—No os vais a creer de lo que me acabo de enterar —nos dijo.

—A ver, señora Catalina, ¿sobre quién va el chisme hoy? —le preguntó mi hermana.

—Venga, id poniéndome los rulos y mientras, os voy contando.

—Pase por aquí, señora Catalina, que voy a lavarle la cabeza mientras habla.

No es que la señora lo necesitara, como la mayoría de las clientas que acudían todas las semanas, pero la peluquería era el centro de los cotilleos.

Oye, no es que a nosotras nos importara un pimiento la vida de los demás, pero, mientras me dejara dinero, que charlaran lo que les diera la gana.

Lo malo hubiera sido que vinieran a cotillear sin hacer uso de nuestros servicios. En ese caso, las enviaría a la terraza del bar, para que se tomaran un cafelito.

—El párroco, ha conseguido que establezcan en la iglesia del pueblo, un seminario de sacerdotes, y mañana llegan los primeros seminaristas.

—¿No me diga? Entonces, van a estar las señoras entretenidas —le dije, riendo.

—Y las jóvenes, porque no creo que sean demasiado mayores los chicos que vengan —respondió ella.

—Señora Catalina, si son seminaristas, de poco nos van a servir a las jóvenes de este pueblo —contestó Carolina.

Mi hermana y yo nos miramos, y soltamos una carcajada, pues esta mujer tenía cada cosa que no era ni medio normal.

De verdad, lo que hacía el aburrimiento, con la cantidad de cosas que teníamos que hacer nosotras a lo largo del día.

Durante todo el día, el tema de los seminaristas fue el cotilleo de todas y cada una de las personas que fueron pasando por la peluquería durante nuestra jornada laboral.

En el momento de echar el cierre al negocio, ya teníamos todos los datos e, incluso, podríamos escribir un artículo para el periódico.

Os resumo un poquito para que os vayáis enterando. Según las señoras del pueblo, el párroco, que vivía en una casa enorme a las afueras del pueblo, había puesto a disposición de la iglesia todas las habitaciones disponibles para los seminaristas.

No es que el seminario estuviera en nuestro pueblo, sino que estaría en el pueblo de al lado, pero sí que, fuera del horario lectivo, los futuros sacerdotes harían vida aquí.

Durante el trayecto a casa, Carolina y yo fuimos hablando del tema, entre risas y bromas.

—No me puedo creer la capacidad de investigación que tienen las señoras de este pueblo.

—Ni que lo digas, Carol. Si trabajaran en Desaparecidos, no habría ni un caso sin resolver.

—¿Te las imaginas?

—Una serie de una de estas plataformas va a hacer con ellas de protagonistas.

—La cara de las seis señoras, con una lupa, un cuaderno…

—Y una pistola en alto, pero de pan con chorizo.

—Como los Ángeles de Charlie, pero versión pueblerina.

Ambas entramos a carcajadas limpias dentro de nuestra casa, donde vivíamos con nuestros padres.

Estos, al vernos llegar de esa manera, supieron al instante que había chisme, aunque lo extraño es que a ellos no les hubiera llegado nada de este tema.

—Veo que ya os habéis enterado de lo del cura, ¿no? —dijo mi padre.

—Justo de eso veníamos hablando, del CSI del pueblo —respondió mi hermana.

—Hijas, no entiendo de dónde sacan estas mujeres el tiempo y las ganas para investigar —dijo mi madre.

—Mamá, tiempo tienen todo el del mundo, y ganas, esas les sobran —dijo Carolina.

—Además de verdad, ellas se levantan todos los días pensando en la manera de encontrar un chisme para matar el aburrimiento —intervine yo.

—Si se ocuparan de sus asuntos, ya verían cómo no tenían que matar ningún aburrimiento, se hubiera suicidado solo —soltó mi padre.

Mi hermana y yo soltamos una carcajada, y es que Santiago, mi padre, tenía toda la gracia del mundo.

Mi padre era andaluz de nacimiento, al igual que mi madre, pero toda la familia era natural de este pueblo.

Mis abuelos, tanto maternos como paternos, se marcharon muy jóvenes allí, a trabajar en el campo. Cuando mis padres nacieron, decidieron volver, ya que no tenían a nadie que los cuidaran.

No es que estuvieran sincronizados, ni mucho menos, pero eran amigos desde que eran niños y tomaron la decisión juntos, porque, ninguno de los dos quería quedarse allí sin la presencia del otro.

El destino hizo que sus hijos se enamoraran y se casaran, y eso fue la mayor dicha que pudieron tener.

Con nosotras tenían locura y, hasta sus últimos días, estuvieron pendientes de sus nietas.

Por desgracia, tan solo nos quedaba mi abuela Luisa, la madre de mi madre, que no consintió en venirse a vivir con nosotras en el momento en el que se quedó viuda, pero vivía en la casa contigua a la nuestra.

Tenía una casa preciosa, de dos plantas, y con entrada independiente. Decía que el abuelo la había construido así con la idea de que mis padres se fueran a vivir con ellos.

Es cierto que, de recién casados, y mientras que se hacían un colchón económico que les permitiera vivir tranquilos, vivieron allí.

Eran dos casas en una. Me explico: en la planta baja vivían mis abuelos, ahora ya, mi abuela sola, y contaba con todo lo necesario. En la planta alta, que estaba cerrada ahora, podíamos encontrar las mismas estancias.

Si la planta baja tenía un jardín precioso, la superior contaba con una terraza envidiable, que le daba la vuelta a la casa en su totalidad.

Lo único que tenían las dos casas en común era la piscina y el garaje para dos coches. Algo inútil, porque ni mi hermana, ni yo, teníamos vehículo.

—Hija, me gustaría contaros la propuesta que nos ha hecho la abuela Luisa —nos dijo mi madre.

—Uf, miedo me dan las propuestas de mi abuela —respondió mi hermana.

—A ver, mi madre dice que ya no quiere vivir sola…

—Pues que se venga aquí, con nosotros —les contesté yo, porque era obvio.

—Eso mismo quiere hacer, pero, a cambio, quiere que vosotras os vayáis allí, una en la planta baja y la otra en la parte superior.

Mi hermana y yo nos miramos, pues días antes, habíamos estado pensando en independizarnos, y dijimos de buscar una casa en la que pudiéramos vivir las dos.

—Por mí, no hay problema —dijo Carolina.

—Ni por mí. Es más, hace unos días, Carol y yo, estuvimos hablando de independizarnos —respondí.

—Tu madre y yo también lo habíamos hablado, de ir mirando una casita para vosotras. No porque quisiéramos que os marcharais, ni mucho menos, pero mirando al futuro —dijo mi padre.

—Y yo le dije que era una tontería gastar el dinero en algo que ya tenéis.

—Claro, como que tú ya habías hablado con tu madre, no te fastidia.

Mi madre lo miró como si hubiera cometido un sacrilegio, mientras que mi hermana y yo soltamos una carcajada.

Quedamos en que, al día siguiente, que era domingo, acudiríamos a la casa de mi abuela para ver las reformas y todo lo que necesitaba la vivienda para que estuviera a nuestro gusto.

—Está reformada entera, aunque no dudo que queráis cambiar la decoración —nos informó mi padre.

—Al menos la planta inferior; a la superior hace mucho que no subimos —dijo mi madre.

—Bueno, mañana vamos y ya concretamos todo. Pero, la abuela, que se venga ya.

—Sí, mamá, yo comparto habitación con mi hermana, que a ninguna nos importa hacerlo —dijo Carolina, mientras que yo asentía con la cabeza.

—Hablaré con ella cuando terminemos de cenar —dijo mi madre.

Mi hermana y yo nos fuimos a darnos una ducha y a ponernos cómodas, pues los pies nos dolían horrores de estar todo el día de pie.

Capítulo 2



Pablo

Acababa de terminar mi carrera de Magisterio en Educación Infantil, y me disponía a hablar con mis padres para comunicarles mi decisión de prepararme para unas oposiciones.

Sabía que no les iba a gustar lo que les iba a decir, y que cogerían un enfado de campeonato, pero me daba igual, era mi vida y era lo que quería.

Os estaréis preguntando el motivo de ese enfado, pero no os preocupéis, que yo os lo voy a contar. Aunque creo que, para que lo entendáis mejor, tendré que empezar por explicaros la situación de mi familia.

Mi nombre es Pablo y tengo veintidós años. Soy el pequeño de tres hermanos, e hijo de doña Engracia y don Silverio, sí, tal y como lo estáis leyendo.

Mis padres eran de una familia acomodada, que se pensaba que seguía viviendo en el siglo dieciocho, pues tenían completamente organizada la vida de su familia.

Eran de gran arraigo religioso, de los que iban, y nos obligaban a los demás a ir, a misa cada domingo a las nueve de la mañana, para luego ir a desayunar todos juntos a una cafetería cercana.

Los sábados era el día de la comida familiar, y no podía faltar nadie, ni porque estuvieras enfermo. Mi madre siempre decía lo mismo, si no te

encuentras bien, pues te buscas mejor.

Mi hermano mayor, Sebastián, fue criado para que se hiciera cargo de la empresa familiar, una fábrica de cerámica que levantó mi bisabuelo.

En cuanto terminó la carrera de Administración y Gestión de Empresas, mi padre hizo que empezara a trabajar en ella.

Lo hizo desde abajo, porque, según mi padre, no podías opinar que algo estaba mal hecho cuando ni tú mismo sabías cómo se hacía.

Con veintitrés años, lo casaron con la hija de unos amigos. Él dice que se enamoraron, pero no me lo creí en su momento, ni me lo creo ahora. Eran los planes que tenían mis padres para él, y tenía que cumplirlo.

Por supuestísimo que estaban en contra de cualquier método anticonceptivo. Mi padre decía que una familia tenía que aceptar los hijos que le enviara el señor.

Por eso, Sebastián, con veintisiete años que tenía, ya era padre de tres hijos, y otro que venía en camino. Marcos tenía cuatro, Marina, tres, y Francisco, uno y medio, convirtiéndolos en familia numerosa.

Veía a mi hermano de lo más agobiado, pues su mujer compartía pensamientos con mis padres, ya que era para lo que la habían educado.

—Sebas, si no eres feliz, ¿por qué no le pones remedio?

—No digas tonterías, Pablo. Además, te he dicho que no me llames así, que soy Sebastián.

—Hermano, tienes menos de treinta años y tienes el carácter de un señor de setenta cansado ya de vivir.

—Métete en tus asuntos, haz el favor.

Esa conversación la habíamos tenido millones de veces. Ya, por último, pasaba olímpicamente de decirle nada.

Con respecto a Alejandra, mi hermana, ella no tuvo la oportunidad de estudiar, y no porque fuera mal estudiante o no quisiera, sino porque no se lo permitieron.

Sus únicas enseñanzas fueron las obligatorias. Después de eso, la inscribieron en una escuela de amas de casa, en donde la enseñaron a coser, a cocinar, y todo lo que, según mis padres, debía conocer una mujer antes de casarse.

Efectivamente, tal y como estáis pensando, a mi hermana le buscaron el marido ideal, que la iba a tener como una reina, y que era diez años mayor que ella.

La boda fue sonada en el pueblo en el que vivíamos, y no precisamente porque fuera un derroche de amor, sino por el dolor que les produjo, tanto a mi hermana, como al chico del que estaba enamorada.

Contra las decisiones de mis padres era difícil luchar, porque lo primero que te decían era que, si no acatabas sus órdenes, a la calle, con una mano delante y otra detrás.

En este caso, el chico del que estaba enamorada mi hermana estaba estudiando Derecho y no tenía más familia que su madre, viuda, con lo cual no podía ofrecerle a mi hermana nada.

Se casaron cuando ella tenía veintidós años, y tenían un hijo, Alejandro, de un añito. Mi hermana tenía ahora veinticinco y, por mucho que ella dijera que no, tenía claro que tomaba la píldora, pues lo descubrí un día, por casualidad.

Y ahora me tocaba a mí. Ninguno de nosotros sabía los planes de mis padres con respecto a mí, pero iba a luchar en contra de todo, así me fuera la vida en ello.

Salía de mi habitación para ir a hablar con ellos, cuando me crucé con mi padre por el pasillo, que venía a buscarme.

—Pablo, tu madre y yo queremos hablar contigo, te esperamos en la biblioteca.

—Yo también quiero hablar con vosotros.

Sí, en mi casa había una biblioteca, con libros de todo tipo, aunque jamás vi a ninguno de mis padres o mis hermanos entrar y coger un libro para sentarse a leerlo frente a la chimenea.

Cuando llegamos a esa estancia, ya estaba mi madre sentada y arreglada como si estuviera esperando a que la atendiera el Papa.

En mi puñetera vida había visto a mi madre en chándal, por ejemplo. Ella se levantaba ya maquillada y ataviada con sus mejores galas y sus altísimos tacones.

—Siéntate, Pablo, tenemos que hablar —me dijo ella.

—Mamá, papá, me gustaría deciros que quiero seguir estudiando, quiero prepararme unas oposiciones…

—No digas más tonterías, hijo. Tú ya tienes un plan que cumplir —me contestó ella.

—Seguirás estudiando, sí, pero teología y todo lo necesario para que seas un buen sacerdote. Entrarás en el seminario del pueblo dentro de tres días —me dijo mi padre.

Os prometo que pensé que había escuchado mal, o que era una broma de mal gusto, y solté una carcajada que me salió de lo más hondo de mi cuerpo.

—Buena broma, papá. Por un momento, me lo había creído y todo.

—Ninguna broma, Pablo. Estoy hablando completamente en serio —me respondió mi padre.

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo voy a ser un sacerdote si no tengo la vocación necesaria para eso?

—Esa vocación te saldrá con el tiempo, no lo dudes. En cuanto entiendas que todos venimos a este mundo con un propósito, verás que ese es el tuyo —me dijo mi madre.

Me levanté y empecé a dar vueltas por todo el salón. Quería gritar, quería llorar, pegarle un puñetazo a algo, pero no podía dejar salir todo lo que llevaba

en mi interior.

Salí de allí sin decir absolutamente nada, y me encerré en mi cuarto a sopesar las posibilidades y las opciones que tenía para no cumplir con los planes de mis padres.

No tenía donde caerme muerto, porque, aunque no os lo creáis, mis padres estaban como titulares en todas las cuentas de sus hijos, de manera que, si ellos no firmaban, no podíamos sacar ni un céntimo.

Ahora entendía el motivo por el que no me habían revelado sus planes antes de tiempo, para que no pudiera hacerme con un colchón que me sirviera ahora, sacando dinero con cualquier excusa de mis estudios.

Si quería sacarme las oposiciones, tendría que entrar en ese seminario y permanecer en él, al menos, el tiempo que tardara en sacarme una plaza de maestro.

Salí de mi habitación horas después, con la intención de decirles a mis padres que seguiría con sus planes.

Lo que no pensaba decirles es que, una vez que lo hubiera conseguido, colgaría los hábitos, si es que los hubiera tomado ya para entonces.

—Está bien, entraré en el seminario, pero no quiero abandonar mi sueño de ser profesor.

—Hijo, en cuanto seas sacerdote, puedes optar por dar clases de religión en cualquier centro católico —me dijo mi madre.

—Bueno, ya veremos. De momento, quiero que me compréis los libros para opositar, para complementar una cosa con la otra.

—Está bien, aunque será tirar el dinero, ya que no tendrás tiempo para eso —contestó mi padre.

Así tuviera que estudiar de noche y llevarme meses sin dormir apenas nada, lo tenía que hacer y, lo más importante, lo tenía que conseguir, pues mi futuro dependía de ello.

Esa noche salí con mis amigos de la universidad, para despedirme a lo grande, y pensaba acostarme con la chica que me gustara.

Tan solo el pensar que tendría que llevarme tanto tiempo sin estar con una mujer, hacía que la piel se me erizara, ya que el sexo era algo que me fascinaba. Supongo que como a todos los chavales de mi edad.

—No vuelvas demasiado tarde, no estaría bien en un futuro sacerdote — me dijo mi madre.

—No volveré hasta mañana, bien entrado el día, pues vamos a la ciudad.

—Sabes que no me gusta, hay demasiado pecado en los antros a los que vas.

No le hice caso, o me enzarzaría en una discusión que, ni quería, ni me convenía.

Capítulo 3



Pablo

Mis amigos me recogieron en la estación de autobuses, pues no quise coger el coche para poder beberme hasta el agua de los floreros.

—Tío, pensé que ya no llegabas —me dijo Mario, dándome un abrazo.

—He tenido movida en mi casa. Cuando os cuente lo que pretenden mis padres que haga, os vais a caer de culo —les conté.

—De tus padres, me puedo esperar cualquier cosa —dijo Sergio.

—Te aseguro que esto no, no me lo esperaba ni yo, con eso te lo digo todo. Pero, por favor, os lo cuento delante de una cerveza fría.

Entramos en un restaurante a cenar, y, una vez que estuvimos acomodados en una mesa y nos habían servido la bebida, me dispuse a contarles todo.

Mario me miraba ojiplático, mientras que Sergio, se doblaba de la risa. Tenía hasta las lágrimas saltadas, pero a mí no me hacía ni puta gracia.

—No sé de qué coño te ríes, Sergio.

—Tío, no lo puedes estar diciendo en serio. Cómo se nota que tus padres no te conocen…

—Completamente en serio. Y tengo que hacerlo, tengo que aguantar el tiempo necesario para poder sacarme las oposiciones y mandar todo a la mierda.

—Pablo, de verdad, no es justo que mangoneen tu vida, y mucho menos que te dejes mangonear —me dijo Mario.

—¿Qué quieres que haga? No tengo donde caerme muerto.

—Puedes venirte a mi casa. No te prometo lujos, pero sí un plato de comida y un techo —me contestó Sergio, que ya se había puesto serio.

—Te lo agradezco, de verdad, pero si hago eso, no dudo que moverán cielo y tierra para que, tanto tú, como yo, terminemos arruinados.

—Joder, tío, me parece todo de lo más surrealista.

—Dímelo a mí. Pero ahora, quiero olvidarme de todo, beber hasta la extenuación y acostarme con una mujer, que me deje satisfecho para todo el tiempo que tendré que estar allí.

—Mientras estés en el seminario y no te ordenen sacerdote, podrás echar una canita al aire, hombre.

—¿Con quién? Si a donde me llevan es un pueblo que tiene cuatro calles, todas las vecinas serán ancianitas, y eso no me va.

Mis amigos empezaron a reírse, hasta el punto de que a Sergio le salió la cerveza por la nariz.

De ahí nos fuimos a una discoteca cercana, donde, nada más entrar, le eché el ojo a una mujer, preciosa, que estaba al final de la barra.

—Lo siento, chicos, pero voy a cazar —les dije.

—Que tengas suerte, amigo, porque no tendrás otra oportunidad —me contestó Sergio.

Lo miré riendo y, con esa sonrisa, me acerqué a la chica que no me había quitado el ojo desde que entré por la puerta de la discoteca.

Está mal que yo lo diga, pero era un hombre que nunca había tenido problemas para ligar.

No sé si seré guapo o no, pero sí que tengo la labia suficiente como para que las chicas cayeran rendidas a mis pies.

No me había enamorado nunca, preferí vivir la vida y disfrutar de la edad que tenía. Sabía que me llegaría el momento en el que se cruzara una mujer que me quitara el aliento, pero como no había sucedido, pues me acostaba con toda la que me gustaba y estuviéramos de acuerdo.

—Hola, preciosa, soy Pablo. ¿Me dejas que te invite a una copa?

—Hola, precioso, yo soy Sofía, y sí, te dejo que me invites a una copa.

Me gustó mucho la manera en la que me contestó, con todo el arte del mundo y utilizando mis mismas palabras y la misma estructura que yo había usado con ella.

—¿Qué tomas?

—Una ginebra con tónica, con una rodaja de limón y sin especias.

—Vaya, una chica con las ideas claras.

—Uy, no lo sabes tú bien, y por eso, te voy a hablar sin rodeos.

—Así me gusta, una mujer empoderada, adelante.

Le hice un gesto con la mano para que tuviera la valentía de decirme todo lo que necesitaba contarme, pero lo que no me esperaba era la respuesta que me dio.

—Me gustas desde que te he visto entrar, y quiero pasar la noche contigo, pero solo será eso, una noche. Si te conviene, bien, si no, me tomo la copa y me marcho a buscar a otro que me deje satisfecha.

—Joder, Sofía, eso es ser directa y lo demás un cuento.

—¿Lo aceptas o te da miedo una mujer decidida?

—Por supuesto que lo acepto, y no, no me da miedo, todo lo contrario, me atrae muchísimo.

Pedí las dos copas, que nos tomamos mientras charlábamos, y nos fuimos a la pista.

Sofía se arrimó a mí, y se puso a bailar de una manera muy sensual, pegada a mi cuerpo y calentándome todo lo que pudo y más.

En determinado momento, la cogí por la cintura y la pegué aún más a mí, mirándola a los ojos. No me aguanté más, y la besé, de una manera ruda, que era lo que me pedía el cuerpo.

—¿Qué te parece si nos vamos a mi casa?

—Me parece una idea fantástica, siempre y cuando no esté demasiado lejos.

—No, vivo justo en la puerta de al lado.

Os podéis pensar que era una locura, porque podría tratarse de alguien que quiera robarme o cualquier otra cosa, pero os prometo que ni siquiera lo pensé.

Efectivamente, se trataba de un piso de estudiante, ya que ella estaba estudiando la carrera de Medicina y tenía otra compañera, que había ido a ver a sus padres a otra localidad.

—No suelo ser tan directa, pero es que, desde que comparto piso con mi compañera, no echo un polvo en condiciones.

Lo dijo de una manera, que me provocó una carcajada, y me acordé de lo que me esperaba a partir de ahora.

—No te preocupes, que yo pretendo que nos quedemos saciados para una buena temporada.

—A ver si es verdad, y me sirve para recordarlo cuando coja mi aparatito.

La pegué a la pared de su habitación y la besé, bueno, más bien, la devoré, porque lo hice con ganas, y ella estuvo de acuerdo, porque me respondió de la

misma manera.

En menos de dos minutos, ambos estábamos desnudos. Tenía un cuerpo espectacular, pero lo que más me gustó de ella fue la manera en la que me miraba y se mostraba a mí, sin ningún tipo de pudor.

Me cogió de la mano y me llevó hasta la cama, donde me empujó para que me quedara sentado a los pies de esta.

Se sentó a horcajadas sobre mí, cogiendo mi miembro con su mano y acariciándolo de arriba abajo, haciendo que las primeras gotas preseminales hicieran su aparición.

Las quitó con su dedo, y se lo llevó a la boca. Ese gesto me puso cardíaco, y ella se dio cuenta de eso, por lo que, no dudó, se puso de rodillas ante mí y lamió de la base a la punta.

Estuvo haciendo lo mismo todo el tiempo que le dio la gana, introduciéndola en su boca y alternando su lengua y su mano, volviéndome loco.

Cuando ya estaba a punto de correrme, y como no quería terminar ahí, la levanté del suelo, y me tumbé en la cama, haciendo que ella siguiera en la misma postura que estaba antes de bajar a lamer mi miembro, pero esta vez en mi boca.

Hice que se corriera en pocos minutos, y lo hizo con un grito que me puso más caliente de lo que ya estaba.

La tumbé sobre la cama y me coloqué un preservativo, antes de penetrarla de una fuerte estocada. En ese asalto, cambiamos de postura un montón de veces.

Unas veces era ella la que llevaba la voz cantante, y otras muchas, la llevaba yo, hasta que ambos alcanzamos el clímax.

—Si este ha sido el principio, no me quiero imaginar cómo voy a terminar.

—Estoy cumpliendo con lo que te he dicho antes, ni más, ni menos.

—Pues espero que te recuperes prontito, porque me he quedado con ganas de más, te lo aseguro.

—Sí que lo hago, pero mientras, podemos jugar con otras partes de mi cuerpo.

Lo que pasó a continuación, no me había pasado nunca, pues esa chica sacó del cajón de su mesilla de noche un amplio catálogo de juguetes sexuales que parecía el muestrario de un sex shop.

Nos llevamos toda la noche, entre juguetitos y nuestros cuerpos, y, a las nueve de la mañana, ya estaba completamente agotado.

Decidí levantarme y marcharme a casa, allí descansaría, porque como me quedara un minuto más, me iban a tener que escayolar hasta las pestañas.

No sabía si la compañera era monja y se alarmaba por todo, no permitiendo que Sofía disfrutara plenamente de su sexualidad, o si es que esta mujer tenía un problema de adicción al sexo.

El caso era que me fui para casa mucho más que satisfecho, os lo puedo asegurar.

Capítulo 4



María

Tal y como teníamos pensado al levantarnos, Carolina y yo nos fuimos hasta la casa de la abuela.

Habíamos acordado que yo me quedaba la planta baja de la casa y ella la superior, pues siempre le había gustado muchísimo la terraza.

Aparte de comprobar todo lo que necesitaba, queríamos ayudar a mi abuela a recoger su ropa y sus enseres personales para que se fuera ya mismo a vivir con mis padres.

Mi abuela no era demasiado mayor, pero creo que, al enterarse de que mis padres querían comprarnos una casa para las dos, tuvo claro que quería que viviéramos en su casa.

—Abuela, ya estamos aquí —le dijo Carolina, abriendo la puerta.

—En la cocina, mis niñas —respondió.

Cuando llegamos, allí estaba ella, haciendo un estofado de carne con patatas, que era nuestra comida favorita.

—Desde luego, abuela, que ya tenemos edad de hacernos de comer nosotras solas —le dije, dándole un beso en la mejilla.

—Es que, como ya tenía todo recogido, me aburría, así que lo he preparado todo para llevárnoslo a casa de tus padres.

—Ay, Luisa, Luisa, que eres única —le dijo mi padre, que nos había acompañado.

Mi abuela tenía sesenta y tres años, y llevaba viuda cinco. Su marido, al igual que mis otros abuelos, iba en el coche camino de la ciudad cuando, el conductor de un autobús perdió el control y chocó con el coche de ellos.

Para nuestra familia fue un golpe muy duro, al igual que para el conductor, que dio negativo, tanto en alcohol como en drogas, y es que no fue un fallo humano, sino mecánico, ya que, se partió la dirección del autobús.

No solo perdió a su marido en ese accidente, que además era muy joven, sino que también se fueron con él sus mejores amigos, las personas en las que se apoyaba cuando estaba triste o tenía un problema.

Mis padres también eran jóvenes, pues mi madre tenía cuarenta y tres años y, mi padre, contaba con cuarenta y cinco.

Ellos también decidieron ser padres muy jóvenes, porque, según ellos, así podrían disfrutar cuando fueran mayores, puesto que nosotras ya seríamos adultas.

Mi abuela nos dio las llaves de la planta de arriba y mi hermana se quedó maravillada. Retiró las sábanas que tapaban los muebles y se encontró con que, aparte del polvo que tenían, eran preciosos.

No eran los típicos muebles de hacía veinte años, sino que mis padres optaron por comprar otros muchos más modernos y de calidad.

Haciendo un recuento, lo único que necesitaba comprar era menaje del hogar, que no tenía ninguno, y los colchones, porque hasta el baño estaba completamente reformado.

Yo no tuve tanta suerte, pues en mi casa tenía que hacer una reforma bastante considerable. Mi abuelo no quiso cambiar nada desde que entraron a vivir en ella, y no tenía nada que ver con la planta que había elegido mi hermana.

—María, no me parece justo que yo no tenga que gastar nada y tú lo tengas que gastar todo.

—Carol, el destino lo ha querido así. Ambas elegimos la planta antes de ver el estado en el que se encontraba.

—Lo sé, pero me sigue pareciendo injusto. Por todo ello, te pido que paguemos la reforma a medias.

—Ni loca, Carolina. Es mi casa y son mis gastos.

—Te equivocas, hija, es tu casa y serán mis gastos —dijo mi padre.

—Papá, tú ya hiciste bastante montándonos la peluquería; no pienso permitir que pongas ni un céntimo más en algo que me corresponde a mí.

—Estáis los tres equivocados. Tomad, niñas —nos dijo mi abuela, entregándome un cheque, al igual que a mi hermana.

—Abuela, ¿qué es esto? —preguntó mi hermana.

—Un cheque, hija, que un saco de escombros me parece que no es.

—Eso ya lo sé, pero no entiendo a qué viene —le dije yo.

—Pues viene a que, cuando el abuelo falleció, me dieron el dinero del seguro de los tres, pues cada uno de nosotros era beneficiario del otro…

Mi abuela nos explicó que, cuando se hicieron el seguro de vida, tanto una pareja como la otra, decidió que quien quedara vivo el último, sería el encargado de custodiar el dinero para las niñas.

Las niñas éramos nosotras, que no pudimos evitar que las lágrimas cayeran por nuestras mejillas, sin control.

—La parte de vuestros abuelos paternos la he repartido a la mitad para cada una, equitativamente. La de vuestro abuelo, y teniendo en cuenta que tu hermana tendrá que gastarse un dineral en arreglar esta casa, ha sido menos equitativa —nos explicó.

—Abuela, pero este dinero es tuyo, te pertenece a ti.

—No, María, ese dinero es vuestro, tan solo he esperado a que llegara el momento adecuado para dároslo.

Nos explicó que pensaba hacerlo para que montáramos nuestro negocio, pero mi padre se le adelantó. Por eso, ahora no había esperado a que tuviera presupuesto, para que no se le adelantara nadie.

Mi abuela Luisa era alguien especial en la vida de todos, porque hasta mi padre la adoraba, y era extraño que un yerno quisiera a una suegra como se querían ellos dos.

—Creo que deberíamos ir a buscar a un profesional y que te haga un diseño de la reforma que quieres —dijo mi padre.

—Papá, es domingo, no creo que haya nadie dispuesto a trabajar hoy —respondió Carolina.

—Eso es porque no conoces a Marcelino —dijo mi padre, riendo.

—Uy, ese trabaja hasta de madrugada si vas a buscarlo. No he visto a nadie más pesetero que ese hombre —respondió mi abuela.

Mientras que la comida se terminaba de hacer, mi padre metió las cosas de mi abuela en el coche y de camino a su casa, para dejarlo todo, avisaría a Marcelino.

Lo conocíamos de oídas, pues se las pasaba trabajando de sol a sol. Era soltero, sin hijos y sin más familia que un sobrino que vivía fuera.

—Hija, ya está aquí Marcelino, que, justo ayer, terminó su último proyecto.

—Hola, Marcelino, buenas tardes.

—Buenas tardes, niña, dime qué es lo que tienes pensado hacer en esta casa.

Marcelino sacó una tableta, y me hizo gracia que pudiera utilizar algo tan moderno viendo su aspecto.

Os lo voy a describir para que os hagáis una idea: Marcelino era como el de aquella serie de los noventa, en la que los protagonistas no eran los mejores albañiles del mundo.

Venía con un pantalón de esos de obra, azul, unas botas y una camiseta de tirantes. El lápiz detrás de la oreja, y una maleta en la que traía la tableta y un cuaderno que había visto tiempos mejores.

Su cabeza no había visto una peluquería desde el día antes de que hiciera la comunión, y parecía la barriga de un perro, con los pelos como pelusa y rizados.

Mi hermana se acercó a mí, mientras que Marcelino iba sacando sus útiles de trabajo.

—Le podemos dar como propina un bono para la peluquería.

—Sí, pero no creo que lo utilizara él.

Soltamos una risa por lo bajini, pues no queríamos que el hombre se sintiera mal por nuestros comentarios, que cada uno gastaba su dinero en lo que le daba la gana.

Le fui indicando, estancia por estancia, lo que quería, mientras él lo iba anotando en su cuaderno.

Lo primero que me interesaba era una planta abierta en las salas comunes, que unificara la cocina, el salón y el comedor.

En el dormitorio principal, quería que se añadiera el cuarto de la plancha, y que se convirtiera en un vestidor.

Y en el baño principal, quería una bañera con patas y una ducha con hidromasaje, pues tenía sitio suficiente como para poner todo eso y que me quedara de lo más espacioso.

—En los otros dormitorios, tan solo quiero un lavado de cara, pintarlo y poco más.

—Podías cambiar las puertas de los armarios empotrados, actualizarlas —me dijo Marcelino.

—Bueno, todo depende de lo que me cueste la reforma que quiero.

—Marcelino, apúntalo también, que eso lo pago yo —dijo mi padre.

Por mucho que discutí con mi padre, no logré convencerlo de que no hacía falta.

Mientras nosotros discutíamos, Marcelino se puso manos a la obra con su tableta, en la que me mostró cómo quedaría mi casa después de la reforma.

No podía ser más bonita. Me dijo que lo haría en seis semanas y me dijo el precio, que era la mitad de lo que me esperaba.

—Marcelino, quiero que sean materiales de primera calidad. No por ahorrarme unos euros, que luego se vaya cayendo todo a pedazos.

—Eso, ni lo dudes. Te doy ese precio porque yo trabajo directamente con los mejores proveedores, sin intermediarios. Lo único que pido es que la casa esté vacía cuando empiece a trabajar.

—Pues, entonces, tenemos un trato.

Quedamos en que le haría una transferencia con la mitad del importe que me había solicitado, para que fuera comprando el material, y teníamos tres días para dejar la casa vacía.

Capítulo 5



Pablo

Llegué a mi casa y me encontré a mi madre, de brazos cruzados, sentada en el salón.

Si no fuera porque la ropa que llevaba era distinta, podría decir que llevaba allí desde la noche anterior, misma cara, misma postura.

—¿Te parece bonito llegar a estas horas y con esas pintas?

—Mamá, vengo de fiesta, como cualquier chico de mi edad.

—¡Tú no eres cualquier chico de tu edad! Me parece que todavía no te has enterado de que tú eres un Gil con un futuro en el sacerdocio.

—No, mamá, soy un Gil, al que no le han dado la oportunidad de decidir si es eso lo que quiere o no.

—Como a todos tus hermanos. ¿Acaso crees que para ellos no supuso un sacrificio seguir con nuestros designios?

—Al menos, ellos pueden follar.

—No seas grosero, Pablo, y habla bien, que no te hemos educado para eso.

Me entraron ganas de responderle que ni siquiera me habían educado, que pasé mi infancia en los mejores internados, viniendo a casa tan solo en

vacaciones, pero sería enzarzarme en una discusión inútil.

Gastaría mis energías y mis fuerzas para nada, por lo que me di media vuelta y subí a mi habitación, dejándola protestando en el salón.

Me di una ducha que me resultó de lo más reconfortante, y me metí en la cama. No habían pasado ni dos horas, cuando la puerta de mi habitación se abrió de forma repentina, dándome un susto de muerte.

—Levanta ahora mismo, estas no son horas de dormir —dijo mi padre, mientras mi madre me miraba, desafiante.

—Papá, me acabo de acostar. Te recuerdo que anoche salí de fiesta.

—Y a mí me importa un carajo, Pablo. Si has tenido cuerpo para mantenerte en pie de juerga, lo deberás tener ahora para comer, pues vienen tus hermanos y tus sobrinos.

—¿La comida familiar no era los sábados?

—La hemos pasado a hoy por un compromiso de tu hermano Sebastián.

—Demasiado te hemos dejado pasar que no asistieras hoy a misa… —masculló mi madre.

—No te preocupes, con todas las que me voy a tener que tragar, tendré reservas para los días en que me las haya saltado.

Mi padre me dio un bofetón que me cruzó la cara. Nunca se había comportado así conmigo, y supe que, si no quería que me echara a la calle, tendría que seguir obedeciendo.

Me levanté de la cama y me vestí como si la comida, en vez de ser en mi casa, fuera en el Palacio de la Zarzuela.

Según mi padre, daba igual dónde fuera; era domingo y uno se tenía que poner sus mejores galas, que para eso era el Día del Señor.

Lo que no consiguieron fue que me pusiera corbata; me negaba a hacerlo. Con una camisa y una chaqueta, íbamos en coche de caballos, encima, con el

calor que hacía.

Intenté que me dejaran el verano para disfrutarlo, pero fue completamente inútil. El seminario empezaba en el mes de julio, y no me iba a saltar ni un solo día.

Mi hermana parecía derrotada, incluso le vi como un moratón en el brazo; por eso, en cuanto nos quedamos a solas, no dudé en preguntarle.

Nosotros éramos los más cercanos en cuanto a edad, y siempre nos habíamos llevado muy bien.

Fui el único que se opuso a su boda, pero como era el pequeño, nadie tuvo en cuenta mi opinión.

—Alejandra, ¿te ocurre algo?

—No te preocupes, Pablo, es cansancio, el niño da mucha guerra.

—¿Ese moratón que llevas en el brazo también es cansancio?

Mi hermana me miró con una sonrisa que no les llegaba a los ojos, la tristeza la estaba consumiendo, y no pude hacer otra cosa que abrazarla.

—Jamás me ha puesto la mano encima, hermanito. No es malo, no estoy enamorada de él, pero no es un mal hombre.

—No puedes continuar ahí, Alejandra, no eres tú. Estás apagada.

—No puedo hacer otra cosa. ¿Dónde voy? Además, mamá haría todo lo posible para que me quitaran la custodia de mi hijo, y eso sí que no lo soportaría.

—Joder, ¿tu marido no se da cuenta de que estás enamorada de otra persona?

—Claro que lo sabe, pero le da igual. Él tampoco lo está de mí, pero le viene bien que me mantenga a su lado, como la familia perfecta.

—¿Has vuelto a saber algo de…?

—Sí, ha conseguido una plaza de cirujano en un prestigioso hospital de Nueva York, y se casa con una chica que ha conocido allí.

Mi hermana no pudo reprimir las lágrimas al decirlo, la apreté más fuerte contra mí, y así nos encontró mi madre.

—¿Ya estás otra vez con tus dramas, Alejandra? —le preguntó a mi hermana.

—No son dramas, pero claro, eso tú no lo sabes, como te dejaste el corazón en el coche… —le respondí, enfadado.

—Actuar con el corazón no sirve para nada, lo importante es hacerlo con la cabeza, que será la que te lleve por el camino adecuado.

—Y lo dice la que ha hecho lo que ha querido toda su vida.

—Uy, no sabes lo equivocado que estás. ¿Acaso piensas que yo me casé enamorada de tu padre?

—No, hijo, cuando tu madre y yo nos casamos, nos habíamos visto dos veces, pero fue una decisión que tomaron nuestros padres. Y aquí nos tienes, treinta años después, y con una familia maravillosa —me dijo mi padre.

Lo miré elevando una ceja, porque eso de que éramos una familia maravillosa, más paradito.

Jamás le vi a mi padre un gesto de cariño con mi madre, ni siquiera un mísero beso en los labios, al igual que tampoco vi a ella sonreír por algo que le hubiera dicho o hecho mi padre.

Mi hermana se limpió las lágrimas y volvimos al salón, donde nos encontramos a mi hermano, discutiendo con su mujer.

Tan solo hizo falta una mirada de mi padre para que mi hermano cortara la conversación, pero de algo nos pudimos enterar.

Mi cuñada le reprochaba a mi hermano que lo había pillado en actitud muy cariñosa con su secretaria, mientras que él le decía que ella sabía que se había casado obligado por mi padre.

Al final, no era oro todo lo que relucía, y por eso tomé la determinación de que me partiría los cuernos para salir del seminario antes de que me ordenaran sacerdote, pero con una plaza fija y un futuro lejos de mis padres.

Cuando lo consiguiera, convencería a mi hermana para que dejara su vida y se mudara conmigo, no quería que vertiera ni una lágrima más.

La comida se llevó a cabo en completo silencio, uno que tan solo se rompió con el ruido que hacían los niños, que ya habían comido y jugaban en la alfombra.

—He tomado la decisión de que me voy a practicar una vasectomía; con cuatro hijos ya tenemos bastante —dijo Sebas, mi hermano.

—Pero, yo no quiero. Va en contra de mis principios —le dijo su mujer.

—Hijo, eso es una cosa de Dios; si quiere bendeciros con más hijos, estáis en la obligación de recibirlos con todo el amor del mundo —le contestó mi padre, dándole la razón a mi cuñada.

—Podremos tener todo el amor que exista, pero lo que no tenemos es tiempo. Quiero poder salir a tomar una copa con mis amigos, a cenar con mi mujer, y no cuidar siempre de los niños —respondió mi hermano.

—Para eso hay una fácil solución, contratáis a una nana que se ocupe de los niños, y listo —le dijo mi madre, como si tuviera la respuesta a todo.

—Ya lo hemos intentado y no ha funcionado —contestó Sebas.

—Claro que no ha funcionado, no cuando te has metido en su cama a las primeras de cambio —reprochó su mujer.

—Te he dicho que no me acosté con ella.

—Porque llegué a tiempo, porque… será mejor que no cuente en la situación que os encontré.

—¡Dilo, me da igual, la encontraste haciéndome una felación, algo que tú no quieres hacerme, del mismo modo que tampoco podemos hacerlo en otro lado que no sea la cama y en la postura del misionero! —exclamó mi hermano.

—Eso es pecado… —murmuró ella.

Os prometo que estaba alucinando en colores, me parecía surrealista que esos dos pudieran hablar de sus intimidades como el que habla de que no sabe plancharle las camisas y la otra lo hace mejor.

Mi hermano se fue a levantar de la mesa, para marcharse, pero mi padre dio un palmetazo encima de la mesa que los hizo callar a todos, incluidos los niños.

El pequeño comenzó a llorar, por lo que no dudé en levantarme y cogerlo para calmarlo, me daba igual lo que dijera mi padre.

—Sebastián Gil, ten el buen gusto de ahorrarnos comentarios sobre vuestra vida íntima, haz el favor —le dijo mi padre, serio.

Mi hermano enmudeció y agachó la cabeza, y eso era lo que no entendía, que un tío como un trinquete de grande, actuara como un niño de cinco años al que su padre había castigado.

Capítulo 6



María

La obra de mi casa iba viento en popa, y ya quedaba poco para que me la entregaran. Marcelino, que pensaba cambiar toda la fontanería, descubrió que estaba nueva, por lo que la reforma, en vez del tiempo en el que me dijo, la tendría lista en tres semanas.

Mi abuela estaba ya viviendo con mis padres, y yo me fui a la planta de arriba, con mi hermana, hasta que estuviera lista la mía.

Tenía que mirar el mobiliario, pues todavía no había comprado nada más que mi habitación y los colchones, y decidimos que nos quedaríamos en el local a mediodía para mirarlo todo.

Era ya la hora de comer, y mi hermana dijo de llamar a casa de nuestros padres para que nos acercaran algo, pero lo vi absurdo.

—Carol, pedimos algo al bar de Manolo.

—Está bien, pero que no sea algo muy aceitoso, por favor, que tengo el estómago chungo desde ayer.

—¿Por qué no me has dicho nada? Te podrías haber quedado en casa, descansando.

—¿Se me va a quitar quedándome allí?

—No, pero…

—Pero nada, no seas más pesada y pídeme un sándwich de jamón cocido, sin queso y una ensalada.

—Está bien, ahora mismo vuelvo.

Entré en el despacho y marqué el número de teléfono del bar, en el que hice el pedido para los dos. Yo me decanté por un sándwich de pollo con patatas fritas, y para mi hermana, pedí lo que ella me había dicho.

La puerta de la peluquería estaba cerrada, pero no con llave, pues si alguien quería un arreglito de última hora, pararíamos para hacerlo mientras que no llegara la comida.

Entramos en internet en el ordenador portátil del salón, y nos pusimos a buscar muebles y decoración.

—Me encanta este sofá, tiene pinta de cómodo.

—Sí, pide dos, uno para ti y otro para mí, pero en dos colores diferentes, por favor.

—No hace falta, el mío está nuevo.

—De eso nada, que del tiempo que nos llevamos ahí sentadas, le tenemos hecho ya un cardenal.

Mi hermana soltó una carcajada, y así estábamos cuando la puerta del local se abrió, y apareció el chico más guapo que había visto en mi vida.

—Hola, espero no molestar, pero venía a ver si me pueden dar un peladito, que el calor acucia más con estos pelos —nos dijo.

Os prometo que me quedé sin palabras. Si guapo era con la boca cerrada, esa sonrisa me cautivó de inmediato.

Carol me dio un codazo para que le contestara, pues el chaval estaba allí, mirándome, esperando a que le diera una respuesta.

—Sí, claro, pasa. Estamos cerradas, pero no te preocupes.

—Oh, lo siento, pensé que teníais horario ininterrumpido.

—No, pero todavía no ha llegado nuestra comida, así que tengo tiempo.

—Gracias, por cierto, soy Pablo.

—Yo soy María, y ella es mi hermana, Carolina.

—Encantado, chicas.

No lo habíamos visto jamás por el pueblo y, en principio, pensamos que sería el sobrino de Marcelino, que había venido a pasar unos días, pero nos equivocamos.

Mi hermana le preguntó qué estaba haciendo en un pueblo tan pequeño, y él nos contestó que se estaba preparando para unas oposiciones, y que la paz que había allí le serviría para concentrarse mejor.

Me centré en el trabajo, porque como me fijara un poquito más en él, me iba a confundir con Morante de la Puebla, porque me iba a llevar las dos orejas por delante.

Justo cuando estaba terminando, llegó el chico de Manuel con la comida. No hizo falta que le dijéramos nada, porque él mismo le pidió si le podía traer lo mismo que iba a comer yo.

—Ahora mismo, amigo. Dame un par de minutos que llegue al bar y vuelva.

—Gracias. Toma, me lo cobras todo a mí.

—No, por favor, no tienes por qué hacerlo.

—Claro que sí. He interrumpido vuestro descanso y, encima, voy a comer con las dos chicas más guapas de todo el pueblo, no puedo hacer menos.

Mis mejillas se volvieron de un color rojo intenso y a mi hermana, le provocó una sonrisa, pues no era yo de las que se sonrojaban por un piropo.

A mis veinte años tan solo había salido con un chico, y mi experiencia con los hombres no había resultado demasiado satisfactoria, por decirlo de alguna manera.

Pablo no me quitaba la mirada de encima, y estuvo así hasta que llegó el chico de Manuel con su comida y con el cambio, que le dijo que se lo quedara a modo de propina.

No pensaba cobrarle el corte de pelo, pues no me había llevado más de cinco minutos hacerlo, y, encima, había pagado él la comida.

Carol cerró con llave y pasamos al despacho, donde comeríamos más tranquilos.

Nos contó que era el más pequeño de tres hermanos y que tenía cuatro sobrinos y uno que venía de camino.

De sus padres no habló nada, y pensé que era porque habrían muerto o algo parecido.

Había estudiado Magisterio, y quería aprobar las oposiciones para encontrar una estabilidad laboral y económica en un futuro.

Nosotras le contamos lo que habíamos estudiado y cómo nuestros padres y nuestros abuelos, nos habían facilitado el futuro, tanto con el local como con nuestras casas.

Nos miraba con cierta melancolía, como si su vida no hubiera sido fácil, pero no quise preguntarle nada que le resultara incómodo, tampoco teníamos tanta confianza.

Se despidió de nosotras en cuanto terminamos de comer y, a pesar de que le dijimos que no le íbamos a cobrar el servicio, nos dejó un billete de cincuenta euros encima del mostrador, sin que nos diéramos cuenta.

—No veas cómo está Pablito, Carolina.

—A este hay que decirle como el trabalenguas.

—¿Qué trabalenguas? ¿De qué hablas, loca?

—Pablito, ven y clávame el clavito. Aunque este debe tener un clavo de los grandes.

Solté una carcajada con la que casi me ahogo, porque mi hermana no se las pensaba, de verdad que no.

La tarde estuvo de lo más tranquila, por eso mi cabeza no paraba de pensar en esa sonrisa que tanto me había gustado, y en esos ojos que decían más que sus palabras.

Cerramos y nos fuimos de camino a casa, pero antes pasamos a ver a nuestros padres y a nuestra abuela, como todas las tardes.

—Te ha gustado Pablo, no lo niegues.

—¿Tú lo has visto? ¿A quién no le gusta un chico así?

—A mí. Verás, lo veo muy guapo, pero no he sentido la conexión que has sentido tú.

—Da igual, está aquí de paso.

—Hija mía, pues aprovecha antes de que termine de pasar.

La miré y negué con la cabeza, sin darme cuenta de que mis padres venían detrás, y se habían enterado de todo.

A pesar de vivir en un pueblo, mis padres tenían la mente muy abierta, y eso era producto de la educación que les habían dado mis abuelos.

—¿Hay amorío a la vista? —preguntó mi madre, dándome un susto de muerte.

—Mamá, por favor, que me vas a matar cualquier día.

—Es que tu madre, en otra vida fue ninja —respondió mi padre.

—Y en esta, papá, que no hay un dios que la oiga llegar —le respondí.

Mis padres nos dijeron de ir con ellos al bar de Manuel, donde estaba mi abuela con una amiga de la ciudad, que había venido a verla.

Al llegar, no pude evitar mirar a ver si se encontraba Pablo en alguna de las mesas, pero me quedé con las ganas, pues no había ni rastro de él.

La desilusión en mi rostro tuvo que ser evidente, porque mi hermana, me miró sonriente, y se dirigió a mí.

—Hermanita, no va a estar esperándote en cada esquina.

—Ya, lo supongo, pero pensé que estaría por aquí, tomándose una cerveza.

—Te dijo que estaba opositando, por lo que, lo normal es que esté estudiando.

Sabía que mi hermana tenía razón, pero no podía evitar sentir esa sensación de desencanto, pues en mi cabeza me había montado mi propia película.

Intenté evitar esos pensamientos, y centrarme en disfrutar de mi familia y de la cena que teníamos por delante, pues ya tan solo quedábamos nosotros, ya que la amiga de mi abuela, ya se había marchado.

—Hija, hoy ha venido Marcelino a verme, y dice que ya está la reforma casi terminada —me dijo mi padre.

—Sí, me dijo que tan solo quedaba darles una pintada a las paredes y poco más.

Estuvimos hablando de la reforma, así como de los muebles que había comprado y que me traerían la semana siguiente.

—Podemos ir el sábado al centro comercial de la ciudad para ver el resto de la decoración —dijo mi madre.

—Lo vamos hablando, pues no sé cómo tendremos el día, ya sabes que empiezan las comuniones —contesté.

No era eso; lo que esperaba era que, para ese día, ya Pablo me hubiera propuesto ir a tomar algo, aunque sabía que eso era poco probable.

Capítulo 7



Pablo

Mis padres no me dejaron mucho margen, y el mismo lunes me llevaron hasta el seminario, aunque no permanecería ahí nada más que para las clases.

Una vez que terminaran las clases, que sería sobre las dos de la tarde, nos trasladaríamos a una casa de un pueblo vecino, donde su párroco nos había abierto sus puertas.

—Espero que no nos decepciones, Pablo, o no dudaremos en usar nuestra influencia para que tu vida se convierta en un infierno —dijo mi padre.

—Lo tengo claro, papá.

—Hijo, intenta ser feliz, adaptarte a tu nueva vida lo antes posible —me aconsejó mi madre.

Ni siquiera me despedí de ellos, bajé del coche, saqué mi maleta y me dirigí hasta donde me habían indicado que tenía que ir.

Allí había cinco chicos más, pero ellos estaba claro que venían por vocación, no por obligación, como era mi caso.

—Buenos días, soy Pablo Gil, me han dicho que me tendría que dirigir a usted —le dije a un hombre un poco mayor que nosotros.

—Hola, Pablo, yo soy Lucas, el padre Lucas, y puedes tutearme. Al fin y al cabo, vamos a vivir bajo el mismo techo.

—Encantado, y muchas gracias.

Se veía un hombre agradable y cercano, pero no podía evitar pensar que debía tener mil ojos con todo, pues, si me descubrían, mi vida se podía ir al garete.

Pasamos por el pueblo, y vi que había una peluquería que, pese a tener sus puertas cerradas, tenía las luces encendidas y se veía movimiento en su interior.

No me quedé con la duda, y le pregunté a Lucas cuál sería nuestro horario dentro de aquella casa.

—No tenéis horario, estáis en una casa, no en una cárcel. Lo único es que, por la noche, me gustaría que, salvo algo importante, estuvierais todos a la hora de cenar.

—Gracias, Lucas. Estoy pensando en ir a la peluquería a darme un recorte, que el calor aquí todavía es más pegajoso.

—Claro, Carolina y María estarán encantadas. Son dos buenas chicas, y muy trabajadoras, aunque no son de las que van a misa los domingos.

Esa expresión me gustó sobremanera, porque buscaba todo lo contrario a lo que tenía en mi casa.

Dejé mi maleta en mi habitación, que compartía con un chico llamado Samuel y que era de lo más agradable.

—¿Te apetece acompañarme a la peluquería?

—Uy, no te ofendas, pero si tengo el cabello así, rapado, es precisamente para evitar tener que ir a una peluquería. No me gustan nada.

—Entonces, me marcho ya y espero no tardar mucho.

—Pablo, ¿vendrás a comer?

—No te preocupes, Lucas, que, si veo que se me hace tarde, pico algo por ahí.

La casa no quedaba a una gran distancia de la peluquería, pese a que se encontraba en las afueras del pueblo, pero el calor que hacía provocaba que el trayecto se hiciera casi insoportable.

Abrí la puerta, buscando el fresquito del aire acondicionado, pero lo que me encontré fue a la chica más bonita que había visto en mi vida.

Al final hasta comí con ellas allí. Cuando me preguntaron sobre mi cometido en ese pueblo, no pude decirles la verdad, no al menos al completo, así que les dije una a medias.

No les dije que estaba en el seminario, sino que me estaba preparando para unas oposiciones.

No me preguntéis el motivo de por qué lo hice, porque ni yo mismo lo sé, pienso que mi corazón fue el que le dijo al cerebro que no lo hiciera, que esta mujer me podría llegar a gustar mucho y no quería perder la oportunidad de conocerla.

Salí de allí completamente fascinado por esa chica, cuya timidez inicial se convirtió en algo que me impresionó.

Estaba acostumbrado a otro tipo de chicas, no tan descaradas como Sofía, la chica de la discoteca, pero sí que estuvieran acostumbradas a coquetear con un chico de su edad, y María era todo lo contrario a las chicas que me rodeaban.

Al llegar a la casa, me encontré con que todos mis compañeros estaban en el sofá, viendo una película sobre la vida de un santo, mientras que Lucas había salido a impartir misa.

No me llamaba la atención, por lo que fui a darme una ducha y me encerré en mi habitación para ponerme a organizar el temario que tendría que estudiarme.

Cuando entró mi compañero, tenía todo el escritorio repleto de papeles, separados cada uno en un montoncito, que metería en sus correspondientes

carpetas.

—Pablo, ¿me dejas hacerte una pregunta?

—Por supuesto, dispara.

—¿Qué haces aquí? Me refiero, a que no tienes nada que ver con ninguno de nosotros, y la religión te llama lo mismo que a mí el atletismo.

—Es complicado, pero voy a confiar en ti. Tan solo espero que seas capaz de guardarme el secreto.

—¿Qué clase de sacerdote sería si no pudiera guardarlo?

Su contestación me hizo soltar una carcajada, porque tenía toda la razón del mundo.

No me lo pensé, Samuel me inspiraba la confianza necesaria para explicarle todo lo que me había pasado, y así lo hice.

Le expliqué lo que mis padres habían pensado para nuestra familia, y cómo mis hermanos y yo, tuvimos que acatar sus órdenes.

—Eres muy valiente, Pablo, no todo el mundo sería capaz de hacer lo que estás haciendo tú.

—No sé si es valentía, pero es la única manera que he encontrado para poder salir adelante sin su ayuda.

Samuel y yo estuvimos hablando durante un buen rato, mientras terminaba de guardar y etiquetar todos los documentos del temario.

En el momento en el que lo tuve todo organizado, los ojos se me cerraban, por lo que no dudé en meterme en la cama.

Al día siguiente me tendría que levantar temprano para acudir al seminario, pero, a pesar del cansancio y del sueño, la cara y la sonrisa de María acudían a mi cabeza una y otra vez.

Carolina también era una chica muy guapa, pero no tenía el magnetismo que poseía su hermana.

Ojalá la vida me diera la oportunidad de conocerla mejor, pues me moría por hacerlo y ver a la verdadera María, pues todavía no me creía del todo que fuera así.

La mañana se me hizo eterna, entre derecho canónico y otras asignaturas que no me llamaban la atención.

En uno de los descansos, Samuel se acercó a mí, y me dijo algo que me hizo reflexionar y pensar de otra manera.

—Pablo, deberías prestar un poco más de atención, pues, si apruebas Teología, será como si tuvieras una carrera más, y te será más fácil entrar a trabajar en cualquier centro católico.

—Tienes toda la razón del mundo, amigo. Me lo tomaré en serio.

Siempre había tenido una memoria prodigiosa, y me había sacado la carrera a la primera, con unas notas espectaculares y sin apenas coger un libro.

Con las explicaciones de clase me serían suficientes para poder aprobar las asignaturas del seminario, y así, de ese modo, podría centrar mis esfuerzos en las oposiciones.

Cuando volvimos del seminario, me fue inevitable mirar hacia la peluquería, pero estaba cerrada a cal y canto.

Según me contaron las chicas el día anterior, yo había encontrado el local abierto por casualidad, pues cerraban a mediodía.

No podía perder el tiempo en ir más tarde, pues me tocaba hincar los codos hasta que me salieran llagas, y estudiarme los primeros temas.

Samuel, mi compañero de habitación, me ayudó muchísimo, pues me entraba mejor si alguien me lo decía; me lo contaba como si fuera un cuento, y mi amigo tenía una voz que llamaba la atención.

Cuando fuera sacerdote, tendría a todo el mundo pendiente de sus homilías, pues su tono invitaba a ello.

Salimos de la habitación a la hora de la cena, que se había encargado de hacerla Lucas y dos de nuestros compañeros.

Habíamos llegado a un acuerdo, mientras que ellos se ocupaban del tema de la cocina, Samuel y yo lo haríamos de la casa y de la colada, y así todos tendríamos una tarea doméstica.

—¿Estudiando, Pablo?

—Sí, porque aparte del tema del seminario, me gustaría aprobar las oposiciones de magisterio.

—Un gran objetivo, si señor. Si tienes la fuerza necesaria, estoy seguro de que lo conseguirás.

—Eso espero…

—Ya hablaremos algún día, Pablo. Si lo prefieres, lo haremos bajo secreto de confesión.

Me sorprendió que me dijera eso, pero, por otro lado, Lucas estaría acostumbrado a tratar con chavales que estuvieran ahí por vocación, no como yo, que estaba con otros propósitos.

Después de cenar, volví a mis apuntes, pues tenía que terminar con lo que me había propuesto para ese día, y así no llevar ningún retraso.

Capítulo 8



María

Habían pasado tres días desde que Pablo se pasó por la peluquería y, desde entonces, parecía que se lo había tragado la tierra.

Empezaba a pensar que, eso que nos había contado de que le gustaba la tranquilidad y la paz de este pueblo para estudiar, era mentira, y había vuelto a la ciudad.

Mi madre seguía insistiendo en querer ir al centro comercial el sábado y al final, estaba pensando en decirle que sí, puesto que yo también necesitaba salir del pueblo de vez en cuando.

Me venía bien airearme, aunque solo fuera por un par de horas, más ahora que ya me habían entregado las llaves de la casa.

Y hablando de mi casa, había quedado espectacular, porque, aparte de todo lo que yo le pedí, Marcelino, había añadido otras cosas de su propia cosecha, que hicieron el diseño más especial, si es que eso era posible.

Por ejemplo: había añadido una isla que separaba la zona de la cocina de la parte del salón, donde había puesto un fregadero y una zona de desayuno.

También había añadido un grifo para ollas en la parte donde estaba instalada la vitrocerámica, para que no tuviera que cargar con ellas desde el fregadero hasta ahí.

La cocina estaba completamente amueblada, pues él se había encargado de todo con el proveedor, para que me saliera mucho más barata.

Sus muebles eran en azul marino, con puertas paneladas en vinilo, mientras que la encimera era de mármol blanco, haciendo posible una mezcla entre lo rústico y lo moderno que quedaba súper bien.

En el rincón del fondo, y bajo la ventana, hizo un banco de madera, que, además de servirme como almacenaje, también me servía como asiento de comedor, pues delante le puso la mesa, con dos sillas en el lado contrario del banco.

Además de todo esto, en el pasillo que llevaba a las habitaciones, había puesto una puerta corredera de madera, tipo granero, que le daba un toque de lo más original a la estancia.

También cambió las puertas francesas que había en el salón y que daban directamente al jardín, donde me arregló la piscina, actualizándola, así como la barbacoa, pues me hizo una barra de bar junto a ella, con una nevera en la parte de abajo.

En ese momento estábamos en la peluquería, acabábamos de abrir y esperábamos que llegaran las clientas que tenían cita hoy.

Quien sí que llegó la primera fue la señora Catalina, que venía a menudo, aunque no tuviera cita.

—Hola, niñas, ¿tenéis un huequito para mí?

—¿Qué se va a hacer, señora Catalina? —le pregunté.

—Pues mira, quiero cortarme un poquito y retocar el color, que viene mi nieta este fin de semana y no quiero que me encuentre descuidada, que ya sabéis cómo es.

Por supuesto que sabíamos cómo era, una arpía de cuidado, que se pensaba que, por tener dinero, podía ir avasallando a la gente de su alrededor.

No le teníamos esa inquina, así porque sí, sino que teníamos una poderosa razón para ello.

Mi hermana llevaba saliendo con un chaval desde los quince años, y eran una pareja de cine, siempre juntos y con planes de futuro.

Una de las veces que Valentina, la nieta de la señora Catalina, vino al pueblo, se encaprichó de Rafael, hasta el punto de convencerlo de que su vida actual se le quedaba pequeña.

Habló con su padre, dueño, junto a su madre, de una empresa farmacéutica cuya sede principal se encontraba en la ciudad, para que le ofreciera un trabajo.

Rafael iba a trabajar de mozo de almacén y reponedor, puesto que tan solo había estudiado hasta obtener la ESO, y no podía aspirar a otro trabajo mejor.

El día que Rafael se marchó del pueblo, mi hermana lloró como si le quitaran un pedazo, pero se prometieron que, en cuanto él estuviera estabilizado, se la llevaría con él.

Mientras tanto, todos los fines de semana, o él vendría o sería mi hermana la que fuera a la ciudad a verlo.

Ese día, mi hermana quería darle una sorpresa, pues, por sus turnos y su trabajo, hacía más de dos semanas que no se veían.

Cuando llegó a su casa y metió la llave, vio que estaba cerrada por dentro, por lo que llamó al timbre, y le abrió ella, con una bata de seda que mi hermana le había regalado a Rafael en su último cumpleaños.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí?

—Hija, sabía que eras cortita, pero no me esperaba que tanto.

—¿Dónde está mi novio?

—En la ducha, pasa, como si estuvieras en tu casa.

Mi hermana enfiló el pasillo y se dirigió al baño, donde se encontraba Rafael bajo los chorros, y que no se esperaba que fuera mi hermana la que estaba allí.

—Menos mal que has despachado pronto a quien haya llamado, porque me tienes a punto.

—A punto de que te nombren el cabrón mayor del reino.

—¡Carolina! No te vayas, escúchame, no es lo que piensas, de verdad…

—Rafa, no insultes mi inteligencia. Que te aproveche, y ojalá no te arrepientas nunca.

Cuando fue a salir, se encontró a Valentina riendo a carcajadas mientras miraba a mi hermana.

—¿Cómo se va a arrepentir de cambiar la mortadela por el jamón ibérico?

—Chica, algunas veces, el jamón, por muy ibérico que sea, viene envenenado, como tú.

No os podéis imaginar cómo volvió mi hermana al pueblo, hecha un mar de lágrimas, y nada ni nadie podía consolarla.

Desde ese momento, tanto nosotras, como Carmen, nuestra amiga que vivía fuera, le hicimos la cruz a Valentina.

De vuelta al momento en el que nos encontrábamos, la señora Catalina seguía con su tema preferido, que no era otro que los seminaristas.

Ya todo el mundo lo había olvidado, puesto que nadie había visto a ningún chico nuevo por el pueblo, y la atención se puso en otras cosas.

—Chicas, yo creo que tienen a los chavales ahí, recluidos para que no los vea nadie y no tengan ninguna tentación.

—Eso es una tontería, señora Catalina, con todos mis respetos —le dijo mi hermana.

—¿Tontería, por qué? Eso es cierto, porque no se han visto por el pueblo.

Como mi hermana se ensalzara en una discusión con la señora Catalina, no se iría en la vida. Así que, con mucho arte, cambié de tema.

—Señora Catalina, ¿se ha enterado ya de que me han terminado la reforma de mi casa?

—Pues no, hija, y eso que anoche coincidí con Marcelino en el bar de Manuel.

—No se puede imaginar lo bonita que está, ahora tan solo me faltan los muebles, que me los traen el lunes, y los detallitos, que, seguramente, iremos a comprar el sábado al centro comercial.

—Ay, pues si vais a la ciudad, podéis avisar a mi nieta, que, seguro, que se va a aburrir aquí sola, pues poca gente queda de su edad.

Mi hermana y yo nos miramos, intentando encontrar la manera de decirle que no, sin que sonara demasiado brusco o desagradable.

—No creo que a su nieta le apetezca, señora Catalina. Ella prefiere ir por libre.

Estábamos hablando de eso cuando la puerta de la peluquería se abrió, y era Pablo, por lo que mis manos temblaron nada más verlo.

Mi hermana, que era más lista que el hambre, le dijo, mediante gestos, que no hablara nada, que esa mujer era la cotilla mayor del reino.

—Hola, Pablo. ¿Cómo tú por aquí? Porque no creo que te haya crecido tanto el pelo como para pelarte en tres días —le dijo Carolina.

—No, mujer, que no soy una de las muñecas esas a las que les jalan el pelo y les crece hasta donde quieras.

—Uy, si eso se pudiera hacer, te garantizo que más de una, lo haría para venir aquí a cotillear.

Pablo soltó una carcajada que me iluminó el alma, pues, si serio era guapísimo, no os podéis imaginar cómo era riéndose.

La señora Catalina, que tonta no era y quiso enterarse de todo, se levantó de su asiento, donde llevaba ya un rato lista, y se dirigió a él.

—Buenos días, joven. Yo soy Catalina, una de las vecinas de este pueblo.

—Buenos días, doña Catalina, yo soy Pablo, un humilde opositor que ha venido hasta este pueblo buscando la paz que necesito para estudiar.

Viendo que no le iba a sacar más de una palabra, se dio la vuelta y se marchó, dejándonos allí a los tres completamente perplejos.

—Menos mal que se ha ido, pensaba que se quedaría aquí para siempre —dije en voz alta.

—¿Es de esas que llegan por la mañana y se va con el cierre? —preguntó Pablo.

—Casi, casi. Bueno, ¿qué te trae por aquí? —le pregunté.

—Pues venía a buscar un bote de champú como el que utilizaste conmigo el otro día, me encanta su olor.

Entré a por el bote al almacén, pero seguía nerviosa por su visita.

Capítulo 9



Pablo

Esa mañana no pude aguantarme más y como teníamos libre en el seminario, ya que era festivo en el pueblo en el que estaba situado, me fui directo a la peluquería para ver a María y a Carolina.

Por suerte, no nos quitaron los teléfonos móviles, como mi madre me había dicho antes de venir, por lo que seguí en contacto con Mario y Sergio.

Este fin de semana era el cumpleaños de Mario, e iban a hacer una cena y tomar una copa después.

Tenía que hablar con Lucas, que era mi tutor, para ver si me daba permiso para acudir y volver al día siguiente. Si me decía que sí, invitaría a María y a su hermana, para que no se sintiera incómoda.

Esa conversación tuvo lugar la noche anterior, después de cenar, y transcurrió de la manera más simple en la que se puede tener una charla.

—Lucas, quería pedirte un favor.

—Tú dirás. ¿En qué puedo ayudarte?

—Verás, el sábado es el cumpleaños de mi mejor amigo, y hará una cena en la ciudad. Me gustaría que me dieras permiso para acudir y volver al día siguiente.

—Como ya he dicho anteriormente, no estáis secuestrados, pero me gusta que me hayas pedido permiso para pernoctar, así que, puedes acudir sin problema. Eso sí, tendrás que volver después de la hora de comer, como muy tarde.

—Gracias, Lucas, de verdad que significa mucho para mí.

Samuel me miraba sonriendo, pues sabía que mis intenciones eran otras, ya que encontré en él a mi confesor, nunca mejor dicho.

Ahora estaba en la peluquería, dispuesto a lanzar mi invitación a las chicas. Cuando María salió del almacén con el champú en la mano, y por la forma en la que la miré, Carolina decidió dejarnos a solas.

—Bueno, chicos, yo me marcho al almacén, que tengo que revisar el material para hacer el pedido.

Esperamos a que su hermana se marchara, y la miré, directamente a los ojos, sin saber cómo empezar.

—María, el sábado es el cumpleaños de mi mejor amigo, y me gustaría que me acompañaras a la cena. Si quieres, puede venir también tu hermana o tus amigas, no hay problema.

—Yo me apunto —gritó Carolina, sacando la cabeza por el hueco del almacén.

—No sé para qué se va, si tiene la antena puesta —dijo María, negando con la cabeza.

—Carolina, puedes venir, y así hablamos más cómodamente —le dije.

Nos juntamos los tres en el mostrador del salón de belleza, y hablamos de nuestros planes para el sábado.

—Carmen viene este fin de semana, pero si hay algún problema, yo me quedo con ella y que vaya mi hermana —dijo Carolina.

—Para nada, puede venir también, y así seremos pares.

Lo organizamos todo, y quedamos en que nos veríamos a las ocho en la puerta de la peluquería, pues no quería que viera que me estaba quedando en la casa del cura, o ataría cabos y se iría a la mierda mi plan.

Me despedí de ellas con un beso en cada mejilla, y un cosquilleo en el estómago por las expectativas que tenía para esa noche.

Los días se me pasaron de manera lenta y tortuosa, y me refugié en mis apuntes para que fuera pasando mucho más rápido de lo que lo hacía.

Esa mañana me levanté temprano, me puse a estudiar y a hacer mis quehaceres de la casa, hasta que llegó la hora de que me duchara y me arreglara para la cita.

Me puse delante del armario, sin saber qué ponerme, porque quería dejar a María con la boca abierta, que no tuviera ojos nada más que para mí.

Samuel estaba sentado en la orilla de su cama, mirándome atentamente y con una sonrisa en los labios.

—Veo que te estás tomando muchas molestias en esta cita, ¿no?

—Pues sí, porque quiero que salga perfecta.

—¿Has pensado en cómo le vas a contar que estás en un seminario para ordenarte sacerdote?

—Espero no tener que contárselo nunca, que consiga aprobar mis oposiciones antes de que eso ocurra.

—Ten un plan por si acaso, que la vida es muy jodida.

—Lo tendré en cuenta.

Al final, me decanté por un pantalón chino en color beige oscuro, que combiné con una camisa blanca con las mangas remangadas, porque hacía un calor de muerte, y unas zapatillas deportivas.

—Deséame suerte, amigo.

—No te va a hacer falta, con esa planta que llevas.

—Samuel, ¿tú estás seguro de querer ser sacerdote?

—Lo mismo que tú estás de querer ser profesor, ni más ni menos.

—Entonces, serás un gran sacerdote, te lo aseguro.

Salí y emprendí el camino hasta la peluquería, que era donde habíamos quedado.

La distancia entre la casa en la que vivía y el local no era muy grande, pero sí que se me hizo eterna; parecía que alargaban la calle, aunque no sabía si era por el calor que hacía o por los nervios.

Llegué quince minutos antes de la cita, pero me gustaba llegar siempre así, que no tuvieran que esperarme.

En ello estaba, cuando vi que la señora Catalina se acercaba a mí, junto a una joven que me miraba de arriba abajo, como si fuera una Coca-Cola en el desierto.

No me gustaba la gente que actuaba de manera tan descarada; me incomodaba muchísimo.

—Buenas tardes, joven Pablo. Qué guapo te veo —me dijo la anciana.

—Buenas tardes, señora Catalina, gracias.

—¿Vas a salir por ahí? Lo digo porque te podías llevar a mi nieta, se llama Valentina.

—Encantado, Valentina.

La chica se acercó a mí y, tras ponerme la mano en el brazo, y apretar mi bíceps, me dejó dos besos, demasiado cerca de la comisura de mis labios, para mi gusto.

Me paré a pensar la manera de contestarle a doña Catalina sin que se sintiera ofendida, pero es que la actitud de esta chica no me estaba gustando

nada.

—Lo siento, señora Catalina, pero es el cumpleaños de un amigo, y el número de cubiertos está cerrado.

—Bueno, pues para otra ocasión no dudes en contar con mi niña, que se quedará aquí todo el verano y necesita salir a airearse.

Me contó toda la historia de su familia, y de que su hijo tenía una empresa farmacéutica, que podría solucionarme la vida de un plumazo.

—Mi hijo supo elegir bien a su mujer, que, aparte de ser estupenda, está forrada hasta los dientes.

De verdad que me recordó a mis padres, esa manera de hablar, de pensar que la gente eran objetos que se podían comprar con dinero, y me revolvió el estómago.

Por suerte para mí, mi móvil sonó en ese momento, era Mario, y me disculpé con ellas para contestar la llamada.

Me aparté para que no se enteraran de mi conversación, pues no eran nadie para hacerlo.

—Gracias, Mario, con esta llamada me acabas de salvar de una situación un tanto embarazosa.

—Como siempre, tengo el tino de llamar en el momento justo.

—Ni que lo digas. ¿Pero para qué me llamabas?

—Para saber a qué hora llegas, por si tenemos que ir a la estación de autobuses a buscarte.

—No, vamos en el coche de la chica de la que te hablé, así que, no creo que tardemos más de una hora en llegar.

—¿Nos vemos en el restaurante, entonces?

—Sí, y ya sabes, pedid una mesa para seis.

—Espero que las otras dos chicas que vienen contigo sean tan guapas como dices que es María.

—Eso, lo comprobarás en breve.

Corté la llamada en cuanto me di cuenta de que esa señora se había marchado ya con su nieta.

Me había incomodado muchísimo, pues no apartó su mirada de cierta parte de mi anatomía, como si estuviera evaluándome. Pero lo tenía claro, lo miraría, pero no lo cataría.

Vi como un coche se paraba cerca del lugar donde yo esperaba, y me tocaba el claxon. Eran ellas, las chicas, que me miraban desde el interior.

En el asiento trasero iban sentadas Carolina y una chica que no conocía de nada, y que supuse que sería la amiga de la que me hablaron, mientras que el del copiloto seguía libre.

—Pablo, siéntate tú delante, que tienes que darle las indicaciones a la conductora, o llegaremos para el cumpleaños del año que viene —dijo Carolina.

—Por cierto, soy Carmen, ahora cuando nos bajemos te daré dos besos en condiciones, que con el cinturón de seguridad no puedo —me dijo la otra chica.

—Encantado, Carmen, yo soy Pablo.

Giré la cara y a quien no dudé en darle los dos besos fue a María, que venía guapísima, con un vestido blanco que resaltaba su anatomía, pero sin resultar demasiado obvio.

Ese vestido era como ella, sutil y elegante, pero de lo más sexy. No podía apartar la mirada de ella, era hipnótico el movimiento de sus piernas mientras conducía, pero no lo hacía de manera consciente.

Capítulo 10



María

Cuando Pablo se marchó de la peluquería, y estaba lo suficientemente apartado para que no me oyera, me puse a saltar y a gritar, por la invitación.

—Ese chico te gusta, y mucho.

—No te lo puedes imaginar, pero sé que está de paso, y no quiero que me rompan el corazón.

—Hermana, te mereces vivir un poquito, y saber lo que es que te deseen y te hagan pasar una buena noche, por lo que, déjate llevar.

Había llegado el momento de la cita, y tanto yo, como Carmen, estábamos en casa de mi hermana, para arreglarnos para el cumpleaños.

El día anterior, fuimos a la joyería del pueblo y le compramos un reloj entre las tres, porque no nos íbamos a plantar allí con las manos vacías, y lo tenía guardado en mi bolso.

Me había decidido por un vestido blanco, que tenía la parte de arriba como si fuera una blusa, de escote en V, tanto en la delantera como en la espalda, y que caía sobre una falda estrecha que me llegaba hasta encima de la rodilla.

Lo combiné con unas cuñas de esparto en color rojo putón, como decía mi madre, de tiras anchas cruzadas y atadas con una hebilla en el tobillo, con el bolso a juego.

—María, estás arrebatadora, vas a dejar a Pablo con la boca abierta.

—No será para tanto, estará más que acostumbrado a rodearse de mujeres mejores que yo, te recuerdo que soy una chica de pueblo de lo más normal.

—¿Quieres dejar de infravalorarte y verte tal y como eres? —me dijo Carmen, medio enfadada.

—Ven aquí, que te vamos a rematar el atuendo, para que no pueda apartar la mirada de ti.

—Vale, pero no me vayáis a maquillar como una puerta, que sabes que no me gusta, me hace verme disfrazada.

—Calla la boca, que te vas a quedar maravillada.

Carmen se encargó de hacerme las planchas, de manera que se me veía mi melena negra, lisa y brillante, como si fuera una sábana de seda.

Carolina se encargó del maquillaje, y fue de lo más discreta, tengo que decirlo, pues me aplicó máscara de pestañas y un poco de colorete, que no me serviría de nada, pues cogería color natural en cuanto que viera de nuevo a Pablo.

Sacó una barra de labios del mismo tono de rojo que mis zapatos, y me la aplicó directamente. Era una de esas mate y permanente, que hacía que mi boca se viera de lo más apetitosa.

No tenía unos labios finos que se dijera, aunque mi madre siempre me decía que muchas pagaban un dineral para tener una boca como la mía, y yo la había sacado de fábrica.

Mi padre nos dijo que nos quedáramos con el coche, que él no lo cogía y que a nosotras nos iba a hacer mucha más falta que a él, y nos lo dejó aparcado en la puerta de nuestra casa.

Salimos de la casa y nos montamos en el coche, dejando el asiento del copiloto libre.

—¿Se puede saber por qué ninguna se ha sentado delante?

—Muy sencillo, hermanita, porque le hemos dejado el sitio a Pablo, que es el que tiene que ir dándote las indicaciones.

Las miré con una ceja arqueada, pues no se lo creía ni ella. Ellas lo habían hecho con toda la intención de que estuviera más cerca de él, pero bueno, se lo iba a comprar.

Cuando llegamos a la peluquería, lo vimos de lejos, hablando con la señora Catalina y la arpía de su nieta, que se lo estaba comiendo con los ojos.

—Ya está otra vez a la caza de un hombre. De verdad que no la soporto —dijo Carmen.

—Las malas lenguas dicen que sus padres la han enviado al pueblo porque en la ciudad, se había liado con un hombre casado y con hijos, y la mujer había ido a reclamarle a su casa —dijo mi hermana.

—Tal y como sea, ten mucho cuidado con ella, María. Cuanto menos se entere, mejor.

—¿Por qué crees que he parado el coche aquí? Para que no me vea.

—Muy bien hecho, hermana.

Estuvimos allí paradas un buen rato, hasta que vimos cómo sacaba su móvil y se ponía a hablar, apartado de ellas, que terminaron por marcharse.

No sabía si era porque de verdad le había sonado y estaba atendiendo una llamada, o si es que lo estaba simulando para que lo dejaran en paz.

El caso es que, en cuanto vimos que ellas dos se apartaban y estaban lo suficientemente lejos, arranqué y me acerqué a él, tocando el claxon para que se diera cuenta.

Pablo se metió en el coche, sentándose en el asiento delantero y, tras las presentaciones oportunas, me saludó con dos besos, que me supieron a poco.

Mi vestido, cada vez que hacía un cambio de pedal o algo por el estilo, se iba subiendo, y ya lo tenía por encima de la mitad del muslo.

Pablo no apartaba la mirada de mí, y empezaba a ponerme nerviosa. Menos mal que mi hermana se dio cuenta y llamó su atención para que me relajara.

—Oye, Pablito, espero que tus amigos estén tan buenorros como tú, porque está claro que, por la forma de mirar a mi hermana, tendremos que buscar con quién entretenernos —le dijo Carolina.

—No sé si os parecerán buenorros o no, pero son dos, ya vosotras os encargáis de repartíroslos y de juzgar cómo os parecen.

—¿Por qué ellas solo, yo también tengo ojos? —le pregunté, sin pensarlo.

—Porque los tuyos quiero que sean solo para mí.

Las mejillas se me tiñeron de un color rojo profundo que dejó en pañales los coloretes que me había puesto mi hermana, antes de salir de mi casa.

Siguiendo sus indicaciones, llegué hasta el restaurante, que tenía aparcamiento propio y que evitó que tuviera que ir dando vueltas con el coche.

Pablo nos dio paso a todas, pero a mí, me puso la mano en la cintura, y se acercó, para dirigirme unas palabras.

—Que sepas que estás preciosa.

—Eso no se le dice nunca a una mujer, porque no estamos preciosas, somos preciosas.

—Y no lo dudo, pero en tu caso, eres preciosa y estás arrebatadora.

Un calor me subió por el cuerpo, desde la boca del estómago hasta la garganta, impidiéndome siquiera tragar saliva.

En la barra, y con una copa de vino, había dos chicos muy atractivos, que reían ante las ocurrencias de uno de ellos.

—Dime, por lo que tú más quieras, que esos dos de ahí son tus amigos —le dijo mi hermana.

—Esos mismos, vamos, que os los presento.

Tras las presentaciones oportunas y fijándome en que ya habían elegido, tanto los unos como las otras, y que habían coincidido, nos llevaron hasta la mesa.

La cena transcurrió entre risas y bromas, y en un ambiente que me encantó, aunque hubo dos o tres comentarios que no sabía a qué venían, pero que tampoco me preocuparon mucho, la verdad.

Pablo le había dicho al encargado de la sala que, cuando llegara el momento de los postres, trajera una pequeña tarta para seis con las velas del número veintitrés, que era la edad que cumplía.

Le cantamos el cumpleaños feliz como si no hubiera un mañana, haciendo que todos los que nos rodeaban nos miraran con una sonrisa en los labios.

Llegó el momento de los regalos, y así empezaron a dárselos. El primero fue Pablo, que le había comprado una pulsera de cuero trenzado y acero, de una firma muy conocida, y que le encantó.

Sergio, que era el otro amigo, le había comprado una camisa que había visto en el escaparate de una tienda del centro comercial, y que también le agradeció muchísimo.

Y llegó nuestro turno, así que, saqué el paquete del bolso y se lo tendí.

—Este es el nuestro —le dijo mi hermana.

—Vale, pero espero que el tuyo me lo des más tarde y, a ser posible, en privado.

—Todo se hablará, chaval. Ahora, abre la cajita y dinos si te gusta.

—Lo hemos elegido entre las tres, y viendo la manera de ser de Pablo, porque a ti no te conocíamos —le aclaré yo.

Cuando sacó el paquete y vio el reloj, se quedó con la cara blanca, como si no supiera qué decir, y a mí me entró la duda, pues no sabía si nos habíamos pasado o nos habíamos quedado cortas.

—Si no te gusta, lo podemos cambiar, sin problema —le dije, algo nerviosa.

—¿Eres tonta? Esto es un regalazo, y no teníais que haber comprado nada, de verdad —nos dijo Mario, que nos dio un beso a cada una, a mi hermana en los labios, haciéndola sonreír.

—Dentro de un mes y medio es el mío, y me gustan con la esfera en azul, ahí lo dejo —dijo Pablo, haciéndonos reír.

Salimos del restaurante y nos dirigimos a un local cercano que tenía muy buen ambiente, para tomarnos una copa.

Capítulo 11



Pablo

Entramos en el local de copas y nos fuimos directos a una especie de reservado que había disponible, con una mesa y un sillón a su alrededor, donde nos acomodamos.

Como no podía ser de otro modo, me senté junto a María, haciendo que nuestras piernas se rozaran.

Cada vez que ella sentía ese contacto, se estremecía, y eso, me gustaba tanto como miedo me daba, para ser sincero.

En un momento determinado de la noche, cuando entre nosotros creció la complicidad de una manera que ni yo mismo me creía, sonó una canción de salsa, que me encantaba, y la saqué a bailar.

De pequeño, y a escondidas de mis padres, mi hermana Alejandra me enseñó a bailar, pues era algo que me encantaba, y por eso, dominaba los bailes de salón que daba gusto.

—Venga, vamos a la pista.

—¿Estás seguro? Mira que yo soy un pato mareado bailando estas cosas.

—Tú, déjate llevar.

—Si me dices que eres un experto bailando salsa, me caigo muerta.

—Hombre, tanto como experto, no sé, pero sí que se me da bien. Eso sí, de caerte muerta nada, que te quiero despierta toda la noche.

Eso último se lo dije al oído, casi en un susurro, mientras la colocaba delante de mí, en la pista de baile, y noté como un escalofrío le recorría la espalda.

Coloqué una de mis manos en su cadera, rozando sus nalgas con mis dedos, y, con la otra, le cogí la suya.

Dejé que la música nos llevara, y la fui moviendo a mi antojo. Ese vestido, esa falda que marcaba su trasero y dejaba ver sus piernas, me traía loco.

En uno de los giros, la coloqué de espaldas a mí, y la pegué a mi cuerpo, de manera que notaba mi miembro en su trasero.

—Me estás volviendo loco, María.

—Uf, ¡qué calor me está entrando!

Le di la vuelta y la coloqué en la misma postura, pero esta vez de cara a mí, y ya no me aguanté más.

Puse la mano en su cuello, levantando su mentón, y la miré; fue mi forma de pedirle permiso, y me lo dio, porque no me apartó la mirada, desafiándome a que lo hiciera.

Acerqué mi boca a la suya, de manera lenta, y dejé un breve beso, casi un roce, para luego, ir profundizando el beso.

No era un beso hambriento, ni siquiera pasional; fue como si ambos nos estuviéramos reconociendo. La dulzura de sus labios, tan carnosos, que me hicieron desear besarlos desde el primer momento, me resultó adictiva.

Poco a poco, esa dulzura se transformó en algo más, era una mezcla de deseo y reconocimiento, de pasión y cariño, imposible de describir.

Teníamos una columna justo detrás de ella, y no dudé en empujarla hasta allí. Con ella atrapada entre mi cuerpo y la pared, mi pasión se desató, al igual que la suya.

—En mi vida me había sentido así por un hombre.

—No me digas esas cosas, porque no respondo.

—No quiero que respondas, quiero que actúes.

—Y lo haré, pero no aquí, de manera rápida y a la vista de todos. Te quiero solo para mí, desnuda. Quiero saborear tu cuerpo de todas las maneras habidas y por haber, y hacerte el amor como nunca te lo han hecho.

—Vámonos de aquí, por favor.

Esas simples palabras me encendieron aún más, y no me lo pensé. Nos dirigimos hasta el reservado y, al llegar, nos encontramos con su hermana y Mario comiéndose vivos, mientras que Carmen y Sergio no dejaban de tontear, de una manera descarada.

—Chicos, nosotros nos vamos —les dije.

—Ole tus huevos, llévatela y hazla sentirse deseada, que se lo merece —me dijo Carolina, ante la mirada atónita de María.

—Creo que eso ya lo he conseguido. Ahora me toca hacerla sentir que toca el cielo con las manos.

Carmen se levantó y me dio un abrazo, diciéndome algo en el oído que se me quedó grabado para siempre.

—Hazla que se sienta especial, que no se sienta utilizada, y, por favor, no le hagas daño, que demasiado le han hecho ya.

No sabía a qué se refería, pero me lo iba a tomar al pie de la letra, lo podía tener claro.

Cuando ella se sintiera segura, ya me contaría lo que le había ocurrido, pero, ahora no era el momento.

Tenía unas llaves de la casa de Mario, pero, a última hora, decidí que no sería allí donde pasaríamos la noche, no al menos, María y yo.

—No nos esperéis hasta mañana a media mañana, pues nos vamos al hotel que hay ahí enfrente —le dije a Mario, que me contestó con un asentimiento de cabeza.

Aparte de que quería disfrutar de ella sin miramientos, sin tener que reprimir lo que me apeteciera por vergüenza a que alguien pudiera escucharnos, también lo hice porque Mario vivía muy cerca de mis padres.

A estas horas no me verían, pues estarían durmiendo, pero nadie me garantizaba que no lo fueran a hacer por la mañana. Por todo eso, más valía prevenir que curar.

Solicité una habitación en el hotel. No era uno de estos de mala muerte, sino que era uno de cinco estrellas y que me costaría un pico, pero me daba exactamente igual lo que me tuviera que gastar.

Ya en el ascensor, mis manos no pudieron quedarse quietas, y la acorralé contra la pared del fondo.

—Te deseo tanto que me duele.

—Pablo, no aguanto más, te necesito, de la manera que sea.

La habitación estaba en el piso catorce, por lo que teníamos tiempo, y no me lo pensé.

La besé, casi devorando su boca, y metí la mano por debajo de su falda, llegando a su sexo sin ningún problema.

Aparté a un lado su braguita y metí mis dedos entre sus labios vaginales, aprisionándole el clítoris con ellos.

No me dio tiempo a más, pues la vi convulsionar, presa de un orgasmo que la atravesó de arriba abajo.

Terminó justo cuando las puertas del ascensor se abrieron, pero no se movió. Nos mirábamos a los ojos, pero, cuando saqué mis dedos de su interior y los lamí, su mirada bajó a mi boca.

—Estás absolutamente deliciosa.

Jalé de su mano y salimos al pasillo, poniéndonos a buscar la habitación, que estaba justo enfrente de la puerta del ascensor.

Metí la tarjeta, pero detrás de ella, sintiendo su trasero en mi miembro, que ya estaba completamente duro y erecto.

La inocencia de María se había quedado en el pueblo, pues movía sus caderas sobre mi pelvis, provocándome de una manera que me volvió loco.

Nada más entrar, la pegué a la puerta, me arrodillé ante ella y levanté su falda, dejándola enrollada en su cintura, y con su pequeño tanga a la vista.

Elevé una de sus piernas y la coloqué encima de mi hombro, aparté el tanga a un lado, y abrí sus labios vaginales, dejando su clítoris al alcance de mi lengua.

La lamí de arriba abajo y de abajo arriba, sin descanso, haciendo que ella gritara, pero no sabía si por el placer que le estaba provocando o por la sorpresa, pues no se esperaba que hiciera eso.

Me daba igual el motivo, porque, tanto ella, como yo, estábamos disfrutando del momento.

Continué así hasta que conseguí arrancarle otro orgasmo más, y el grito que salió de su garganta sí que era de placer, pues se apoyó en mis hombros y me clavó los dedos.

Ese había sido solo el preámbulo de lo que nos depararía la noche, pues, nada más conseguir que pudiera mantenerse de nuevo de pie, la llevé hasta la cama.

Me moría por ver esos pechos que ocultaba bajo ese vestido y que se presumían de lo más turgentes y deliciosos.

No tenía prisa en penetrarla, a pesar de que mi miembro no paraba de dar saltos en el interior de mi bóxer.

Nos desnudamos completamente entre besos y caricias, y, una vez que la tuve como quería, me aparté para contemplarla; quería dejar grabada esa imagen en mi memoria, pues no sabía cuándo se podría repetir.

—No me mires así, que me da mucha vergüenza.

—¿Cómo te estoy mirando, según tú?

—Como si estuvieras hambriento y quisieras comerme.

—Es que lo estoy y, a pesar de que te acabo de comer, creo que me he hecho adicto a tu sabor, y que no será la única vez que lo haga.

Sus mejillas se sonrojaron de la manera más deliciosa, y me lancé a su boca, que devoré a placer.

Fui bajando con mis besos hasta llegar a sus pechos, que eran mucho mejores de lo que me los había imaginado.

Jugué con sus pezones, los lamí, los mordisqueé, haciendo que se retorciera de placer.

Lo que no me esperaba fue su siguiente movimiento, pues, casi sin darme cuenta, me tumbó de espaldas en la cama, y se situó encima de mí.

Ahora fue el turno de ella, de bajar por mi torso, besándome, y poniéndome cardíaco a cada paso que daba.

Llegó hasta mi miembro, y lo lamió de la base a la punta, hasta introducirlo en su boca.

Sentir el calor de sus labios y su lengua haciendo círculos en mi glande hizo que me volviera loco de placer, pero no era ahí donde quería terminar, no al menos en esta ocasión.

—Para, María, que no quiero terminar ahí.

Ella levantó la mirada y os prometo que, durante una fracción de segundo, la vi dudar. Si me llega a dar un lametón más en el glande, me hubiera corrido sin remedio.

Gracias al cielo no lo hizo, sino que la sacó del interior de su boca. La subí y la besé, tomando yo el control de la situación y tranquilizándome un poco.

No quería terminar en la primera embestida y que María se quedara a medias, ya que quería sentir su orgasmo alrededor de mi miembro, y que fuera ese el motivo de que yo alcanzara el clímax.

Volvimos a rodar por la cama, hasta quedar encima de ella. Me rodeó con sus piernas en mis caderas, y no pude aguantar más, la penetré de una sola embestida.

Estaba muy estrecha, y eso me estaba volviendo loco. Al principio, fue despacio, pero notarla así, tan caliente, tan apetecible, y viendo cómo su vagina se amoldaba perfectamente a mi pene, hicieron que fuera acelerando cada movimiento.

—No aguanto más, Pablo.

—Dámelo, preciosa, y llévame contigo.

Y así sucedió, pues noté cómo los espasmos de su orgasmo aprisionaban mi miembro, arrastrándome con ella.

Caímos derrotados en la cama, y me di cuenta de que no habíamos utilizado preservativo.

—Mierda, no hemos usado protección.

—Yo estoy limpia, porque hace mucho que no estoy con un hombre y espero que tú, también.

—No lo dudes, estoy sano, pero la salud no evita un embarazo no deseado.

—Para eso tomo la píldora desde hace un montón de tiempo.

—Uf, pues no sabes el peso que me quitas de encima.

Noté la desilusión en su mirada, y la entendí. No era que no quisiera seguir conociéndola, sino que un hijo, en este momento, me iba a partir los planes por la mitad, y así se lo hice saber.

—No me pongas esa cara que no es por lo que estás pensando.

—¿Entonces? Porque creo que todo el mundo pensaría lo mismo.

—Es muy sencillo. ¿Te vendría bien un hijo en estos momentos?

—No, pero tampoco es algo que me quite el sueño.

—Pues igual que a mí. Si viniera, por supuesto que me haría cargo, pero prefiero que vengan cuando ya tengamos una vida ordenada.

—¿Eso significa que seguiremos viéndonos?

—Por supuesto que sí, nos iremos conociendo, poco a poco, y veremos lo que nos depara el futuro.

Me acerqué a ella, le cogí la cara, y la besé, como si con ese beso le quisiera decir todo lo que no me atrevía a decir con palabras.

Capítulo 12



María

Después de pasar la mejor noche de mi vida, de que me hiciera sentir, no solo deseada, sino también querida y satisfecha sexualmente, tocaba volver al pueblo.

Nos dimos una ducha y nos vestimos, saliendo del hotel para ir a coger el coche, que se quedó aparcado cerca.

Intenté pagar a medias el importe de la habitación, pero no me lo permitió. Como mucho, me dejó invitarlo a desayunar mientras llegaban mi hermana y Carmen, con las que quedamos en la cafetería.

Algo rondaba mi cabeza y no me dejaba en paz, y es que, a pesar de mi edad, mi experiencia sexual no era amplia que digamos. No me lo pude aguantar más tiempo, y solté lo que estaba pensando.

—Espero que la noche haya estado a la altura de tus expectativas.

—¿Estás de broma? Ha sido mucho mejor de lo que me esperaba, y espero, de corazón, que no sea la última vez que nos veamos.

—A mí también me gustaría que no se quedara aquí.

Pablo acercó su mano a mi cara, y la levantó, acercándose para darme un beso, justo cuando llegaban mi hermana y Carmen, acompañadas de Mario y Sergio, que no quisieron dejarlas solas.

Tocaba volver, y me estaba costando la misma vida. Llegaríamos justo a la hora de comer, y se me ocurrió preguntarle a Pablo si le apetecía comer con nosotras, pues no quería separarme de él.

—De verdad que me encantaría, pero no puedo. Tengo una cita ineludible con mis apuntes.

—No te preocupes, María, que nosotras tenemos para contarte un montón de cotilleos —me dijo Carmen, sonriente.

—Bueno, pues nada, otra vez será. Dime dónde te dejo.

—En el mismo sitio en el que me recogiste, o en tu casa, como quieras, y ya me marcho yo andando.

Me chocó mucho que no quisiera que supiera donde vivía, pero pensé rápido que, si eso era así, tampoco sabría donde vivía yo.

Llamadme niña pequeña, os lo admito, porque estaba actuando como tal, pero es que no me salía otra cosa.

En cuanto llegáramos a casa, se lo iba a contar a mis chicas, a ver qué pensaban ellas sobre ese tema.

Se bajó del coche en la puerta de la peluquería, y me dejó un breve beso en los labios, que me supo a poco.

—Nos vamos viendo, preciosa.

—Espero que así sea, guapo.

—Eso, y a las demás que nos parta un rayo, ¿no, Pablito? —dijo mi hermana.

—Para nada, chicas, encantado de haber compartido la cena con vosotras. Carmen, nos vemos en cuanto vuelvas por aquí —les dijo Pablo.

—Eso, y que si no lo hacemos sea porque haya niebla —le contestó ella, haciéndonos reír a todos.

Puse el coche en marcha y encaminé el trayecto hasta mi casa, nuestra casa. En mi cabeza iba todo lo que había sucedido la noche anterior y cómo había cambiado todo en cuanto había amanecido.

—María, ¿qué te ronda por esa cabecita tuya? —me preguntó mi amiga.

—No sé, me resulta todo muy extraño.

—¿Qué es lo que te resulta de ese modo, hermana?

—Pues que, entre otras cosas, ni me ha dado su número de teléfono ni ha querido que sepa dónde vive.

—Lo mismo es un espía y por eso no quiere que sepas nada de su identidad —dijo Carmen, intentando eliminar la tensión que había en el ambiente.

—Claro, es el James Bond de Alicante, no te jode.

Mi hermana y ella empezaron a reír ante mi comentario y el tono en el que lo dije, pero a mí, sinceramente, la situación no me hacía ni puta gracia.

Al día siguiente no abriría la peluquería, pues ya había recibido un mensaje de la empresa de transportes que me traerían y montarían los muebles, para comunicarme que llegarían a primera hora de la mañana.

Carmen recogió sus cosas, pues salía en el autobús de primera hora de la tarde, y quería tener todo listo para cuando llegara el momento, y así no perderlo.

A nuestra amiga, que había estado trabajando en Madrid durante mucho tiempo, la habían trasladado al pueblo de al lado, pero como no tenía coche, decidió buscarse una casita allí.

—Chicas, me marcho ya. Nos vemos el siguiente fin de semana —se despidió de nosotras.

—Espera, que te acompañamos a la parada del autobús —le dije, cogiendo mi bolso.

—De verdad, no hace falta, no me voy a perder.

—Tú, no, pero a mi hermana le vendrá bien perderse un ratito, y así no le da tantas vueltas a la cabeza —dijo Carolina.

Salimos de camino a la estación de autobuses, entre bromas y risas, pero tuvimos la mala suerte de encontrarnos con Valentina, que venía del bar de Manuel, de comer con su abuela.

—Mira a quién tenemos aquí, al trío Lalala —nos dijo.

—Déjanos en paz, Valentina, haz como si no existiéramos —le dijo mi hermana.

—Claro, a mí no, pero a mi abuela sí que la queréis en la peluquería, como a ella le sacáis los cuartos…

—Nadie la obliga a venir, si es eso lo que estás pensando —contesté, con mucha educación para todo lo que se merecía.

—Pues, a partir de ahora, y al menos durante el verano, seré yo la que me ocupe de ella, así que, no le veréis el pelo, nunca mejor dicho.

—Haz lo que te dé la gana, pero aparta, que voy a perder el autobús —le dijo Carmen, dándole un pequeño empujón.

—Parece que no habéis disfrutado de la noche, con lo buenos que estaban los hombres con los que habéis estado, sobre todo el que se marchó con María.

—¿Nos has estado espiando, Valentina? Porque si te han informado desde la ciudad, no lo han hecho correctamente, porque hemos disfrutado muchísimo, y en especial, María —le dijo mi hermana.

—Ni se te ocurra meterte con Pablo como lo hiciste con Rafa, o te las verás conmigo —amenazó Carmen.

—Me meteré con quien me dé la gana, no tengo que daros explicaciones a ninguna.

—Dejadla, no merece la pena. El tiempo pondrá todo en su lugar, y a ella no la podrá poner en otro sitio que el infierno, como buena arpía que es.

Valentina soltó una carcajada que sonó a pura maldad, como era ella, y que, aunque intenté disimular, me puso los vellos de punta.

—¿Sabéis una cosa? Quien ríe el último, ríe mejor. Ahí lo dejo.

Se dio media vuelta y se marchó, pero a mí me dejó un mal cuerpo que era imposible de ignorar.

Era como si ella supiera algo que yo no sabía, y que me iba a explotar en la cara en el momento menos pensado.

Mi hermana, que se había dado cuenta, intentó minimizar esa sensación y, para ello, no dudó en animarme.

—María, no le hagas ni caso.

—No puedo ignorarla, Carol, es tan mala…

—Por eso mismo, no puedes obsesionarte con ella, con lo que va a hacer o no. Tú misma lo has dicho, el tiempo pondrá todo en su lugar.

—Ya, pero lo que temo es que se lleve por delante mi corazón, como hizo con el tuyo.

—De todo se sale, hermana, y si no, mírame a mí.

—Lo sé, pero el tiempo que transcurre entre que te parten el corazón y te recuperas, es el peor del mundo.

No solo a mi hermana le habían roto el corazón, que conmigo también lo habían hecho, y de la forma más cruel que se puede hacer.

No fueron golpes físicos, ni que me pusieran los cuernos, sino que me fue anulando poco a poco, hasta hacerme sentir que no valía ni para esconderme.

Estaba completamente enamorada de Miguel, y ambos teníamos dieciocho años. No es que tuviéramos planes de casarnos o irnos a vivir juntos, como sí

fue el caso de mi hermana, pero llevábamos juntos unos seis meses.

Pasé de arreglarme hasta para ir por el pan, a abonarme al chándal y las mallas. Me encantaba ir a la playa, que para eso teníamos unas preciosas a pocos minutos del pueblo, y hasta eso dejé de lado.

Sus comentarios sobre mi físico eran tan hirientes, que pasé de medir un metro setenta y pesar ochenta kilos a pesar poco más de cincuenta, pues me privaba de todo por agradarle.

Casi al borde de la anorexia, mi madre no aguantó más, y me llevó a la capital, a la consulta de un psicólogo.

Era la típica víctima de un maltrato psicológico, y me costó volver a quererme a mí misma, mucho antes que a los demás.

El comentario que me hizo despertar del todo fue algo así como “lo que te faltaba, fea, inútil y ahora, también, loca. Si me dejas, no sé quién coño va a querer cargar con una mujer así”.

Lloré en esos días lo más grande, pues me sentía como una mierda. La ayuda de mi familia y de mi psicóloga fue primordial para que pudiera recuperarme.

Sabía que, si Pablo me hacía de menos y se liaba con ella, me iba a destrozar de nuevo, y empezaba a levantar esa coraza que tanto me había servido en años anteriores.

—Ni se te ocurra, María, o te las verás conmigo.

—Es que, no puedo evitarlo, me da miedo sufrir.

—Ya, pero lo harás de todas las maneras, así que, no te niegues la posibilidad de vivir, por favor.

—Está bien, lo intentaré.

Mi hermana me dio un abrazo antes de entrar en su casa. Antes de salir, nos habíamos dado una ducha y puesto ropa cómoda, porque no íbamos a ir arregladas a la estación de autobuses.

Nos sentamos en el salón, y nos pusimos a ver un capítulo de una serie que nos encantaba, y que, últimamente, habíamos dejado de lado por el cansancio con el que llegábamos todos los días.

Era la hora de cenar, y ninguna de las dos teníamos las mínimas ganas para meternos en la cocina, por eso, no dudamos en llamar al bar de Manuel, y hacerle un pedido.

Quince minutos después, teníamos allí al chico, con dos sándwiches de pollo y una fuente de patatas fritas. Según mi hermana, teníamos que reponer todas las calorías que habíamos perdido la noche anterior.

—Eres única, Carolina, de verdad.

—¿Acaso tú no has hecho ejercicio esta noche? Porque tu chico tiene una pinta de saber lo que se hace, que no veas.

—Y lo sabe, te lo garantizo. Con él me he dado cuenta de que no hay mujer frígida, sino hombre que no sabe tocarla.

—¿Lo ves? Te lo dije, que no era tu problema, sino el de Miguel, que no te hacía sentir segura y bien.

—Ni que lo digas, porque no te puedes imaginar lo que he disfrutado con sus caricias.

—No me vas a dar envidia, porque Mario es un tío espectacular, en todos los sentidos.

—¿Habéis quedado en algo?

—Sí, me pidió mi número de teléfono antes de irme, y me dijo que me llamaría, pues le había llamado mucho la atención y quería seguir conociéndome.

—¿Y tú, también quieres seguir conociéndolo?

—Por supuesto que sí, porque no solo es en el plano sexual, sino que también me hace reír y sentirme muy cómoda a su lado, y no lo pienso dejar pasar.

—Haces bien, hermanita, te mereces un hombre así, que te valore y te haga sentir de ese modo.

—Tú también, por eso, no te niegues la oportunidad de conocer bien a Pablo.

—Lo mío no lo veo yo tan claro, pero bueno, lo intentaré.

Terminamos de cenar y nos fuimos a la cama, que al día siguiente me tenía que levantar temprano para recibir al chico del mobiliario.

Estaba de lo más a gusto viviendo con mi hermana, pero me moría de ganas de tener la soledad y la intimidad que tanto necesitaba, y que mi casa me iba a proporcionar, lo tenía claro.

Capítulo 13



Pablo

En cuanto llegué a la casa, me encontré con Lucas, que me miró con una sonrisa, comprobando que había cumplido con mi palabra de llegar, incluso antes de la hora que me había indicado.

—Así, sí, Pablo. Cumpliendo horarios, no tengo ningún problema en darte permiso en otra ocasión que lo necesites.

—Gracias, Lucas, la verdad es que ha sido un día muy importante y bonito para mí.

—Y yo que me alegro. Tan solo espero que, algún día, te atrevas a contarme eso que estás guardando y que me servirá para entender tu postura en este seminario.

No voy a negar que no me lo pensé, porque me infundía la confianza suficiente como para hacerlo, pero algo en mi interior me frenaba.

En quien sí confiaba plenamente era en mi compañero Samuel, que me miraba, sonriendo, y me hizo un gesto para que fuéramos a la habitación, donde quería que le contara todo, pero tendría que esperar.

—Me doy una ducha, me cambio de ropa y enseguida vengo a poner la mesa —les dije.

—No hace falta, amigo, yo lo hago, ya te pediré luego algo a cambio —me respondió Samuel.

—Mientras que no sea dinero, lo que quieras.

Todos soltaron una carcajada por mi manera de contestar, y negaron con la cabeza. Quince minutos después, ya estaba ayudando a mis compañeros a poner la mesa y calentar la comida.

Hoy habían cocinado una ensalada y tortilla de patatas, además de unos filetes de pollo en salsa que estaban de rechupete.

—Como cocinéis así todos los días, al final voy a tener que hacer deporte, y no tengo tiempo que perder.

—Pues nada, una carrerita por el pueblo cada mañana, y verás cómo quemas las calorías.

Casi les digo que conocía otra forma mejor de quemarlas, pero, entre un sacerdote y cinco futuros párrocos, como que no lo veía demasiado bien.

Hoy nos tocaba a Samuel y a mí recoger y lavar los platos, y ahí que nos fuimos, a la cocina con el estropajo en mano.

—¿Me vas a contar cómo te ha ido o me tengo que quedar con la duda?

—Te lo contaré, pero no aquí. Mejor, después en la habitación. Tan solo te adelantaré que ha sido la mejor noche de mi vida.

—Pablo, sé sincero, tanto con ella, como con Lucas, o te verás en un problema del que no sabrás salir.

—Lo sé, pero tengo que encontrar el momento adecuado.

—No lo demores, sobre todo con Lucas. Si alguien puede ayudarte, ese va a ser él, te lo aseguro, porque, conmigo, lo ha hecho.

Samuel era el caso contrario a mí. Eran sus padres los que no querían que se preparara para sacerdote, por mucho que él les decía que era lo que más anhelaba.

—No había manera de que me entendieran, hasta que hablé con Lucas.

—¿Lo conocías?

—Para nada, fue mera casualidad. Un día, pasé por el seminario, y me atreví a entrar, dándome de frente con Lucas.

—Vamos, que parecía que el destino te lo puso en tu camino para que resolviera tus problemas.

—Yo prefiero pensar que fue Dios el que lo hizo.

—Es verdad, perdona.

—No te preocupes, no todo el mundo lo entiende.

—Yo sí que te entiendo, aunque no comparta contigo tu punto de vista. Pero vamos a lo importante. ¿Qué fue lo que le dijiste?

—No me hizo falta decirle nada, él mismo, en el momento en que me miró a los ojos, comprendió que algo me ocurría.

Mi compañero me contó que, después de compartir un café, encontró el valor suficiente como para abrirse a él, y que Lucas no dudó en ir a hablar con sus padres, hasta convencerlos de que esa era una vocación, como la de un médico o un profesor.

—Hombre, pero un médico o un profesor no hace voto de castidad, que es lo que más trabajo me costaría, al menos a mí.

—Eso es en lo que menos pienso, te lo aseguro. Si pongo en una balanza eso o ayudar a cualquiera que me lo solicite, poner mis manos a disposición de los demás, te aseguro que gana mi vocación.

—Y eso es admirable, por lo menos para mí.

Fuimos secando la vajilla y guardándola en su lugar, y preparamos café para todos, que llevamos hasta el salón, donde estaban todos jugando a las cartas.

Lo cierto era que, si me comparaba con todos ellos, no tenían nada que ver conmigo, y eso me ahogaba un poco.

¿Qué pasaría conmigo si no conseguía lograr mi sueño? ¿Me tendría que quedar allí, atrapado, el resto de mi vida?

Lucas se dio cuenta de que algo me pasaba, y no dudó ni un segundo en levantarse y llevarme hasta mi habitación, donde se sentó en mi cama, conmigo a su lado.

Sin poder evitarlo, me puse a llorar, era como si algo o alguien me estuviera apretando el corazón hasta el punto de costarme respirar.

—Pablo, háblame, por favor.

—No puedo, Lucas.

—Sí que puedes, porque, todo lo que me digas, quedará entre tú y yo, como secreto de confesión, te lo prometo.

No sé lo que me llevó a hacerlo, pero me abrí en canal con él, y le conté todo lo que ocurría en mi familia, desde la vida de mis hermanos hasta lo que mis padres habían programado para mí.

—Lo sabía, no tenías la vocación de los demás, y está claro que estabas aquí por otro motivo.

—Es mi pasarela para alcanzar mi sueño, lo malo será que no lo consiga a la primera y me tenga que ordenar sacerdote. Entonces, te prometo que no sé de lo que seré capaz…

—No te preocupes por eso, que no va a suceder.

—¿A qué te refieres?

—A que no tendrás que ir más al seminario, yo me encargaré de todo, y te dedicarás todo ese tiempo a estudiar. Te daré mi voto de confianza, pero no me defraudes, porque, si pierdes esta oportunidad, ya no podré hacer nada por ti.

—Gracias, Lucas, no te puedes imaginar lo que eso significa para mí.

No pude evitar darle un abrazo, que me reconfortó como si fuera mi propio padre el que me lo estuviera dando.

Teniendo también las mañanas para estudiar, podría aprovechar más el tiempo, y también podría visitar a María más a menudo.

De eso no le había hablado nada a Lucas, ni lo haría, porque no me veía con fuerzas, no cuando todavía no sabía lo que seríamos el uno para el otro y no quería precipitarme.

Lucas salió, dejándome allí con Samuel, que me dio un abrazo, y me dirigió unas palabras.

—Te prometo que has hecho lo mejor que podías hacer, aunque no le hayas contado todo.

—Eso que tan solo sabemos tú y yo, no me atrevo a decirlo, la verdad.

—Piensas que es como si, al verbalizarlo, lo fueras a gafar. ¿Me equivoco?

—Algo así, pero no es eso, no por completo.

—Entonces, explícamelo, porque no logro entenderlo.

—Verás, Samuel…

Con él sí que me abrí en canal, y le conté todo lo que había pasado la noche anterior, cómo habíamos conectado y me había hecho sentir especial.

Le dije que intenté demostrarle con hechos lo que no me atrevía a decirle con palabras, y que no diría hasta que no tuviera un futuro que ofrecerle, pero uno de verdad.

—Te entiendo, Pablo, y es lo mejor que puedes hacer.

—Sé que ella me gusta, y mucho. Además, después de esta noche, he empezado a tener sentimientos, no sé ponerles nombre, pero no quiero decirlos hasta no estar completamente seguro.

—Me pongo en tu lugar y yo actuaría de la misma manera.

—No quiero crearle unas expectativas para que luego me dé cuenta de que no siento lo que debería sentir.

Le expliqué que no sabía si mis sentimientos eran reales o estaban provocados por la situación, como si fuera una válvula de escape y hacerle daño.

Casi sin darme cuenta, el día se había ido demasiado rápido, y acordé con Lucas que, aunque no asistiera a las clases, sí que me iría con ellos al seminario, donde me metería en la biblioteca a estudiar.

Lo hacía porque si me quedaba allí, mis ganas de ver a María me harían abandonar los apuntes e ir a buscarla. De ese modo, no caería en la tentación, por muchas ganas que tuviera.

—Me parece lo correcto, porque así, si tus padres han enviado a alguien a vigilarte, podrán comprobar que asistes —me dijo Lucas.

Nos sentamos a cenar, pero en mi cabeza tan solo tenía un pensamiento, aprovechar el tiempo al máximo para conseguir mi plaza lo antes posible.

Podéis pensar que otra opción era solicitar una plaza en un centro privado, pero de eso no me fiaba mucho, porque los tentáculos de mis padres llegaban demasiado lejos como para poder dejarme sin nada.

Esa noche me fui a la cama con la satisfacción de saber que contaba con la ayuda, no solo de Samuel, sino también de Lucas, que sería un gran apoyo para mí.

Me puse a pensar en María, y decidí que, el sábado siguiente, le propondría a Mario y a Sergio si nos íbamos con las chicas a la playa.

No podía ser la del pueblo, ni siquiera la de la ciudad, tendríamos que irnos a una de otros pueblos, aunque estuviera mucho más alejada, porque nadie podía descubrirnos.

La mañana transcurrió entre apuntes y libros, en la biblioteca del seminario, hasta la hora de volver a casa.

No pude evitar mirar a la peluquería, que se encontraba cerrada, y me extrañó, pues tenía un cartelito en la puerta, aunque no podía ver de qué se trataba, y pensé que podía haber sucedido algo.

—No me ha pasado por alto que estás interesado en María, y te diré que no le hagas daño, es una buena chica que lo ha pasado muy mal —me dijo Lucas.

Encontré la ocasión perfecta para, no solo hablarle de mis sentimientos hacia ella, sino también para ver si me podía enterar de la historia de María.

—No sé lo que le ha pasado, la verdad, pero sí que me gusta, mucho.

—Estuvo al borde de la muerte por un novio que la maltrató.

—¿Le pegaba? Menudo hijo de puta.

La sangre me hervía por las venas, tan solo de pensar que alguien le pudiera poner la mano encima.

—No hace falta levantar la mano para agredir a alguien. A veces, las palabras duelen más y hacen más daño que una bofetada.

—No me lo puedo creer…

—Pues, créetelo, porque es verdad. Llegó a pesar cincuenta y pocos kilos, hasta que su madre la llevó a un psicólogo que la ayudó a salir de ahí.

—¿Sigue cruzándose con ese hombre?

—De un tiempo a esta parte, no, porque se marchó del pueblo, pero estuvo mucho tiempo teniéndolo que ver a diario.

Me ponía en el lugar de María y se me erizaba la piel. ¿Cómo había podido soportar eso? ¿La había hecho más fuerte o estaría más frágil que nunca? ¿Y por eso me preguntó lo de si había cumplido mis expectativas?

—Cada uno carga con una cruz en esta vida, unas vienen de parte de unos padres, otras de una pareja y otras de una adicción, pero el sufrimiento es el mismo.

Esas sabias palabras se me quedaron grabadas. Yo, que me sentía el ser más desgraciado del mundo por tener unos padres así, no había sido nada en comparación con todo lo que ella había tenido que aguantar.

Llegamos a la casa, me cambié de ropa y me dirigí de nuevo al local de la peluquería, necesitaba saber qué había ocurrido, y buscarla, si es que era necesario.

El cartel decía que cerraban durante todo el día por motivos personales, y eso me escamó mucho más.

Estaba pensando cómo podría localizarla, cuando vi que pasaba la señora Catalina, acompañada de su nieta, que me seguía mirando como si fuera un filete de ternera.

Capítulo 14



Pablo

—¿Buscando a la pavisosa de María o a la idiota de su hermana, Pablito? —me dijo la nieta de Catalina, mientras que ella soltaba una risita.

—En primer lugar, soy Pablo, no Pablito, y en segundo, pero no menos importante, a quién busque o deje de buscar, no es asunto de nadie, más que mío.

—Hijo, no hace falta ser tan desagradable, y menos ante una broma de mi nieta.

—Me va a disculpar, señora Catalina, pero para mí, que se descalifique a una persona no es ninguna broma.

—Pues nada, a partir de ahora me dirigiré a ellas como las señoritas estilistas.

—La ironía, sobra, bonita. Con llamarlas por sus nombres, es suficiente.

—Bueno, el caso es que hoy no han abierto porque le traían los muebles de su casa nueva, y tenían que hacer la mudanza —me dijo doña Catalina, mientras su nieta la miraba como si quisiera matarla.

—¿Sabe su domicilio, señora Catalina?

—Claro, todo el pueblo lo sabe. Ven con nosotras, que vamos en esa dirección.

Me situé al otro lado de la señora Catalina, lo más alejado posible de Valentina, pues no me gustaba nada la actitud de esa chica.

Por el camino, su abuela no paraba de decirme que tenía que invitar a su nieta a tomar algo, aunque solo fuera por cortesía.

Yo intentaba darle largas, hasta que Valentina soltó un comentario que no me gustó nada.

—Lo mismo y el chico no está en condiciones de invitar a nadie, abuela.

—¿Qué quieres decir con ese comentario? Porque no me gusta nada el tono que has usado, Valentina —le pregunté.

—No te vayas por lo peor, Pablo. Lo decía porque, como estás estudiando, querrás aprovechar el tiempo lo máximo posible.

La sonrisa con la que lo dijo era maldad pura, y me hizo sentir incómodo. Era como si todo lo que yo estaba guardando para mí, como si todos mis secretos, fueran una certeza para ella.

La señora Catalina me dijo dónde se encontraba la casa de María, pero no era su casa, sino la de sus padres, y supe que lo había hecho a propósito.

Lo descubrí en cuanto llamé a la puerta y me abrió una señora de unos sesenta años, seguida por otra de unos cuarenta y pocos.

—Buenas tardes, joven. ¿En qué podemos ayudarte? —me dijo la señora más mayor.

—Buenas tardes, señoras. Venía buscando a María, pero creo que me he equivocado de lugar.

—No, hijo, no te has equivocado. Hasta hace poco, mi hija vivía aquí, con nosotros —me dijo la otra señora.

—Entiendo que son ustedes su familia.

—Yo soy su madre y ella su abuela; su padre ha salido a llevarles algo de comer.

—Sé que le puede sonar extraño lo que le voy a preguntar, pero ¿me podría facilitar su domicilio?

—Por supuesto, mira, tienes que coger aquella calle…

La abuela de María me dio las indicaciones para llegar a su casa, y no me lo pensé, me dirigí hasta allí, pero, antes, paré en el bar de Manuel y pedí cuatro cafés para llevar y una bandeja de bollos que tenían una pinta estupenda.

Llamé a la puerta, estaba nervioso, no lo iba a negar, pero también ilusionado. Me abrió un hombre de unos cuarenta y muchos años, que me miró de arriba abajo.

—Buenas tardes, vengo buscando a…

No me dio tiempo a decir nada más, pues, por detrás de ese hombre, apareció Carolina, que vino a darme un abrazo.

—¿Qué haces aquí, Pablo?

—Venía a ver a María, por si necesitabais que os echara una manita.

—Si vienes para ayudar, eres bienvenido, porque mi hija me va a volver loco cambiando los muebles de sitio. Pasa, chaval, yo soy Santi, su padre.

—Muchas gracias, don Santiago.

—Uy, don Santiago era el director del banco, yo soy solo Santi.

Santi me dio un abrazo de bienvenida, y quitó de mis manos la bandeja de los cafés y la de bollos, para ponerlos en la isla de la cocina.

—Un descanso, niñas, que yo ya no tengo edad para tanto ajetreo —dijo, quitando los vasos del recipiente.

—Venga, papá, pero solo un momento, que tenemos mucho por delante.

—Y por detrás, hija, que no veas si quedan cajas —le dijo a María, y no pude reprimir una carcajada.

Les conté a todos lo que me había sucedido hasta llegar aquí, y la maldad que había encontrado en doña Catalina y su nieta.

—Eso no es nuevo, si acude a la peluquería es para enterarse de todos los cotilleos, pero no porque nos tenga aprecio —dijo María.

—Aparte de que su nieta es una gran hija de la Gran Bretaña, por decirlo de un modo fino —dijo Santi.

Carolina no abrió la boca, pero noté que quería decir más de cuatro cosas que no pronunciaba por educación, pero lo hizo su hermana por ella.

—Tuvo la poca vergüenza de meterse entre mi hermana y su novio, hasta el punto de que se acostó con él, para dejarlo tirado a las dos semanas.

—Sí, esa muchacha tiene cierta predilección por los hombres comprometidos, aunque no tengan un anillo en el dedo —dijo Santi.

Esas palabras me aclararon la actitud de Valentina con respecto a mí, pues esa insistencia que mostraba no podía venir de otra parte que no fuera porque me había visto con María.

Ayudé al padre de María a mover todos los muebles, hasta que quedaron a su gusto, momento en el que nos dedicamos a ir guardando todos los objetos que había en las cajas.

—Carolina, tendremos que ir este fin de semana al centro comercial, necesito cortinas y varias cosas para la casa —le dijo María a su hermana.

—Yo me ofrezco a ir con vosotras, y si queréis, podemos quedar allí con Mario y Sergio.

—Es una idea fantástica, porque, además, Carmen viene este fin de semana —dijo Carolina.

Nos pusimos a organizar todo el fin de semana, ese que volveríamos a pasar en la ciudad, pero esta vez en casa de Mario, pues mis reservas de dinero

ya se estaban agotando y no quería tener que pedirles a mis padres, pues me harían dar mil explicaciones.

Me volví a la casa a eso de las nueve de la noche, acompañando a Santi hasta la puerta de su casa, que me cogía de camino.

—Pablo, las puertas de mi casa las tienes abiertas; veo que eres un chico de lo más leal.

—Gracias, Santi. Yo, estaré aquí para todo lo que necesitéis.

Fui a darle la mano, pero me dio un abrazo. Al separarme, me di cuenta de que alguien nos estaba mirando, y no con muy buena cara, todo hay que decirlo.

No se trataba de otra persona que, Valentina, esa mujer que se creía por encima de todos los demás, por el simple hecho de tener dinero.

Me di cuenta de que debía tener cuidado con ella, pues la maldad le salía por los poros de la piel, y era mucho más peligrosa que cualquier otra persona que pudiera rodearme.

Ni siquiera le dije adiós; aun pasando por su lado, no me salía, no me gustaba la gente así, pero no lo dejó pasar.

—Deberías tener cuidado, Pablo, o puede que tu secreto salga a la luz.

—No tengo ningún secreto, soy lo que todo el mundo ve.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente. Ahora, tengo prisa, me esperan para cenar.

No sé si disimulé lo suficiente como para que no se diera cuenta de mi nerviosismo, pero lo que me entró por el cuerpo no se puede describir.

¿Y si lo había dicho sin saber? ¿Y si lo que quería era meterme los dedos para que yo le pidiera que no contara nada?

Fuera lo que fuese, me preocupaba mucho que tuviera la maldad de contarle a María lo que pasaba, y me propuse decirle yo toda la verdad, para que no tuviera ninguna duda.

Llegué a la casa y mis compañeros estaban en la cocina, preparando la cena. Lucas me miró con reprobación, y me vi en la obligación de contarle dónde había estado y lo que había hecho.

—Perdón por la tardanza, pero he estado con el señor Santiago Valero, ayudando en la mudanza de sus hijas.

—Una buena razón para llegar a esta hora, pero la próxima vez, avísame, por favor, y me quedo más tranquilo.

—Lucas, ¿podemos hablar un segundo, a solas, por favor?

—Claro, ¿qué te ocurre?

Salimos de la cocina y nos dirigimos a una parte del salón donde no nos podían escuchar mis compañeros.

Una vez allí, alejados de todos, me dispuse a contarle todo lo que había ocurrido con Valentina, y lo que me había dicho.

—Sé que no se lo dices, no por ocultarle nada, sino por lo que hablarle conlleva, pero no dudes en que yo respaldaré tu versión.

—No sé cómo hacerlo, Lucas.

—Es muy sencillo, habla desde el corazón, y cuanto antes, mejor.

Me fui a la cama esa noche planeando todo, se lo diría en el centro comercial, lejos de todo y de todos.

Capítulo 15



María

La semana transcurrió como siempre, ya estábamos a viernes y la peluquería había tenido más afluencia de público de lo normal, pues esa semana había un par de bodas.

A Pablo no lo había visto hasta ahora, que había entrado con un compañero de piso, que necesitaba un corte de pelo.

—Buenos días, preciosas. Aquí vengo con mi compañero, Samuel, a ver qué podéis hacer por él —nos dijo, estando la peluquería casi sin público.

—Buenos días, Pablito, vamos a ver qué es lo que él quiere, primero —me contestó María, que se acercó a saludarnos.

—Hijo mío de mi alma. ¿Tú no tienes ningún amigo feo? —preguntó Carolina, negando con la cabeza.

—Lo mismo es que el feo, soy yo.

—Claro, eso no te lo crees ni tú.

—Vamos a ver, Samuel, ¿qué es lo que vienes buscando? —preguntó María a mi amigo.

—María, ¿verdad?

—Sí, yo soy María, y ella es mi hermana, Carolina.

—Encantado. Pues venía buscando un corte de pelo, pero que no sea demasiado extravagante. Como puedes ver, yo soy un poquito clásico.

—No hay problema, te hacemos el corte del maniquí del Zara, y listo.

—¿Qué corte es ese, por el amor de Dios?

—El típico de la rayita al lado, con el flequillito así, como formando un pequeño tupé, y cortito por detrás —le aclaró María.

—Eso mismo es lo que vengo buscando, sí, señora.

—Pues nada, siéntate en uno de los tocadores, que voy por la capa y mis artilugios.

Me di media vuelta y lo dejé allí, hablando con Pablo, mientras no paraba de mirarme y sonreír.

Ese chico me caía bien, a pesar de no conocerlo todavía, se le veía nobleza en su mirada y una sonrisa de lo más sincera.

Me dispuse a cortarle el pelo tal y como le había dicho y cuando terminé y se miró en el espejo, quedó encantado.

—Toda la vida queriendo que me hicieran este pelado, y he tenido que venir hasta aquí para conseguirlo —me dijo.

—Pues nada, ya sabes lo que tienes que pedir, o mejor aún, vienes aquí y yo me encargo —le respondí.

Se fue hasta el mostrador, donde Carolina le cobró el servicio, mientras le preguntaba si él también estaba estudiando para las oposiciones.

—No, yo sigo estudiando una carrera, pero no me queda mucho para poder terminarla y trabajar.

—Hijo, qué fe tienes.

—No lo sabes tú bien, Carolina. Pero ¿por qué dices eso? —le dijo.

—Porque decir que vas a terminarla y trabajar, eso es como si te tocara la lotería.

—Bueno, lo mismo y mi padre tiene algo que ver —dijo Samuel, refiriéndose a su ideología.

—Entonces, amigo, con enchufe se entra en cualquier lado. Y eso que nosotras no nos podemos quejar, que esto también es obra de mi padre.

—No es enchufe, es que mi carrera, digamos que tiene mucha demanda —contestó Samuel.

Noté cómo Pablo se ponía tenso con esa conversación, como si se sintiera incómodo, e intentó cambiar de tema. Ese motivo me tenía cada día más mosqueada y, en cuanto estuviéramos a solas, se lo iba a preguntar.

—María, ¿a qué hora tienes pensado ir al centro comercial, mañana?

—Pues, tengo una cita a las nueve de la mañana, a pesar de que es festivo local, pero, en cuanto termine, tiraré para allá.

—Perfecto, pues entonces, quedamos a las diez aquí. ¿Te parece bien?

—Vale, pero no te garantizo que haya terminado a esa hora. Lo mismo te toca esperar un poquito.

—No me importa, lo que no quiero es que te marches sin mí.

Estábamos hablando de todo, cuando la puerta se abrió, entrando por ella la señora Catalina con su nieta, que me miraba de una manera que me ponía los vellos de punta.

—Vaya, si hay reunión de pastores —dijo, mirando a Pablo y a su compañero.

—Buenas tardes, señora Catalina —le dije, ignorando a la otra.

—Hija, como habrás comprobado, mi nieta viene conmigo y transparente no es.

—Para desgracia nuestra, no —murmuré, pero vi cómo Pablo me había escuchado y sacó una sonrisa.

—Bueno, chicas, nosotros nos marchamos ya, gracias por todo, salgo muy contento con mi corte de pelo y no dudéis que volveré —dijo Samuel, como si quisiera evitar que se hablara de más.

—Vamos hablando, María —me dijo Pablo, dejándome un beso en la mejilla, al igual que a mi hermana, aunque se notó diferente.

Salieron de la peluquería y no pude evitar seguirlo con la mirada hasta que ya no estuvieron al alcance de mi vista.

—Niña, mi nieta quiere que le hagáis las planchas, que las suyas no funcionan en mi casa, y no tiene otras hasta que se las envíen sus padres —me dijo Catalina.

—Primero habrá que lavarle la cabeza, digo yo —le contestó Carolina.

—De eso nada, que sois capaces de echarme algo para que se me caiga el pelo. Vengo a por las planchas porque no me soporto con estos pelos —respondió Valentina.

—Yo diría, más bien, que no te soporta nadie, da igual los pelos que lleves —contesté, en voz baja.

—¿Has dicho algo?

—Uy, nada, cosas mías.

—Mira, niñata, nosotras somos dos profesionales que dejamos los asuntos personales en la puerta —interrumpió Carolina.

—De verdad, que no entiendo esa inquina que le tenéis a mi nieta, si más buena y noble no puede ser —nos increpó la señora Catalina.

—Sí, Santa Valentina es ahora. Tres días le faltan para meterse en el convento —dijo mi hermana.

—No, si van a ser muchos los que van a entrar en un convento, y no soy yo, precisamente. Pero bueno, ya se darán cuenta de que están perdiendo el tiempo —contestó ella.

De verdad que cada día me gustaba menos esta chica y sus comentarios, pero no entré al trapo.

Cuanto antes terminara con ella, antes se marcharía, así que la llevé hasta el lavacabezas, donde, a regañadientes, le lavé la cabeza y la senté en el tocador que tenía más cerca de la puerta.

Llamadme idiota, lo admito, pero pensaba que así estaba más cerca de poder darle una patada en el culo si se me ponía chulita.

Tenía todas las puntas quemadas y mi obligación era decírselo, aunque sabía que no iba a querer cortarlas, pero allá ella.

—Valentina, ¿te pones algo para proteger el pelo de las planchas?

—Por supuesto que me lo aplico. ¿Te crees que soy tonta?

—Me voy a ahorrar contestarte a esa pregunta, creo que la respuesta es obvia. Lo que sí te diré es que no te está haciendo nada, tienes las puntas quemadas.

—Quemada estás tú. Yo tenía mi pelo en perfectas condiciones. Si aparece ahora así, es porque tú me has hecho algo.

—Claro que sí, yo te he echado un hechizo para que se te ponga así al mojarlo. De verdad, hija, qué cortita eres cuando te da la gana.

—No me pienso poner en tus manos para cortarme el pelo, que eres capaz de quitarme la melena para que la tuya luzca mejor.

—Cuánta verdad en el dicho de que “cree el ladrón que son todos de su condición”.

—Déjate de refranes y sécame ya el pelo, que he quedado.

—¿Quién ha querido sufrir tu presencia, alma de cántaro? —le preguntó mi hermana, que no pudo callarse.

—Pues un hombre guapísimo y que se ha marchado hace un rato de esta peluquería.

Cuando la escuché decir eso, os prometo que me entraron ganas de sacarla por los pelos, porque tenía claro que se refería a Pablo.

Tan solo esperaba que fuera mentira de ella, o me decepcionaría muchísimo, la verdad.

No iba a pelear por un hombre, ni mucho menos, pero tampoco iba a dejar que me pasara como con Miguel, y que me humillaran.

Sabía que entre nosotros no había nada serio, pero eso no implicaba que hubiera sinceridad entre los dos, y me había dicho que quería seguir conociéndome.

Todavía recordaba cuando Miguel, al principio, me decía gordita, y me hacía sentir especial, hasta que descubrí que era una más de su olla de albóndigas.

Le sequé el pelo con el secador, pero no me esmeré; algo en mi interior me lo impedía, y no era otra cosa más que la rabia que me entró.

Ni siquiera le puse el protector, pues lo que quería era que se marchara ya y poder despotricar tranquila sin que ella me escuchara.

—Hala, bonita, que lo pases bien —le dije, para que se largara en cuanto terminé.

—Uy, no lo sabes tú lo bien como me lo voy a pasar —respondió.

Cuando estuvimos a solas, mi hermana no dudó en acercarse a mí, y en preguntarme cómo estaba.

—¿De verdad te la has creído?

—Sinceramente, no lo sé.

—No seas tonta, María, más quisiera ella haber quedado con Pablo, que la huye como la peste.

—Entonces, ¿por qué se ha puesto tan nervioso cuando ha llegado ella?

—No lo sé, pero tiene fácil solución, llámalo y habla con él.

Capítulo 16



Pablo

Mi nerviosismo, aparte de que tenía miedo de que se pudiera descubrir lo que estaba estudiando Samuel, venía porque había quedado esa tarde con Valentina, pues tenía que averiguar lo que sabía y qué pensaba hacer con esa información.

Esperaba que no llegara a oídos de María, pero me daba en la nariz que Valentina se lo soltaría a las primeras de cambio.

Mis sospechas se confirmaron en cuanto recibí varias llamadas de María, mientras estaba esperando en el bar de Manuel a que llegara la nieta de la señora Catalina.

No quería contestar, puesto que, si me cogía hablando con ella, podría ponerse a la defensiva, y eso no me convenía.

Por todo ello, decidí escribirle un mensaje y si me preguntaba, no le pensaba mentir.

Pablo: *Ahora mismo no puedo hablar, te llamo en cuanto pueda.*

María: *Tan solo quiero saber una cosa. ¿Has quedado con Valentina?*

Pablo: *Sí, pero no como piensas. Tengo que hablar una cosa con ella, que es muy importante.*

María: *No necesito saber nada más. Mañana no me esperes, me iré sola con mi hermana.*

Pablo: *No me hagas esto, María, te prometo que todo tiene una explicación, déjame que te la dé en cuanto hable con ella.*

No me contestó nada más, y lo tuve claro. En cuanto terminara de hablar con Valentina, iría a su casa y le explicaría todo.

La vi entrar como la que venía a la entrega de los Óscar, pero no me impresionó, por muy arreglada y provocativa que viniera.

—Ya podemos irnos.

—¿A dónde piensas que vamos a ir?

—No sé, ¿a cenar a la ciudad, por ejemplo?

—Lo siento, pero si te he dicho de quedar, no es para lo que tú piensas. Es más, que te quede claro que no me atraes nada, ni como persona ni como mujer.

Me miró de arriba abajo con desprecio, como si hubiera dicho algo sin sentido.

—Eso no te lo crees ni tú. Ningún hombre se resiste a mis encantos, y ya lo comprobarás.

—Pues será que, a lo mejor, no soy un hombre y soy un therian de esos que se llevan ahora.

Intenté tomándomelo con humor, porque la altanería que estaba mostrando me repateaba el estómago.

—Voy a ir al grano, que tengo muchas cosas que hacer, Valentina. ¿Qué sabes de mi vida?

—¿Yo? ¿Qué voy a saber si no me has contado nada?

El tono que empleó fue tan irónico, que no me hizo falta preguntar nada más. Lo sabía todo y lo iba a aprovechar al máximo, pero no lo haría de frente,

como una persona normal, ella iría soltando comentarios hirientes, para hacer todo el daño posible.

Me levanté, dispuesto a marcharme, pero me agarró de la mano, frenando mi intento.

—Te dejaré que lo pienses durante unos días, pero no te conviene contradecirme, o todo el mundo sabrá lo que eres y de lo que soy capaz.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy advirtiendo.

—¿Sabes por dónde me paso yo tus advertencias y tus amenazas? Precisamente por ese lugar que estás pensando.

Le di un jalón a mi brazo, zafándome de ella, y me encaminé a casa de María. Esperaba encontrarla allí, pues le iba a dar todas las explicaciones necesarias, incluso de lo que hacía allí, en el pueblo.

Llamé cinco o seis veces al timbre, pero no me abrió, y pensé que estaría en la casa de su hermana, pero tampoco la encontré allí.

Empezaba a desesperarme, pero encontré la solución, iría a hablar con Santiago, su padre, que me pareció un hombre de lo más cabal.

—Hombre, Pablo. ¿Te sucede algo?

—Pues sí que me sucede. ¿Podría hablar con usted, por favor?

—Claro que sí, pero tutéame, que no soy tan mayor como para que me hables de usted.

—Está bien, Santi, si es eso lo que quieres.

—Pasa al salón, allí estaremos más cómodos.

Cuando entré, no había ni rastro de su mujer y su suegra, y lo agradecí, porque a ellas no las conocía, no tenía tanto trato y no sabía cómo podían reaccionar.

—¿Te apetece tomar algo?

—Un refresco, por favor.

—¿No te apetece mejor una cerveza?

—Venga, pero siempre que tú me acompañes con otra.

Santi fue a la cocina y trajo dos botellines, mientras que me contaba que las mujeres de su familia habían ido al pueblo de al lado a recoger a Carmen, que se había quedado allí tirada, al perder el autobús, y que llegarían después de cenar.

—Pues no sabes cuánto me alegro de eso, porque lo que tengo que contarte, es mejor que lo hagamos a solas.

—¿Tú dirás?

—Verás, Santi, mi llegada a este pueblo no ha sido casual…

Cogí una bocanada de aire para insuflarme el valor y la fuerza suficiente para poder hablar.

Le conté mi historia, desde el principio y sin ocultarle nada, hasta llegar al punto en el que estaba ahora mismo, con el apoyo de Lucas, mi tutor, y mis intenciones de futuro.

—¿Has hablado con María? ¿Ella sabe todo esto?

—No, no he tenido la oportunidad. Quería hacerlo mañana, que pasaremos el día en el centro comercial, pero he tenido un pequeño inconveniente antes.

—¿Qué te ha pasado?

—He tenido que quedar con Valentina.

—¿Con esa mujer? Chaval, si había alguien en todo el pueblo con quien no deberías haber quedado, es con ella.

—Lo sé, pero no tenía más remedio. No sé de qué manera, pero ha descubierto mi secreto.

—Eso es malo, porque no dudará en utilizarlo en su provecho. ¿Qué piensas hacer?

—Lo primero, contarle todo a María. Después, intentar minimizar los daños lo máximo posible.

—Con esa mujer, eso va a ser prácticamente imposible, pero no pierdas la esperanza y haz todo lo que tengas que hacer.

Al final, cené allí con Santi, una tortilla de patatas que había dejado Manuela, su mujer, y que estaba exquisita.

Durante el postre, llegaron Manuela y Luisa, y vi cómo el coche de María arrancaba y salía de la calle.

—Joder, pensaba que iba a entrar —dije, en voz alta.

—¿Para qué? ¿Para que siguieras mintiéndole en la cara? —dijo Manuela.

—Manuela, creo que deberías conocer las dos versiones de la historia, antes de juzgar a nadie.

—¿Tú lo sabías?

—Acabo de enterarme, y no por boca de nadie, sino por la suya, la de Pablo.

—Yo, de lo único que tengo que preocuparme es de que mi hija no vuelva a sufrir y teniendo a este hombre al lado, no dudo de que lo hará.

—Veo que ya se me ha sentenciado sin darme siquiera la oportunidad de explicarme. Y me duele, porque nada es como se lo han contado —le dije a Manuela, visiblemente afectado.

—¿Qué parte de que te estás preparando para ser cura es mentira? —me preguntó Luisa.

—Toda, señora Luisa. No me estoy preparando para eso, aunque todo pueda indicar que sí.

No dudé en repetir mi historia, pero, toda la predisposición que había sentido de parte de Santiago, era todo lo contrario a lo que recibí por parte de Manuela.

—Es que no puedo creerte, chico. No estamos en el siglo dieciocho.

—Sé que cuesta creerlo, pero estoy dispuesto a que Lucas, mi tutor, os lo explique. Es el único que lo sabe todo, al igual que mi compañero de habitación.

Tenía que hablar con María, pero su padre me aconsejó que no dejara pasar más tiempo, que fuera a buscarla. Incluso se ofreció a acompañarme, pero, aunque se lo agradecí, era algo que tenía que enfrentar yo solo.

Me despedí de sus padres y su abuela, que terminó dándome un beso en la mejilla y me dijo que hiciera todo lo posible porque su nieta me entendiera.

Eso me dio algo de ánimo, aunque no sabía cómo me recibiría María y, sobre todo, Carolina, que era la que tenía un carácter más fuerte.

Me volví a cruzar con Valentina, que me miró con una maldad que me hizo estremecer, y supe de dónde venía, de hablar y contarle mentiras a María.

Por suerte, había estado todo ese tiempo con su padre, y podría confirmar mi coartada, ya que, de esa mujer me podía esperar que le dijera cualquier cosa para hacernos daño.

Casi aporreé la puerta, sin conseguir que me abriera, y opté por ponerme a gritar en el patio.

—¡María, no me pienso mover de aquí hasta que me escuches!

—Como no te marches, llamaré a la policía —dijo Carolina.

—Llama a quien te dé la gana, pero tengo que hablar con tu hermana.

—Sigue rezando, gilipollas, y no la engañes más —me contestó ella.

—Es todo mentira, te lo prometo. María, escúchame.

Se abrió la ventana superior y pensé que era ella, que salía para escucharme, pero no, quien lo hizo fue Carmen.

—Yo misma te he visto durante toda la semana entrando en el seminario, con el resto de los seminaristas, y tengo pruebas.

Capítulo 17



María

En el momento en el que me confirmó que había quedado con Valentina, se me revolvió el estómago; no necesitaba más explicaciones, y ni siquiera me digné a contestar a sus mensajes.

Estábamos llegando a casa de mis padres, que nos estaban esperando para cenar, cuando recibí una llamada de mi amiga Carmen.

—Chicas, tengo un problema, he salido un poquito más tarde del trabajo y he perdido el autobús. No podré ir al pueblo este fin de semana.

—¿Cómo que no? Ahora mismo vamos a por ti en el coche, no te muevas de la estación de autobuses.

—¿Qué ocurre, hija? —preguntó mi madre.

—Es Carmen, que se ha quedado tirada y le he dicho que vamos a por ella.

—Muy bien hecho, y nosotras nos vamos contigo. Así, podremos cenar allí, una cena de mujeres, que hace tiempo que no hacemos ninguna —dijo mi abuela, que se levantó para coger el bolso.

—Cena de mujeres, y a mí, que me parta un rayo.

—A ti, te preparo ahora mismo una tortilla, mientras que mi hija se cambia de ropa —dijo mi abuela Luisa, que se puso a pelar patatas en un tris.

Quince minutos después, estábamos las cuatro montadas en mi coche, camino del pueblo vecino.

—He encontrado a Carmen un poquito rara, la verdad —les dije.

—Hija, sería por el disgusto de que no podía venir el fin de semana. Sabes que allí no hace vida, nada más que del trabajo a la casa —me contestó mi madre.

—Puede ser, pero, de todas formas, ahora nos enteraremos.

Al llegar, encontré aparcamiento cerca de la zona de restauración. Ese pueblo era el doble de grande que el nuestro, y tenían de todo, desde tiendas hasta las mejores cadenas de restaurantes.

—Menos mal que me dio por llamaros, porque me veía aquí todo el fin de semana, comiéndome los mocos —dijo mi amiga, al vernos llegar.

—Sabes que no lo íbamos a permitir —contesté.

—Anda, vamos a cenar, que me muero de hambre; ya luego os cuento algo que he descubierto —afirmó Carmen.

—¡Lo veis! Sabía que algo le pasaba, la conozco mejor que nadie.

Cogí la maleta de Carmen y la guardé en el coche, antes de dirigirnos hasta una terracita con vistas al mar, en la que se estaba de maravilla.

—Esta cena la voy a pagar yo, así que, no me seáis miserias a la hora de pedir —dijo mi abuela.

—De eso nada, que corre por mi cuenta —le respondí.

Nos enzarzamos en una discusión, que sabía que era para nada, porque mi abuela siempre se salía con la suya, pero me gustaba verla así, activa y en pie de guerra.

Mi abuela cogió la carta y pidió unas almejas a la marinera, una mariscada para cinco y una sopa de marisco, todo para compartir, además de una botella de agua y una de vino blanco para maridar el marisco.

Yo no pensaba más que mojarme los labios con el vino, pues a la vuelta tenía que conducir, y no era plan de hacerlo borracha como un piojo.

La cena transcurrió entre risas y bromas de mi abuela, que no paraba de decirle cosas al camarero.

—Hijo mío de mi alma, si me coge a mí con treinta años menos, hago abuela a mi madre —le decía.

El pobre hombre, que debía estar rondando los cuarenta, no sabía dónde meterse, aunque le contestó dos o tres veces, y con todo el arte del mundo.

En cuanto nos trajeron el postre, mi amiga se puso seria, y sacó su móvil. Buscó algo entre sus archivos y cogió aire, como si tuviera que sacar un valor que no tenía.

—María, siento tener que ser yo la que te diga esto, pero Pablo no es de fiar.

—Lo sé, me acabo de enterar, y de la peor forma posible. Había quedado con Valentina para cenar.

—¿También con ella? Desde luego, ese hombre se quiere desquitar bien antes de que…

—¿Antes de qué, Carmen?

—Antes de tomar los hábitos.

—¿Qué hábitos? ¿De qué me estás hablando?

—Será mejor que lo compruebes por ti misma.

Me tendió el móvil, para que viera las fotografías que ella misma había hecho, y en las que se veía a Pablo, en distintos días, entrar en el seminario, tanto con su compañero Samuel, como con el cura del pueblo.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Completamente. El primer día me resultó extraño, pero pensé que estaría allí para solicitar alguna documentación o algo.

—¿Qué tipo de documentación podría pedir ahí?

—No lo sé, chica, fue el primer pensamiento.

—¿Y luego? Porque, está claro que algo te hizo dudar.

—Sí, algo me decía que no podía quedarme de brazos cruzados, así que entré a preguntar.

—¿Qué te dijeron? Y quiero que me digas absolutamente todo, que no te guardes nada para ti.

—Pues me dijeron que eran un grupo de chicos que se estaban preparando para ordenarse sacerdotes, y que vivían en el pueblo, con el padre Lucas.

—Claro, ahora me cuadra todo.

—¿Qué es lo que te cuadra, hija? —me preguntó mi madre.

—Que no quisiera que lo llevara o recogiera con el coche, sus horarios de estudio, el toque de queda que tenía… En fin, todo lo que me hacía sospechar que me ocultaba algo, lo que no esperaba es que fuera eso.

Terminamos de cenar y nos pusimos rumbo al pueblo, todas en silencio, intentando procesar todo lo que Carmen nos había contado y enseñado.

Tenía que enfrentarlo, decirle que era un mentiroso y que conmigo no iba a jugar más, pero no podía, un nudo en la garganta me lo impedía.

Tal era mi estado que Carolina, en cuanto pasamos por la gasolinera, me dijo que me apartara a un lado.

—Baja del coche, que yo conduzco.

—No hace falta, Carol, de verdad que estoy bien.

—Y una mierda, estás bien.

Tan solo me hizo falta que me dijera eso para romper a llorar, de la manera más desconsolada que podía llorar una persona.

—¿Por qué tengo tan mala suerte con los hombres?

—Hija, por Dios, que tienes veintiún años, todavía tienes toda la vida por delante —me dijo mi madre.

—Sí, pero en mis pocos años ya me he encontrado con los dos cabrones mayores del reino.

Mi madre y mi abuela soltaron una carcajada, que rebajó la tensión y me hicieron cambiar las lágrimas por sonrisas.

Al final, fui yo la que continué conduciendo hasta nuestro pueblo. Al llegar a casa de mis padres, a través de la ventana de la cocina, lo vi, conversando con mi padre, como si fuera la cosa más normal del mundo.

—No me lo puedo creer…

—Me cago en mi puta estampa. Ahora mismo le voy a cantar a ese las cuarenta… —dijo mi hermana, dispuesta a bajarse del coche.

—¡No! Si alguien tiene que enfrentarlo, esa seré yo, pero no ahora, que no tengo las fuerzas suficientes —le dije.

Arranqué y salí de allí como si me hubieran contratado para correr en el París-Dakar, hasta llegar a mi casa.

—No te pienso dejar sola, abajo. Ese tipo es capaz de venir a contarte una milonga, y tú a creértelo —dijo Carmen.

—Tranquila, se vendrá con nosotras arriba, allí le costará más trabajo llegar hasta ella —dijo mi hermana.

Yo iba como una zombi, sin decir ni hacer absolutamente nada. Era como si todo a mi alrededor fuera parte de una película que no tenía nada que ver conmigo.

Nos sentamos en el sofá del salón, junto a una de las ventanas, y mi hermana sirvió una copa para cada una, como si eso me pudiera tranquilizar.

En el primer sorbo, escuché ruido en el patio, y supe que era él, pero no dije nada, no quería que ninguna de las dos se diera cuenta y saliera a decirle algo, pero de poco me sirvió.

Lo escuché llamarme desde el jardín, y decir que no se movería de allí hasta que no lo atendiera.

—Yo misma te he visto durante toda la semana entrando en el seminario, con el resto de los seminaristas, y tengo pruebas —le dijo Carmen.

Cuando la escuché decirle eso, supe que tenía que enfrentarlo, que tuviera los santos cojones de decirme a la cara que eso era mentira.

Me levanté del sofá, cogí mi bolso, y bajé a mi casa, ante las protestas de mi hermana y mi amiga.

—Chicas, sé que no lo entendéis, pero tengo que escucharlo de su propia boca.

—Ten cuidado, María, no te dejes embaucar —me aconsejó mi hermana.

—No lo haré, deberé tenerlo todo muy claro para perdonarlo, y eso no significa que vaya a volver con él.

Bajé las escaleras, y me temblaban las piernas, sobre todo, cuando lo vi allí, llorando y pidiéndome que lo dejara explicarse.

Capítulo 18



Pablo

Cuando vi que la puerta se abría y salía ella, no pude evitar que las lágrimas salieran solas de mis ojos.

No sabía cuánto la quería hasta que me imaginé la vida sin ella, y eso sí que no lo podía permitir. Me dolía tanto el corazón, que pensé que me iba a dar un infarto.

—María, te lo ruego, déjame que te explique todo, no es lo que piensas.

—Tendrás mucho que explicar, pero será mejor que lo hagamos dentro, aquí hay muchos ojos y oídos, pendientes de todo lo que hablemos.

Cuando me dijo eso, volteé la cara, y allí estaba ella, Valentina, mirándonos como si me dijera que teníamos las horas contadas.

Entré en la casa, que estaba completamente ordenada y con todos los muebles en su lugar. A pesar de que faltaban algunos detalles, había quedado preciosa.

—Solo tendrás una oportunidad, así que, más vale que te expliques bien.

—María, te prometo que me vas a entender en cuanto que te cuente todo.

—Eso espero, porque, ahora, tal y como me encuentro, tengo la impresión de que has estado jugando conmigo, Pablo, y eso sí que no lo voy a permitir.

—Me he enamorado de ti, María, como un necio.

—¿Necio, tú? Necia he sido yo, que pensé que eras diferente a los demás, y has resultado ser más cabrón que todos juntos, si es que eso es posible.

Respiré hondo, y empecé a contarle todo. Ya no sabía la cantidad de veces que había contado lo mismo, pero cada vez que lo hacía, era como si fuera aligerando mi peso.

María me miraba, sin saber si creerme o no. Como me esperaba esa reacción por su parte, me adelanté a ella, y le pedí a Lucas que viniera a su casa, para que fuera él quien corroborara mi testimonio.

En ese momento, llamaron a su puerta, y supe que era él, así que le pedí a María que abriera la puerta.

—Padre Lucas, ¿qué hace usted aquí?

—Venir a confesarte, seguro que no. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto, disculpe, pero me he quedado en shock, no esperaba su visita y, mucho menos, a estas horas.

—Lo sé, hija, pero es necesaria mi visita para que la maldad no venza al bien.

El padre Lucas le contó todo lo que yo le había dicho antes, y cómo él me había apartado del seminario, pero sin que nadie lo supiera, pues tenía que conseguir mi propósito.

—Me parece mentira que unos padres puedan manipular así la vida de sus hijos.

—Por desgracia, María, es mucho más habitual de lo que piensas. No todo el mundo tiene la suerte de tener unos padres como los tuyos.

—Eso mismo le hacía entender yo, Lucas —dijo Pablo.

—María, este hombre no tiene vocación, y lo supe desde el primer momento en el que lo vi, al igual que me di cuenta de que se había enamorado

de ti —me explicaba Lucas.

Estuvimos hablando hasta bien entrada la noche. Cuando Lucas se marchó de mi casa, eran pasadas las dos de la mañana, y entendió que Pablo quisiera quedarse allí, conmigo, por lo que no puso objeción.

—¿Me crees, por fin?

—Sí, te creo, aunque me costará contárselo a mis padres, y que nos entiendan.

—Ellos ya lo saben. Esta noche, después de dejar tirada a Valentina en el bar, vine a buscarte, y me encontré a tu padre, así que él fue mi paño de lágrimas.

—¿Y no te partió la cara?

—Ya ves que no, más bien todo lo contrario, me escuchó y me apoyó desde la primera palabra.

—Maldito traidor…

Solté una carcajada que le contagié y, casi sin darnos cuenta, nuestras bocas se acercaron la una a la otra, encontrándose nuestros labios.

No sé quién dio el primer paso, si fue ella o fui yo, pero lo que sí sabía era que, en poco tiempo, ambos estábamos completamente desnudos, disfrutando el uno del cuerpo del otro.

Volver a sentir el calor de su piel pegada a la mía, sus manos acariciando mi cuerpo y, sobre todo, sus besos, que me encendían de una manera especial, hicieron que me volviera loco.

Recorrí todo su cuerpo con mis besos, desde la frente hasta el dedo gordo del pie, pasando por su vientre y recreándome en su sexo, logrando que tuviera un primer orgasmo.

Sabía que tomaba la píldora, así que, no me lo pensé, y la penetré. Allí mismo, en el sofá, y sin esperar a nada más.

Pero esta vez era distinto, no se trataba de follar por follar, sino que, con este gesto, quería demostrarle todo lo que la quería.

Hicimos el amor de una manera lenta, casi tortuosa, en un baile de cuerpos que decía mucho más que lo que nuestras palabras podrían decir.

Pero, en el momento en el que ambos alcanzamos el clímax, ese instante en el que nuestros cuerpos hablaron por nosotros, no me pude resistir, y le dije lo que tanto necesitaba pronunciar en ese momento.

—Te amo, María, y no permitiré que nada ni nadie nos separe, aunque tenga que renunciar hasta a mi apellido.

—Yo también te amo, más que a mí misma, y espero que cumplas tu palabra.

No fue el único encuentro que tuvimos, pues lo estuvimos haciendo hasta que vimos la claridad del día entrando por la ventana, que fue cuando el cansancio se apoderó de nosotros.

Abrimos los ojos y ya era casi mediodía. No había avisado ni a Mario ni a Sergio de que no iríamos, y debían estar, cuanto menos, asustados; por eso estiré mi mano y cogí mi móvil para llamarlos.

Marqué el número de Mario, que era el que sabía que me contestaría seguro, porque Sergio, la mayoría de las veces, ni lo llevaba encima.

—¿Qué tal la noche de amor desenfrenada?

—¿Cómo sabes tú eso?

—Hombre, teniendo en cuenta que tu cuñada vive en el piso de arriba y que traía unas ojeras impresionantes, pues blanco y en vasija, leche fija.

—¿Has hablado con ella hoy por videollamada?

—Mejor que eso, estoy ahora mismo con ella a mi lado, tomando algo en el bar de Manuel.

—¿Habéis venido al pueblo? Eres un cabrón, no me has dicho nada.

—Anoche llamé a Carolina para que me dijera a qué hora ibais a venir, y me contó lo que había pasado.

—Claro, y tomaste la determinación de que sería mejor venir aquí, a que nosotros no fuéramos.

—Anda, levantaos ya y vestíos, que os esperamos aquí.

Corté la llamada y me fijé en María, que seguía durmiendo plácidamente, pero no dudé en despertarla, pero de la mejor forma, no quería que se sobresaltara inútilmente.

Me metí debajo de las sábanas, donde me encontré con su cuerpo desnudo, tal y como nos habíamos pasado toda la noche.

Abrí sus piernas y accedí a su sexo, que lamí y mordisqueé, hasta que la escuché gemir.

—¿No tuviste suficiente con lo de anoche?

—Anoche, esta mañana, y me pasaría la vida entera en esta misma situación.

—Joder, Pablo, ojalá me despertara así todos los días.

—Tan pronto como pueda, no dudes de que así lo haré. Ahora, vamos a la ducha que nos esperan en el bar de Manuel.

—¿Quiénes?

—Las chicas y mis amigos. Anoche hablaron y, como tuvieron claro que no iríamos al centro comercial, han decidido venir ellos.

—¿Estás seguro de que quieres que nos vean juntos?

—Como que me llamo Pablo Gil.

En la ducha volvimos a dejar salir a flote nuestra pasión, y, digamos que no fue rápida, sino que tardamos como una hora en salir de la casa.

El bar de Manuel no estaba lejos, pero a esa hora se encontraba hasta la bola de clientes, mucho más porque esa misma noche empezaban las fiestas patronales, y mucha gente de fuera rondaba el pueblo.

—Menos mal, pensaba que iba a tener que llamar al arquitecto para que mirara los cimientos —dijo Carolina.

—Esos están perfectamente, te lo aseguro —le contestó su hermana.

Nos saludamos en condiciones, y por la cara de Carmen y Carolina, supe que mis amigos les habían contado la verdad. Eso me quedó confirmado al escuchar a su amiga hablar.

—Pablo, yo… Me gustaría pedirte disculpas por lo de ayer.

—No tienes por qué hacerlo, yo habría hecho lo mismo.

—No sabía nada de la putada que te habían hecho, y pensé que estabas engañando a mi amiga, y no se lo merece.

—Jamás la engañaría. De hecho, tenía pensado contárselo hoy, en el centro comercial, pero las circunstancias me han obligado a hacerlo antes.

Estábamos allí, los seis juntos, disfrutando de una buena comida, cuando vi entrar a la señora Catalina, con su nieta.

No articuló palabra, pero en cuanto llegaron a la barra, donde estaban las demás mujeres, todas las miradas se volvieron hacia María, y supe que la muy cabrona les había contado todo, y que eso que había tratado de evitar, estaba ocurriendo en ese mismo momento.

Se iba a convertir en la comidilla del pueblo.

Capítulo 19



María

Las miradas y cuchicheos, desde que la señora Catalina y su queridísima nieta llegaron al bar, se hicieron constantes.

—No les hagas caso, María, no merece la pena —me dijo mi hermana.

—Claro que les tengo que hacer caso, están cuchicheando de mí.

—No hace daño el que quiere, sino el que puede —me dijo Carmen.

Me levanté un momento para ir al baño, pues me estaban entrando unas náuseas que me revolvieron el estómago y, al llegar a la puerta, me paró una de las señoras mayores.

—¿No tienes suficiente con desviar a un futuro sacerdote de su camino, que también has tenido que liarte con el cura del pueblo?

—¿De qué coño está hablando? Ni Pablo está en el seminario, ni el padre Lucas se ha liado conmigo, todo eso son habladurías.

—¿Habladurías? Lo vieron salir anoche de tu casa a las dos de la mañana, y eso, en mi tierra, es de ser una golfa.

No me pude aguantar, y la abofeteé, saliendo del bar a toda carrera, mientras dejaba a los demás ahí dentro, intentando averiguar lo que estaba pasando.

No quería ir a mi casa, pero tampoco quería que mis padres se preocuparan, así que, deambulé sin rumbo por todo el pueblo, hasta terminar en el parque, sentada en uno de los bancos, que fue donde me encontró mi abuela.

—Estábamos preocupados por ti, María.

—Abuela…

—Shhh, no digas nada, mi niña, ya se está aclarando todo.

—Esa mujer, la nieta de la señora Catalina…

—Es el mismísimo diablo disfrazado de muñequita, pero no dudes que tendrá su merecido.

—No lo veo yo tan claro…

—Nadie se va de esta vida sin pagar, más tarde o más temprano.

—¿Qué voy a hacer ahora, después de que difundiera esos rumores?

—Seguir tal y como estabas hasta ahora, con la cabeza muy alta. Enamorarse no es un delito, María.

—Pero hacerlo de un seminarista, sí que lo es.

—¿Todavía no te ha quedado claro que ese chico no tenía ninguna intención de ordenarse sacerdote? Aunque tú no hubieras aparecido, aunque nunca os hubierais conocido, él hubiera seguido adelante con sus planes.

—La gente no se lo creerá.

—A la mierda con la gente, María. Ninguna te da de comer ni duerme en tu cama para saber lo que sientes.

—Da igual, abuela…

—No, no lo da. Aquí, en este pueblo, todo el mundo sabe cómo eres, cariño, y esos rumores se terminarán acallando.

Mi abuela me dio un abrazo, y se levantó para marcharse, dejándome allí sola, puesto que sabía que era lo que necesitaba.

No sé el tiempo que estuve allí, llorando si tenía que llorar. Entiendo que, en la capital, o en una ciudad grande, esos rumores serían algo transitorio, pero aquí, en un pueblo donde todos nos conocíamos, eso podría hacer mucho daño.

—María, ya está todo solucionado, el padre Lucas ha ido al bar, al enterarse del revuelo que se había formado —me dijo Pablo, que se acercó hasta allí en cuanto mi abuela le informó de mi localización.

—El daño ya está hecho, Pablo, y seguiré siendo la comidilla del pueblo durante mucho tiempo.

—Para nada, hasta la señora Catalina le ha dicho a su nieta que se vaya cuanto antes, que no quiere a una lianta en su casa.

—¿Y tú? ¿Cómo saldrás de esta? Porque, ten por seguro que, Valentina, no se va a quedar de brazos cruzados.

—Ya cruzaremos ese puente cuando toque, María. Ahora, lo más importante es que tú te encuentres bien, y que apuestes por lo nuestro.

—Eso, por descontado, así me tuviera que enfrentar al mismísimo Diablo.

Pablo, que se había sentado a mi lado en el banco, me tomó la cara y me besó, con una dulzura que me dejó claro que no solo era deseo, sino que había un sentimiento que había surgido entre nosotros, y que no era otra cosa que un amor infinito.

Nos levantamos y volvimos al bar. Como él decía, no habíamos hecho nada malo y si nos escondíamos, tan solo le estaríamos dando la razón a quienes hablaban mal de nosotros.

Llegamos allí y, nada más entrar, me di de bruces con la mujer que me había reprochado eso en el baño, acompañada de la señora Catalina.

—María, me gustaría pedirte disculpas por lo que te dije en el baño.

—Parece mentira que se dé credibilidad a la palabra de una persona de esa calaña, antes de preguntarme a mí, que me conocéis de toda la vida.

—Jamás pensé que mi nieta fuera capaz de hacer lo que ha hecho —me dijo la señora Catalina, completamente avergonzada.

—Su nieta es capaz de hacer eso y mucho más, entre otras cosas porque ya lo ha hecho.

—Lo sé, me lo han contado tus padres y me muero de la vergüenza con vosotros.

—Usted no tiene la culpa, doña Catalina. Cada uno tiene que ser responsable y consecuente con sus actos, y usted no ha hecho nada —le dijo Pablo.

Esa mujer se abrazó a mí, llorando como una magdalena, pues decía que no debería haber permitido que su nieta llegara tan lejos.

Al entrar, mis padres se vinieron corriendo hasta nosotros, y nos abrazaron. Mi padre miró a Pablo con un orgullo que no esperaba, la verdad, y supe que allí había sucedido algo mientras yo estaba fuera.

Después de eso, nos dio un abrazo a los dos, y pidió una botella de champán, pues decía que tenía que brindar porque, por una vez, la verdad había salido a la luz.

—Y todo ello se lo debo a mi futuro yerno, Pablo, que ha tenido las agallas de contar su historia delante de todo el mundo.

—No podía hacer otra cosa, Santi, era mi deber no permitir que la reputación de la mujer a la que amo, por la que daría mi vida, se pusiera en entredicho.

Escucharle decir eso, delante de todo el mundo, supuso para mí un antes y un después en nuestra relación, y se lo hice saber con un beso, allí, delante de todos.

—Eso es, hermanita, para que le quede claro a todo el pueblo de quién estás enamorada —gritó Carolina, desde el fondo del bar.

—Lo malo es cómo llegue a oídos de sus padres —dijo Mario, preocupado.

—De eso, me ocupo yo, no hay ningún problema —dijo Lucas.

De ahí, nos fuimos a la plaza mayor del pueblo, donde una orquesta estaba tocando canciones de toda la vida, y donde, sin ninguna vergüenza, nos pusimos a bailar.

Estaba con nosotros el señor párroco, así como todos los seminaristas. Las fiestas eran en honor a nuestra patrona, la Virgen del Mar, y no había mayor honor que la iglesia nos acompañara, como decía Lucas.

Vimos cómo, unas horas después, aparecía el hijo de la señora Catalina con el coche, que venía para recoger a su hija.

Me echó una mirada, como si yo fuera la culpable de toda su desdicha, cuando la culpa era toda de Valentina, a la que habían criado y educado sintiéndose por encima de los demás.

Seguimos bailando hasta altas horas de la madrugada, cuando la orquesta ya se había retirado y tan solo quedábamos nosotros en la plaza.

En ese momento, Lucas se acercó a nosotros, y no me esperaba lo que nos iba a decir.

—Pablo, veo una tontería que sigas guiándote por las reglas que rige el seminario, así que, tienes carta blanca para moverte como te salga del alma. Eso sí, avísame primero.

—Mira, hagamos un trato.

—A ver, miedo me das. Desde que llegaste, solo me has dado calentamientos de cabeza, chaval.

Sabía que Lucas estaba hablando en broma, pero me hizo mucha gracia escucharlo decir eso.

—Los fines de semana, me los tomo libres, desde el sábado al mediodía, hasta el domingo por la noche. El resto de la semana, seguiré igual que antes,

que me viene bien para estudiar.

—Me parece justo, y lo haremos así. Eso sí, Carmen, si lo ves entrar en el seminario, por lo que más quieras, lo paras y que pose para la foto —le dijo Lucas.

Soltamos una carcajada que resonó en toda la plaza, y que contagió a todo el que pasaba por allí.

Nos despedimos de todos y nos fuimos camino a mi casa. Sería la segunda noche en la que dormiríamos los dos juntos, pues, desde que tenía mi casa, por una razón o por otra, y salvo la noche anterior, no habíamos podido.

En casa de mi hermana se quedó a dormir Mario, mientras que Sergio, lo hizo en la de Carmen, porque sí, mi amiga tenía su casa allí, aunque pasábamos los fines de semana en la de mi hermana o en la mía, las tres juntas.

Nada más entrar, Pablo me dio un beso que provocó que mis piernas temblaran de anticipación por lo que me esperaba, pues ese beso era la antesala de todo lo que íbamos a disfrutar.

Capítulo 20



Pablo

Llevábamos ya dos meses juntos, todo el verano, y se acercaba la fecha en la que tenía que presentarme a la oposición.

Lo tenía claro, si no aprobaba, miraría otras opciones, pero siempre ahí, en el pueblo o en sus alrededores, porque no me pensaba separar de María.

Ese día, nada más levantarme, tenía una llamada perdida de mi hermana, así que, no dudé en devolvérsela.

Me extrañó que lo hiciera tan temprano, porque ella era de las que se levantaban tarde, y eso fue lo que más me chocó.

—Alejandra, ¿ocurre algo?

—Sí, Pablo, es papá, tienes que venir urgentemente.

—¿Qué le ha sucedido?

—No lo sabemos, pero tienes que venir, por favor, y hazlo pronto, nos han citado a todos en casa, pero mamá no quería que te avisáramos.

—Arreglo todo, y salgo en el primer autobús.

Colgué la llamada y salí directamente a buscar a Lucas, que se encontraba en la cocina.

—¿Te ocurre algo, Pablo?

—Es mi padre, tengo que volver a casa lo antes posible.

—Recoge tus cosas, te llevo yo mismo a la ciudad.

—Gracias, Lucas, no sabes cómo te lo agradezco.

Volví a mi habitación y preparé una pequeña maleta con lo que iba a necesitar; el resto, lo dejaría ahí para mi vuelta.

Tenía que avisar a María, pero no me daba tiempo de ir a verla, así que, la llamé por teléfono.

—Dime, Pablo.

—María, tengo que marcharme con urgencia.

—¿Qué ha sucedido?

—Es mi padre, algo le ocurre, pero no sé qué es. Mi hermana me ha avisado esta mañana, pues mi madre los ha citado en su casa.

—Prométeme que volverás.

—Por supuesto que lo haré, pero no creo que eso sea ahora lo más importante.

—Tienes razón, pese a todo, es tu padre. Lo siento, pero no he pensado en nada más que en nosotros y lo que hemos creado.

—Y te entiendo, pero, como bien has dicho, es mi padre y tengo que ir para saber qué es lo que ocurre.

—Llámame en cuanto puedas, por favor. Espero que no sea nada grave.

—Lo haré, pero no te garantizo que sea de inmediato, pues estoy seguro de que me tendrán más que vigilado.

—Te quiero, Pablo, no lo olvides.

—La que no tienes que olvidarlo eres tú. Nos vemos pronto, mi amor.

—Eso espero. Un beso.

—Otro para ti.

Corté la llamada y me quedé con un mal sabor de boca, pues me hubiera gustado despedirme de ella en condiciones, dejarle un beso que no pudiera olvidar.

Lucas arrancó el coche y nos pusimos en marcha. Según me contó, a él lo habían llamado del obispado, pero no sabía para qué.

—Supongo que será por algún tema del seminario, para ver a quiénes veo con opciones de ordenarse pronto.

—Yo apuesto por Samuel, porque pocos chicos conozco con tanta vocación como él.

—Sí, yo también lo tengo claro. Si alguien se tiene que ordenar, ese es Samuel.

Estuvimos hablando durante todo el trayecto de ese tema, además de mi relación con María, que estaba cada día más consolidada.

Le expliqué cómo, sin darme cuenta, se había ido colando en mi corazón, hasta convertirse en la mujer de mi vida, con la que tenía claro que quería formar una familia.

Llegamos a la puerta de la casa de mis padres, donde me apeé del coche de Lucas, cogiendo mi equipaje del maletero.

—Que no sea nada importante, Pablo.

—Gracias, Lucas, por todo.

—No dudes en llamarme si necesitas algo, sabes que estaré ahí siempre.

Nos dimos un abrazo y me dispuse a entrar en la casa. Nada más abrir la puerta, me dio como mal rollo, pero pensé que eran alucinaciones mías.

¿Me equivoqué en mi percepción? Pues iba a ser que no, porque se trató todo de una trampa.

Allí estaba mi padre, riendo con mi madre y mi hermano, mientras que mi hermana me miraba agachando la cabeza, muerta de vergüenza.

—¿Qué está pasando aquí?

—Hombre, pero si ha aparecido el embustero de la familia.

—¿De qué hablas, papá?

—¿Te pensabas que no íbamos a enterarnos de que te habías liado con una peluquera de pueblo? Pues lo siento, pero tenemos oídos en todas partes.

Respiré hondo, primero, porque no me quería alterar y segundo, porque la decepción que tenía con mi hermana era tal, que, si no lo hubiera hecho, por mi boca hubiera salido más de cuatro cosas que no le iban a gustar.

—Es mi vida, y no pienso seguir vuestras reglas ni un segundo más.

—Ni se te ocurra pensar que vas a salir de aquí tan fácilmente.

—Eso sería retención ilegal.

—¿A quién iban a creer, a ti, un niñato de mierda, o a nosotros, que somos gente pudiente?

—No me podéis hacer esto. No quiero nada vuestro, pero no pienso permitir que me dirijáis la vida ni un minuto más.

Me di la vuelta para salir tal y como había entrado, pero mi madre intervino en ese momento, y supe que la cosa iba a ir todavía peor.

—Mira, Pablo, te vamos a dar dos opciones, y entre ellas tendrás que elegir, no habrá ninguna más —dijo mi madre.

—¿Se puede saber qué dos opciones son esas?

—O vuelves a un seminario, que, por supuesto, no será el mismo en el que estabas, o te casas con la mujer que hemos elegido para ti —dijo mi padre.

—¿Y si no elijo ninguna de las dos?

—Entonces, será una pena, porque las consecuencias las pagaría ese cura tan amable que te ha ayudado tanto.

—¡No seríais capaces!

—Claro que sí que lo seríamos; de hecho, ahora mismo están esperando una llamada en el obispado para excomulgarlo y que deje de ser sacerdote, por encubrir una relación sentimental de un seminarista.

Os prometo que el mundo se abrió bajo mis pies. ¿Cómo podía haber confiado en ellos? No se merecían nada de mí, pero mucho menos se lo merecía Lucas, que tan solo me había entendido y ayudado.

—¿Quién es esa mujer que habéis elegido?

—Sabía que serías sensato. La conocerás mañana, cuando venga a comer con su familia.

Miré a mi hermana con dolor, pues yo siempre había estado ahí para ella, mientras que ella me había demostrado que era igual que los demás.

Salí del salón con una rabia que me consumía por dentro. No solo era yo el que iba a sufrir, que, al fin y al cabo, era el que había elegido, sino que también lo haría María, en cuanto que viera que no volvía.

Mi hermana, al verme salir, me retuvo por el brazo, pero me solté de manera brusca.

—Pablo…

—Para mí, estás muerta, Alejandra. Jamás pensé que fueras igual de ruin que ellos.

—Me han obligado, yo no quería.

—Pero lo has hecho, cuando te podrías haber negado.

—No podía, me tiene amenazada. Mi hijo…

—No metas a tu hijo en esto, que él no tiene la culpa.

—No es de mi marido, sino de un hombre que me dio el cariño y la comprensión que necesitaba en ese momento, y papá y mamá, lo han averiguado.

Me daba igual, al final, si su marido se enteraba; para ella iba a ser una liberación. Lo que no quería era ensuciar su nombre, sin importarle destrozar mi vida.

Mi padre salió detrás de mí, para hundirme todavía un poquito más, por lo que me dijo a continuación.

—Si estás pensando en la forma de escapar de aquí, o en casarte, pero pedir el divorcio luego, desde ya te digo que te olvides de las dos cosas.

—¿Vais a seguir arruinándome la vida o puedo quedarme tranquilo ya?

—La vida te la quieres arruinar tú, liándote con una pueblerina que no tiene donde caerse muerta, y conseguir ser un profesor de mierda, para ir a juego con ella.

—No te voy a permitir que hables así de María, porque ni la conoces ni se lo merece.

—Anda, si tiene hasta un nombre básico, como ella.

—Un nombre precioso, como lo es ella, y dejémosla fuera de todo esto, que no se lo merece.

—Me da igual. Como te iba diciendo, el matrimonio estará blindado; hasta que no hayan pasado diez años, no te podrás divorciar, o entrarás de cabeza al seminario.

Subí las escaleras hasta mi habitación, donde me encerré, pensando en si llamar a María y contarle todo o dejarlo pasar y que me olvidara como pudiera.

Miré mi teléfono, no podía hablarlo, así que, al que llamé para contarle la jugada que me habían hecho, fue a Mario, pero le pediría que no le dijera nada a nadie.

—Amigo, estás bien jodido, porque tengo claro que no te va a dejar ni comunicarte con nosotros.

—Por eso te llamo, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Quieres que le diga algo a María?

—No, será mucho peor. Si te pregunta, dile que no sabes nada de mí, por favor. En cuanto pueda, te iré llamando.

Me despedí de él sabiendo que sería una de las últimas veces que hablaría con mi amigo, y la tristeza se apoderó de mí.

Capítulo 21



Pablo

Esa noche lloré lo más grande. No entendía esa fijación de mis padres por arruinar la vida de sus hijos.

No me apetecía para nada levantarme, pero no tenía más remedio que hacerlo, pues ya me habían avisado de que “mi prometida” y sus padres, estaban a punto de llegar.

Entré en mi baño y me di una ducha, intentando despejarme y aliviar el dolor de mis ojos, que estaban rojos e hinchados de tanto llorar. Lo disimularía con mis gafas de vista, aunque hacía años que usaba lentillas.

Al salir de la ducha y volver a mi cuarto para vestirme, me encontré con que alguien, aunque suponía que había sido mi madre, había dejado el atuendo que tenía que ponerme, encima de mi cama.

Me sentí como cuando tenía cinco años, que no podía vestirme como me diera la gana, y tenía que acatar las directrices que me daban mis padres.

No tenía ganas de luchar contra ellos, al fin y al cabo, lo que más quería ya lo había perdido, y todo lo demás, me daba exactamente lo mismo.

Podéis pensar que soy un cobarde, y no os voy a quitar la razón, pero es que no me parecía justo que tuvieran que pagar otros las consecuencias de mis actos, y Lucas no merecía que su vida se fuera al garete por mi culpa.

—Buenos días —dije, al entrar en el salón.

—Será mejor, buenas tardes. Hasta en eso te has convertido, en un flojo que no piensa más que en dormir, cuando ya es la una de la tarde —dijo mi padre, atacándome, como hacía siempre.

—Siéntate, que tu prometida y su familia estarán a punto de llegar —habló mi madre.

En ese momento llamaron a la puerta, y la chica de servicio fue a abrir. Cuando llegó a la puerta del salón, anunció a los invitados.

—Señores, la familia Camacho acaba de llegar.

—Hazlos pasar, Lili, muchas gracias —le dijo mi padre.

Se levantó y fue hasta la puerta del salón, para recibirlos como Dios manda, que era la expresión que él utilizaba en estas ocasiones.

—Querido futuro consuegro, es para nosotros un honor recibiros en mi casa —dijo mi padre.

—Silverio, vamos a tutearnos, que seremos familia —dijo ese hombre.

Me sonaba su cara una barbaridad, pero no terminaba de ubicarlo. No era del círculo de mis padres, y me preguntaba de dónde coño había salido, cómo se habían conocido y, lo más importante, cuándo habían llegado a este punto de comprometer a sus hijos sin que lo supiéramos.

Tan solo me quedaba la esperanza de que su hija quisiera casarse tanto como yo, y poder llegar a un acuerdo para intentar parar todo este sinsentido.

Pero, lo que no esperaba es que su hija fuera ella, la persona que más odiaba en el mundo y, entonces, lo entendí todo.

—¿Se puede saber qué coño haces tú aquí?

—Pablo, me haces el favor de hablarle bien a tu prometida; ella no tiene la culpa de tu mala cabeza —me dijo mi padre.

—¿Ella es mi prometida? Pues desde ya te digo que no me pienso casar con ella.

—Claro que lo harás, y te olvidarás de la pueblerina esa, que no ha hecho más que convertirte en una persona que no eres —dijo mi madre.

Os prometo que me quería morir. ¿Por qué la gente era tan mala? ¿Por qué no les importaba arruinar la vida de los demás por salirse con la suya?

Lo que me quedaba claro es que ya sabía cómo se habían enterado mis padres de todo, a través de ella. Había sido Valentina la que se lo había contado todo.

Sí, señoras y señores, era Valentina la que estaba allí, como si no hubiera roto un plato, cuando se había cargado veinte vajillas.

Pero no terminaron ahí mis sorpresas, porque el argumento que dieron para que esa boda se llevara a cabo, fue de lo más surrealista, os lo puedo asegurar, y lo comprobaréis vosotros mismos.

—No pretenderías que mi honra se viera manchada por tu culpa, ¿verdad? —dijo ella, con una vocecita de lo más inocente.

—Por supuesto que no, mi niña, mi hijo cumplirá como un hombre —contestó mi madre.

—Espera, espera… ¿De qué coño estáis hablando? —pregunté, porque no entendía nada.

—Te acostaste con ella mientras estabas en el seminario, ella, que era virgen, deshonrándola —dijo su padre, del que no sabía ni el nombre.

—¿Virgen? Claro que sí, y yo pastorcito. Esta mujer, la última vez que fue virgen, fue cuando actuó en el belén del colegio en primaria.

Os prometo que me dio un ataque de risa, no podía parar de hacerlo, incluso me tuve que quitar las gafas, porque me caían las lágrimas por mis mejillas, sin poder controlarlo, pero esta vez no eran de pena, sino de risa.

—Estás ofendiendo a mi hija, y que te quede claro que ella no es como esa otra peluquera con la que te has acostado —habló de nuevo el padre.

—Ya quisiera su hija llegarle a María, a la altura de la suela del zapato.

—¡No te pienso consentir que hables así de mi hija! Esto es un insulto, y no es el acuerdo que hemos cerrado —dijo la madre.

—No te preocupes, Marcela, que mi hijo cumplirá, diga lo que diga —le respondió mi madre.

Empezaba a desesperarme, os lo prometo. Nada tenía sentido, y me entraban ganas de salir de allí lo antes posible, pero luego recordaba a Lucas y me frenaba.

Lo único que podía hacer era recopilar pruebas que demostraran que Valentina se había acostado con la mitad de la población masculina de la ciudad, y decía esa cantidad, porque la otra mitad eran gais.

—Está bien, pero la boda no será de inmediato, sino que se fijará dentro de un año, cuando haya aprobado las oposiciones —les dije.

—Me parece justo, pero la oposición no te va a servir de nada, porque tendrás que hacerte cargo de la empresa familiar, que pasa de hombre a hombre y, al igual que mi suegro, yo no he tenido varón, así que es tu obligación tomar las riendas —me dijo Jaime, que ya me había enterado del nombre de su padre.

Decidí seguirles el juego a todos; ya encontraría la forma de hacerlo, de demostrar que Valentina no era la persona que mis padres pensaban que era.

Mi padre nos dijo que, mientras los mayores hablaban, saliéramos a dar un paseo, eso sí, por el jardín, que yo tenía prohibido salir de la casa, por si acaso.

Ni con quince años me sentía como estaba ahora, pero preferí callar. Tenía que enterarme de cómo lo había conseguido Valentina.

—¿Te pensabas que me ibas a rechazar y todo quedaría tal y como estaba?

—¿Qué te he hecho, Valentina? Hasta donde yo sé, he sido educado contigo, aun teniendo muchas razones para no serlo.

—¿Educado? Me dejasteis en ridículo delante de todo el pueblo, hasta mi abuela, que me adoraba, se puso en mi contra y me echó de su casa.

—Eso lo hiciste tú sola, guapita.

—Mientras que mi padre no llegaba, tramé todo el plan. Le dije que te habías acostado conmigo, a pesar de que ibas para sacerdote, y que me habías humillado eligiendo a María, cuando yo te había ofrecido mi virginidad.

—Venga ya, Valentina, si por tu cama ha pasado todo un muestrario de hombres, eso no se lo cree nadie.

—Pues, mira tú por dónde, mi padre, sí que se lo creyó.

—¿Sabiendo que habías estado liada con un hombre casado?

—Ahí también le di la vuelta a la tortilla, le dije que me acosaba, pero que entre nosotros no había pasado nada, y lo despidió. No sé, cómo se estará ganando la vida ahora.

—Eres el diablo con tacones, Valentina, y encontraré la manera de que pagues por todo el daño que estás haciendo.

—Aquí, la única que va a pagar va a ser María, que se quedará compuesta y sin novio, porque yo sí que no voy a permitir que, ni la veas más, ni tengas ningún tipo de contacto con ella.

—¿Eres mi carcelera, ahora?

—¿Yo? Para nada, eso lo harán tus padres, después de que yo les diga que tus amigos están liados con su hermana y su mejor amiga.

La dejé allí, y entré en la casa. La escuché reírse de una manera que me erizó la piel, pues era pura maldad.

Esa mujer no estaba bien de la cabeza, eso lo tenía claro, pero, lo peor, es que iba a ser yo el que sufriera sus consecuencias.

—Pablo, ven aquí y trae tu teléfono, por favor —me dijo mi padre, al verme entrar en la casa.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Cogió mi móvil y lo tiró al suelo, pisoteándolo hasta que quedó inservible, y poniendo otro en mis manos.

Y supe que ese había sido mi final, tanto con mis amigos como con el amor de mi vida.

Capítulo 22



María

Esa mañana me levanté regular, tenía mucho mareo y náuseas, pero lo achaqué a los nervios, pues Pablo hacía un mes y medio que se había marchado y no tenía noticias suyas.

—No puedes seguir así, María, o terminarás poniéndote enferma —me dijo Carolina.

—¿Cómo estarías tú sin tener noticias de tu novio?

—Supongo que igual o peor que tú, pero sabes que te advirtió que no podría hablar contigo a menudo.

—Claro, a menudo, pero no en un mes y medio.

El chico del bar de Manuel nos trajo el desayuno, como todos los días, pero hoy, nada más oler el café, me subió algo por el estómago que no pude aguantar, y tuve que salir corriendo para vomitar.

Cuando llegué de nuevo al salón de la peluquería, ya tenía allí a mi madre y a mi abuela.

—¿Qué hacéis aquí?

—Coge tu bolso, que nos marchamos al médico ahora mismo —dijo mi madre.

—Mamá, son los nervios, de verdad.

—Pues ve buscando una cuna para meterlos, porque me da la impresión de que tus nervios saldrán de ahí en unos meses —dijo mi abuela.

Os juro que, en ese momento, sentí que el cielo se me caía encima. Tuve que sentarme de la impresión, porque, no podía ser, ¿o sí? Yo tomaba la píldora desde hacía mucho tiempo, y nunca me había fallado.

—Hija, no pongas esa cara, que un niño siempre es una bendición —dijo mi madre.

—Pero… es que… no puede ser. Yo tomo la píldora, tú lo sabes.

—Y yo también la tomaba, y aquí estáis las dos. Venga, vamos, cuanto antes nos enteremos, antes podrás tomar una decisión.

Sabía a qué se refería mi madre con ese comentario, pero la decisión ya la tenía tomada, y no era algo que pensara ahora, siempre había pensado lo mismo.

Jamás podría abortar. Respeto a la mujer que lo hace, por supuesto, cada una es dueña de su cuerpo y conoce sus circunstancias, pero yo no podría hacerlo.

Mucho menos tratándose de un hombre que era el amor de mi vida, independientemente de cómo se había portado conmigo, desapareciendo de la faz de la tierra.

Mi madre se montó en el asiento del conductor, pues se había traído mi coche, y me invitó a que subiera al del copiloto.

Mi abuela se quedó en la peluquería con mi hermana, para que no estuviera sola, mientras nosotras no volvíamos.

—¿Para qué has cogido el coche? Podríamos haber ido andando.

—No te voy a llevar al médico del pueblo, vamos a ir a ver a un ginecólogo, a la ciudad.

—Mamá, no hace falta. Con comprar una prueba de embarazo en la farmacia, tenemos bastante.

—De eso nada, quiero saberlo todo, si estáis bien, del tiempo que estás, y eso, solo nos lo podrá decir el ginecólogo.

Llegamos a la ciudad y nos encaminamos a una clínica privada, en la que mi madre había cogido cita en ginecología.

—Buenos días, tenemos cita con el doctor Wagner —le dijo mi madre, a la chica de recepción.

—Me dice su nombre, por favor.

—Sí, la paciente es María Valero.

—Aquí la tengo. Siéntense, enseguida le avisa el doctor, que está con otra paciente.

—Gracias.

Mi madre y yo nos sentamos en la pequeña sala de espera, pero no tuvimos que esperar más de unos diez minutos.

De allí salió una señora, no muy mayor, con una chica un poco más mayor que yo, y de la que me sonaba la cara una barbaridad, pero no la encuadré de qué la conocía.

—Señora Alejandra, espero que este embarazo sea mejor que el primero —le dijo el doctor, que era un chico joven.

—Eso espero yo también, Fernando, nos vemos el mes que viene —dijo la señora mayor, que, al pasar por nuestro lado, nos miró de arriba abajo.

—Señora Valero…

—Señorita, por favor —le respondí.

—Perdón, señorita Valero, pase, si es tan amable.

Entramos en la consulta, y los nervios me comían. Sabía que, si estaba embarazada, sería el cotilleo del pueblo, y eso le podría hacer daño a mi familia.

Pensé que, si era así y albergaba un bebé en mi vientre, me marcharía de allí, antes de que todos lo supieran, pero mi madre, que iba un paso por delante de mí, me frenó.

—Ni se te ocurra pensar que te vas a marchar por los comentarios. Eres libre, soltera y completamente independiente, así que, lo que digan te tiene que dar igual.

—Dígame, señorita Valero, ¿qué es lo que le ocurre? —me preguntó el doctor, teniendo que dejar esa conversación para más adelante.

—Creo que estoy embarazada —contesté, sin dilación.

—Entonces, lo primero será hacer una prueba de embarazo que nos lo confirme. A partir de ahí, continuaremos con los exámenes pertinentes.

Llamó a una enfermera que me trajo un botecito de los que se utilizan para recoger una muestra de orina, y me indicó dónde estaba el baño.

Estaba tan nerviosa que no me costó nada obtener la muestra de orina que me pedían, y que le entregué a la chica, que me la recogió con una sonrisa.

—¿Te gustaría estar presente?

—Me encantaría ser la primera persona en saber el resultado, la verdad.

—Pues, ven conmigo.

Salimos de esa parte de la consulta y me llevó a una especie de laboratorio, donde mojó la tira reactiva con un poco de la muestra, arrojando un positivo como una casa.

Las lágrimas cayeron por mis mejillas, pero no sabía si eran de agobio o de felicidad. Pablo se había marchado, pero me había dejado lo más bonito que podía dejarme, un hijo fruto de nuestro amor.

Porque sí, no dudé ni un instante en que nuestro amor había sido real, independientemente del final que nos deparara el destino.

Mi primera intención fue enviarle un audio, o llamarlo y dejarlo en su contestador, pero el teléfono aparecía apagado o fuera de cobertura desde el primer momento, por lo que sería para nada.

—Bueno, ya tenemos el resultado, enhorabuena. Ahora vayamos con el resto de los exámenes.

—Gracias, doctor Wagner.

—Fernando, por favor, que nos llevamos poco tiempo y me hace sentir mayor.

—Está bien, gracias, Fernando.

—Eso me gusta más. Vamos a ver, ¿cuándo fue la última vez que tuviste la regla? Una fecha aproximada, no hace falta que sea exacta.

—Siendo sincera, no lo sé. He tomado la píldora durante mucho tiempo y, últimamente, tan solo he tenido algún que otro manchado, pero pensé que eran normales.

—Sí, cuando se toma la píldora y se produce un embarazo, es lo más normal, no te asustes. Vamos a hacerte una ecografía y eso nos dará todos los parámetros necesarios.

Pasamos a otra de las salas de su consulta, donde me dijo que me bajara el pantalón hasta las caderas, y me subiera la camiseta.

—Vamos a intentar hacerla abdominal; en el caso de que estés de poco tiempo y no podamos verlo bien, pasaremos a hacerla vaginal.

—Perfecto, gracias.

Me vertió un gel frío en el bajo vientre, que agradecí, porque hacía un calor de muerte, y empezó a pasar el ecógrafo por él.

—Aquí lo tenemos. Por sus dimensiones, yo diría que estás de unas once semanas, aproximadamente.

—¿Casi tres meses? ¿Por qué he empezado a notar los síntomas ahora, entonces?

—María, cada mujer y cada embarazo es un mundo. No todas lo pasan igual ni tienen los síntomas en una etapa determinada, pero vamos a comprobar que todo va bien, y ahora tratamos el tema de los síntomas, ¿te parece?

—Usted es el doctor y sabe lo que tiene que hacer, yo me limitaré a seguir sus indicaciones.

—María, ¿en qué habíamos quedado?

—Perdona, Fernando, es que los nervios no me dejan pensar de manera clara.

El momento en el que escuché el latido de su corazón, fue el más emocionante de mi vida, y no pude evitar emocionarme, al igual que mi madre.

Fernando me dio una copia de las imágenes de la ecografía, y me realizó todas las pruebas que me hubieran correspondido hacer en el primer trimestre, y que salieron perfectas.

Me recetó un complejo vitamínico, y unas pastillas para las náuseas matutinas, esas que me dijo que, normalmente se terminaban en el primer trimestre, ese que yo estaba a punto de finalizar.

También me dio las indicaciones que debía seguir, con una lista de alimentos que no debía comer y otros que serían beneficiosos para la salud del bebé.

—Con todo esto, creo que ya es suficiente. Dile a mi enfermera que te dé cita para el próximo mes, si es que quieres que yo siga llevando tu embarazo.

—Por supuesto que sí, Fernando, no encontraremos otro doctor mejor para hacerlo —dijo mi madre.

Nos despedimos y salimos de la consulta, en mi caso, con una mezcla de sentimientos, pues estaba feliz, pero a la vez, muy asustada.

Capítulo 23



María

En mi cabeza seguía rondando la idea de irme lejos, de criar a mi bebé yo sola, aunque eso supusiera alejarme de todo lo que quería, que eran mi familia y mi negocio.

Mi madre, que notó que seguía dándole vueltas a lo mismo, no dudó en cogerme del brazo y frenarme en seco.

—Vamos a tomar algo ahí, en esa cafetería, que ni tú ni yo hemos desayunado, y eso no es bueno para nadie.

—Vale, pero no pidas café, por lo que tú más quieras, que tan solo de recordar su olor, me entra una fatiguita de muerte.

—Está bien, me pediré un zumo, eso sí, con tostadas, que me muero de hambre.

Tomamos asiento, y esperamos a que el camarero nos sirviera el desayuno. Después de eso, mi madre me miró, y no dudó en retomar la conversación anterior.

—Hija mía, ya te lo he dicho antes, pero la conversación se quedó a medias. Ni se te ocurra marcharte del pueblo.

—Mamá, no puedo condenaros a ser la comidilla del pueblo, tengo que ser consecuente con mis actos.

—Y lo serás, porque veo que has decidido seguir adelante con este embarazo. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Sé que a lo mejor piensas que no nacerá en el seno de una familia tradicional, pero…

—¿De qué estás hablando? Hoy en día hay muchos tipos de familia, María, y lo que tiene es que venir rodeado de amor, y eso, en tu caso, se va a cumplir a rajatabla.

—Pensarás que lo que te voy a decir es mentira, pero me acabo de enterar de su venida, y ya lo siento como algo mío, y lo quiero más que a nada ni nadie en el mundo.

—Así es, hija mía. Eso nada más que lo sabemos las madres, aunque no lo lleves en tu vientre, porque no tengo duda de que, muchas mujeres que no han podido concebir, se han sentido igual ante la llegada de un niño adoptivo.

—Pero no todas las madres son iguales, por desgracia.

Mi madre supo que yo hablaba en referencia a la madre de Pablo. No la conocía, pero, si algún día la tuviera delante, me gustaría decirle cuatro cositas.

—Bueno, lo importante es que este niño va a tener a la mejor del mundo, que se desvivirá por él, al igual que el resto de su familia.

—Cuánto me gustaría poder decírselo a Pablo.

—¿Por qué no lo intentas?

—¿Cómo, mamá? Tengo claro que le han obligado a deshacerse de su teléfono, de lo contrario, se habría puesto en contacto, si no conmigo, con sus amigos, y tampoco pueden hablar con él.

—¿Han probado a ir a casa de sus padres?

—Claro que lo han hecho, y siempre le dicen lo mismo, que no se encuentra, que vuelvan otro día.

Le conté a mi madre cómo Mario y Sergio, haciendo turnos, habían estado veinticuatro horas en la puerta, esperando a que saliera o entrara, sin obtener ningún resultado.

—¿Por qué no pruebas con Lucas? A lo mejor él, siendo sacerdote, lo tiene más fácil.

—En eso no había pensado. En cuanto volvamos al pueblo, voy a ir a hablar con él.

¿Cómo no había pensado antes en Lucas? ¿En qué momento me había vuelto tan imbécil? Tendrían que ser las hormonas, porque yo era algo más avispada.

Terminamos de desayunar y de camino al coche, vimos una tienda de bebés. Me daba miedo comprar algo tan pronto, pero mi madre insistió en que sería tan solo un chupete y unos patucos, para darle la noticia a mi padre.

No había pensado en cómo se lo tomaría mi padre, y empecé a ponerme nerviosa, pero las palabras de mi madre me tranquilizaron.

—No temas por tu padre, que estará encantado de ser abuelo, eso sí, ve rezando para que sea un niño, porque si es otra niña, le puede dar algo.

—¿Te imaginas?

Nos reímos lo más grande las dos, acordándonos de cuando mi padre aprendió a coger coletas y trenzas para peinarnos antes de ir al colegio.

Mi hermana tan solo tenía diez meses más que yo, por lo que ambas crecimos prácticamente como si fuéramos gemelas o mellizas, y por eso, el trabajo se lo repartían entre los dos.

Entre anécdotas de cuando éramos pequeñas, llegamos hasta el coche, que esta vez, conduje yo.

No es que mi madre condujera mal, es que le dieron el carné en la tómbola de la feria. Si veía un semáforo en ámbar, en vez de reducir la velocidad, ella aceleraba.

Las señales de stop, para ella no existían; eran un adorno que quedaba la mar de bonito en ese lado de la calle. Por no contar con el momento de aparcar, en el que, como no fuera en batería, podría destrozar la rueda con el bordillo.

—Hija, que tampoco conduzco tan mal.

—No, conducir, conduces perfectamente, pero en los coches de choque de la feria.

Mi madre soltó una carcajada. Se la veía feliz, y eso era lo que más me importaba, no defraudar a mi familia, que me apoyaba desde el primer momento.

En cuanto llegamos al pueblo, y aparqué el coche, me dirigí hasta la casa de Lucas, pues quería ver qué datos conocía del paradero de Pablo.

—Buenas tardes, María, ¿en qué puedo ayudarte?

—Buenas tardes, padre Lucas, venía a hablar con usted.

—Claro, adelante. ¿Qué te ocurre?

Le conté todo lo que pasaba, el tiempo que llevaba sin saber de Pablo y mi necesidad de ponerme en contacto con él.

—Siento no poder ayudarte, hija. A mí, el obispado me ha prohibido acercarme a él, con riesgo de excomulgarme y hacerme colgar los hábitos si lo hago.

—No me lo puedo creer. ¿Hasta dónde van a ser capaces de llegar esos padres?

—Hasta obligarlo a casarse con alguien a quien no quiere. O, al menos, eso tengo entendido.

—¿Me está hablando en serio?

—No te lo puedo confirmar, pero es lo que se comenta por el seminario. Ni siquiera Samuel, que ya se ha ordenado sacerdote, ha sido capaz de llegar hasta él.

Me marché de allí con la certeza de que lo había perdido para siempre, pero tenía el consuelo de que me había dejado una parte de él.

Tan solo esperaba que, con el tiempo, consiguiera ser feliz, porque yo lo iba a intentar con todas mis fuerzas, por mi hijo, que no se merecía menos.

Sabía que no me volvería a enamorar, porque Pablo había dejado una huella muy profunda en mi corazón, pero esperaba que él sí lo consiguiera y que, esa mujer con la que lo obligaban a casarse, fuera una buena persona.

En cuanto llegué a casa de mis padres, mi abuela me recibió con un abrazo, y mi padre con una sonrisa que me tranquilizó muchísimo.

—Hija, ¿qué has averiguado de Pablo?

—Poca cosa, mamá. Y lo que he averiguado, lejos de tranquilizarme, me inquieta más de lo que estaba.

Les conté a todos lo que me había dicho el padre Lucas, y mi padre se levantó de la silla furioso, y sacando una rabia que no le había visto nunca.

—Me da igual lo que digan, ese hombre ya es mayorcito para enviar a sus padres a tomar un poquito de viento —dijo, enfadado.

—¿Y si lo tienen amenazado con algo, papá?

—Pues que acuda a la policía, que no es tonto, y los denuncie.

—Bueno, sea como sea, se va a casar con otra mujer y no lo hace porque es lo que desea.

—No me digas más pamplinas, María. Si no quisiera casarse, ya habría huido de allí. Lo hace para no perder su estatus económico, nada más.

Me dolía lo que mi padre me estaba diciendo, pero no podía obviar que, en cierto modo, tenía razón.

Yo tenía un techo en el que resguardarme, y un trabajo, que nos sustentaría mientras no aprobaba las oposiciones, por lo que, no necesitaba nada de su familia.

Dejamos ese tema a un lado, pues mi madre comprendió que me hacía daño, y tampoco me convenía eso, y nos pusimos a pensar lo que tendríamos que comprarle al bebé.

—Que te quede claro que yo seré su madrina y, por tanto, el carrito del bebé corre de mi cuenta —dijo Carolina.

—De eso nada, será mi primer bisnieto, por lo que todo eso correrá de mi cuenta: cuna, carrito, trona… Si ya lo he visto todo en internet mientras estaba en la peluquería —dijo mi abuela Luisa.

—Por cierto, ¿cómo ha ido la mañana? —le pregunté a mi hermana.

—Como todos los días. Dos tintes, un corte y un peinado, y para esta tarde tenemos más o menos lo mismo, porque no las he podido atender a todas, y volverán a las cinco.

—Tendremos que ir buscando a alguien para cuando me tenga que coger la baja, aunque tengo claro que no lo haré hasta que ya no pueda más.

—No, verás, si ella querrá cortarle el pelo a la gente con las tijeras en un palo selfi, para poder llegar con la barriga —dijo mi hermana, y todos soltamos una carcajada.

Capítulo 24



Pablo

Casi cuatro meses habían pasado ya de ese día en el que mi hermana me tendió esa trampa.

Ella siguió con su vida tal y como la tenía, quedándose embarazada de nuevo, pero jamás me dirigí a ella, al igual que tampoco lo hice con mi hermano Sebas, que seguía viviendo esa doble vida de la que mis padres eran conscientes.

Estaba en el salón, leyendo un libro, porque ni siquiera tenía acceso a mis redes sociales, ya que el móvil que me habían dado era uno de esos que tan solo servían para llamar y recibir llamadas y mensajes de texto y cuyo número, como no podía ser de otro modo, tan solo tenían ellos.

—Señorito Pablo, tiene una visita —me dijo Lili.

—¿De quién se trata?

—Es un sacerdote que viene a hablar con usted, o al menos, eso me ha dicho.

—Hágale pasar, por favor.

—Ahora mismo.

Estaba nervioso, porque si se trataba de Lucas, tenía prohibido acercarse a mí, o lo expulsarían de la iglesia, alegando que había ayudado a un seminarista a liarse con una de las feligresas, como si eso fuera algo nuevo.

Cuando vi entrar a Samuel, con su alzacuellos, no pude evitar emocionarme, pues no me esperaba que viniera a verme.

—Samuel…

—Me alegro de poder verte, Pablo.

—Ven aquí y dame un abrazo, cabronazo. Cómo te he echado de menos.

—Y yo a ti, no te puedes imaginar la cantidad de hilos que he tenido que mover para poder llegar hasta aquí.

—Me lo imagino, porque es como si estuviera en la cárcel, pero con todas las comodidades.

—Lo que se dice una jaula de oro.

—Ni que lo digas. Pero dime, ¿qué te trae por aquí?

Iba a contestarme, cuando entró Lili, y supe que me advertía de que no hablara nada que no fuera políticamente correcto con mi situación, pues mis padres estaban escuchando.

—¿Les apetece tomar algo a los señores? —nos preguntó, ya que esa era la contraseña.

—Dos refrescos de cola con mucho hielo, por favor —le respondí.

—Enseguida se lo traigo.

Después de un par de semanas, Lili se ofreció a ayudarme, dentro de sus posibilidades, por supuesto, puesto que no iba a perder su puesto de trabajo, entre otras cosas, porque no tenía a dónde ir.

Quedamos en el acuerdo de que, cuando mis padres estuvieran cerca o activaran las cámaras que tenían por toda la casa, menos en las habitaciones,

ella me preguntaría si quería tomar algo.

Por otra parte, ella, desde su teléfono, estaba intentando localizar a todos los hombres con los que se había acostado Valentina, antes de que nos conociéramos; era la única manera de poder demostrar que lo que decía era mentira.

Casi prefería ordenarme sacerdote antes que casarme con ella, pero tenía que conseguir que pagara por toda la maldad que albergaba su cuerpo.

—Samuel, ¿cómo te va la vida como sacerdote?

—Me va de maravilla, era todo lo que necesitaba para que todo encajara.

—Lo supe desde el primer momento.

Samuel se dio cuenta de mi cambio de tema, del giro que mi conversación dio, y supo que estábamos siendo vigilados. Por eso, y con la inteligencia que lo caracterizaba, no dudó en solicitar algo.

—Hace una mañana preciosa, ¿qué te parece si damos un paseo por el jardín?

—Me parece una idea fantástica. Espera un momento, que voy a recoger los dos refrescos, y nos los vamos tomando mientras paseamos.

Me levanté del sillón y fui hasta la cocina. Lili entendió que, si mis padres hacían algún movimiento, me tenía que enviar un mensaje diciéndome que me necesitaba en la casa, para cualquier cosa que no pudieran hacer ellos.

Era mi salvavidas, y no es que tuviera yo muchas visitas, pues mis amigos habían venido muchísimas veces, pero no habían conseguido ni pasar de la puerta.

Según mis padres, eran malas influencias para mí, y yo debía centrarme en aprobar las oposiciones y casarme cuanto antes.

Lo que ellos no sabían es que ya me había examinado, y tan solo estaba esperando a que me comunicaran los resultados.

Cada noche rezaba al cielo para que hubiera conseguido una plaza y poder hacerles un corte de mangas a todos, pero no como os podéis pensar.

—Dime qué ocurre, pero de verdad —le pedí a Samuel.

—Hace unos días, fue María para hablar con Lucas; ya sabes que tiene prohibido acercarse a ti.

—Sí, y ese es el motivo por el que continúo aquí, si no, ten por seguro que haría mucho tiempo que me hubiera largado.

—¿Te tienen amenazado con él?

—Más o menos, pero eso no es importante ahora. Cuéntame, ¿cómo está María? Debe estar pasándolo realmente mal.

—No sé cómo decirte esto sin que te afecte…

—Claro, conciso y sin rodeos, por favor.

—María está embarazada, y ya sabes lo que eso implica en un pueblo como en el que vive.

—¡Me cago en la puta madre que parió al demonio! No la puedo dejar sola…

—Eh, tranquilo, que las cosas no se pueden hacer de manera impulsiva, hay que hacerlas con responsabilidad y cabeza.

—Estoy atado de pies y manos.

—Y yo estoy aquí para ayudarte a conseguir soltar esas cuerdas.

—Pues explícame cómo, porque me estoy ahogando entre estas cuatro paredes, mucho más ahora, que sé que viene mi bebé en camino y me lo estoy perdiendo todo.

—Eso tiene que quedar en secreto, tus padres no se pueden enterar.

—Mis padres deben de estar ya al tanto de todo, el que no lo estaba era yo.

Le expliqué a Samuel quién era la mujer con la que pretendían que me casara, y se llevó las manos a la cabeza, pues podía imaginarse cualquier cosa menos esa.

Quedamos en que vendría una vez a la semana, y que me daría novedades, tanto de María, como sobre el plan que nos traíamos entre manos.

—No le digas, por favor, que me han obligado a casarme con Valentina, o se morirá de pena.

—Tranquilo, ella sabe que te han obligado a casarte, pero no tiene ni idea de quién es la afortunada.

—Tenemos poco tiempo porque, en cuanto me envíen el correo electrónico confirmando el resultado de mis oposiciones, se pondrán a organizar la boda.

—Y se llevará a cabo, al menos hasta que te toque a ti dar el "sí quiero", que ya veremos si lo das o no.

—Con el agua al cuello, me veo.

Nos dimos un abrazo y Samuel, para disimular, entró en la casa a saludar a mis padres. Tenía que aparentar que él nunca estuvo de acuerdo con mi decisión de empezar una relación con María, así como, que había venido para tratar de hacerme entrar en razón.

—Me alegra que mi hijo, por fin, tenga un amigo en condiciones. Y su entrada a esta casa está autorizada, padre Samuel, puede venir cuando usted quiera —le dijo mi padre, ofreciéndole la mano.

—Y a mí me alegra que estén ustedes de acuerdo con mi visita. Me gustaría venir a visitar a Pablo una vez por semana, si no ven inconveniente.

—Por supuesto que no, ya le he dicho que usted será bienvenido a esta casa siempre que desee.

—Tan solo le pediría una cosa, porque he visto que usted tiene cámaras, y eso me incomoda, porque, como bien sabe, la mayoría de nuestras conversaciones son en secreto de confesión…

—No se preocupe, se desactivarán en cuanto que usted llegue; se lo diré ahora mismo a la sirvienta, que es la que las pone en marcha —dijo mi madre.

Por Lili sabríamos si eso era cierto o no, aunque conociendo a mis padres, y su relación con la iglesia, estaba claro que cumplirían su palabra.

Era una de esas pocas veces que me sentía bien, y una sonrisa se pintó en mi cara después de mucho tiempo.

—Veo que te agrada hablar con este sacerdote —me dijo mi madre, en un tono de amabilidad que no le había oído nunca.

—Pues sí, el padre Samuel, aparte de ser de mi edad, me está ayudando a comprender muchas cosas. Tiene un lenguaje tan cercano que me hace replantearme mi situación.

—Así es, hijo mío, tienes que aprender a cumplir con tus obligaciones con resignación —dijo mi padre.

—Sí, tal y como me ha dicho el padre Samuel, los caminos del Señor son inescrutables.

Era cierto que mi amigo me había dicho eso, pero no en el sentido en el que yo se lo había dicho a mi padre, sino en uno completamente contrario, pero todo dependía de la interpretación que cada uno le quisiera dar.

—Si sigues así, dentro de unas semanas, te daré permiso para que puedas salir de aquí, siempre y cuando estés vigilado por el padre Samuel.

Capítulo 25



María

En cuanto la noticia se corrió por el pueblo, los comentarios se hicieron presentes en nuestro día a día.

Al principio, no diré que no me dolieron, porque sí que lo hicieron, y mucho, pero no por mí, sino por mis padres, que no se merecían escuchar lo que estaban diciendo de mí.

Tuvimos que escuchar de todo, desde que mi hijo era fruto del pecado, de la vez que estuvo el padre Lucas en mi casa y que, en pocas palabras, me había montado un trío con los dos.

Según ellas, por eso no sabía quién era el padre, hasta que era de un hombre casado de la ciudad y el motivo por el que me había dejado mi novio, por adultera.

—Hija, que no te afecten esos comentarios, que el tiempo pondrá todo en su lugar —me decía mi madre.

—Ya, pero mientras tanto, es mi honor el que está en boca de todos, y es a mi familia a la que estoy viendo sufrir.

—Aquí la única que está sufriendo eres tú, y eso se tiene que terminar, por tu salud y por la de ese bebé que viene en camino.

—Te dije que lo mejor era marcharme, empezar de cero en otro lugar en el que no me conociera nadie.

—¿Y alejarme de ti y de mi nieto por la maldad de los demás? Ni pensarlo.

No había forma de que mi madre entrara en razón, por mucho que le dijera, el hecho de que mi bebé y yo estuviéramos cerca de ellos, era lo más importante para ella, lo demás, ya se andaría.

La única que no volvió a decir ni una sola palabra sobre nadie fue la señora Catalina, que me ofreció su apoyo y su cariño, y se lo agradecí.

La mayoría de las clientas que venían a la peluquería lo hacían por el morbo de lo que pudiéramos decirles o contarles, pero no entramos al trapo, por mucho que lo intentaron.

No fueron pocas las veces que tuve que escuchar cómo se decía de una clienta a otra que las mujeres de hoy en día ya no éramos las mismas, que nos abriríamos de piernas con cualquiera, aunque tuviera sotana.

Como acababa de suceder, delante de la señora Catalina, que no dudó en defender mi honor y mi situación.

—No sabéis de lo que estáis hablando. Esta chiquilla tan solo se ha entregado a su novio, al amor de su vida…

—Claro, y por eso se largó del pueblo sin decirle ni adiós —dijo una de las clientas.

—Si ni siquiera se ha llevado su ropa —dijo otra.

—Vamos a ver, con quién me acueste o no, tan solo es problema mío, no tengo por qué darle explicaciones a nadie, soy soltera y hago con mi cuerpo y mi vida lo que me da la gana —les dije, bastante enfadada.

—Muy bien dicho, hija. Si vienen aquí para el cotilleo, que no vuelvan más, que a ti no te faltará clientela, de eso me ocuparé yo —dijo la señora Catalina.

Las otras dos mujeres agacharon la cabeza, muertas de la vergüenza, y no volvieron a articular ni una sola palabra.

Cuando se fueron y nos quedamos a solas con la señora Catalina, no pude más que agradecer el gesto que había tenido conmigo.

—Gracias, señora Catalina, ha sido un gesto muy bonito por su parte la defensa que ha hecho sobre mi situación.

—Es mi obligación, bonita, si no hubiera sido por mi nieta, nada de esto hubiera sucedido.

—Tampoco le podemos echar toda la culpa a ella, señora Catalina.

—Sí que la tiene, absolutamente toda. Tú todavía no sabes todo, pero yo me encargaré de contártelo, porque no le puedes guardar rencor a Pablo, ya que es inocente.

La señora Catalina esperó a que cerráramos el negocio, y nos invitó a comer en el bar de Manuel, junto a mis padres y mi abuela.

Decía que teníamos que estar todos para entender la situación, para que comprendiéramos todo.

—Señora Catalina, ¿para qué nos ha reunido aquí a todos? —preguntó mi padre.

—Para que entendáis que, si Pablo no está aquí, con María, no es por su culpa, sino por la de mi nieta, que es el mismísimo diablo vestido de princesa.

—Eso ya lo sabíamos, Catalina, no es nuevo —le dijo mi abuela.

La señora Catalina, con un aire de derrota, se dispuso a contarnos lo que su nieta había inventado y que, su hijo, no dudó en creer a pies juntillas, entre otras cosas, porque le convenía hacerlo.

Nos explicó que, mientras su hijo no llegaba a recogerla, trazó un plan para salirse con la suya y que, de camino, me hundiría a mí, que había sido la culpable de que Pablo no se metiera entre sus piernas.

—Les dijo a sus padres que Pablo se había acostado con ella, que la había desvirgado y no quería saber nada más de mi nieta.

—¿Y tu hijo se lo creyó? Por favor, si eso es como creer que el año que viene nos van a regalar a todos un viaje a la luna —dijo mi madre.

—Fielmente, pero eso no es todo, está acostumbrada a manipularlos como si fueran peleles. A mis oídos ha llegado que se lio con un hombre casado y con hijos, empleado de mi hijo, y que, cuando se vio descubierta, le dio la vuelta a la tortilla.

—¿Cómo se le puede dar la vuelta a eso? —preguntó mi hermana.

—Muy sencillo, diciendo que era él quien la acosaba y que ella tenía miedo, por eso se besaron en el archivo.

—Mucho me temo que ese hombre está pagando ahora su cruz, ¿me equivoco?

—Desgraciadamente, no te equivocas, Santi. Mi hijo lo puso de patitas en la calle y le dijo que, si se volvía a acercar a Valentina, lo denunciaría.

—Y lo peor de todo es que, conociendo a su nieta, me apuesto las dos manos a que fue ella la que lo persiguió hasta que cayó en sus redes —le dije yo.

—Exacto, y es lo mismo que va a hacer con el pobre Pablo.

No entendía nada de lo que estaba diciendo, pero nos lo aclaró en un par de frases más.

Logró que sus padres fuesen a hablar con los de Pablo, y consiguieron decirle que, si no los casaban, acabarían con su reputación.

Los padres de mi chico, que, además, vieron que eran personas de dinero, encontraron la oportunidad perfecta para conseguir sus planes.

Era con Valentina con quien lo iban a casar, y eso terminó de hundirme, pues sabía que no solo yo lo pasaría mal, sino que a él le esperaba el mismo infierno.

—Hija, no puedes seguir así, o luchas, o te resignas, no hay más —me dijo mi padre.

—¿Cómo voy a luchar contra dos titanes, papá? ¿Qué quieres, que me plante en su casa y le diga que estoy embarazada de su nieto? Eso sería todavía peor.

—Entonces, dedícate a cuidarte y, por supuesto, a tu bebé, que no tiene culpa de lo que suceda entre sus padres.

—Tienes razón, papá, y así lo haré. Pablo quedará siempre como un recuerdo en mi memoria, nada más.

Después de eso, nos pusimos a comentar la decisión que había tomado el obispado sobre apartar al padre Lucas del pueblo, pues lo habían enviado a dar clases al seminario, pero no al del pueblo de al lado, sino a uno de la capital.

Me dolió no haberme podido despedirme de él, pues fue un buen hombre, justo y cabal con sus decisiones, pero eso parecía no ser suficiente.

Todavía no nos habían asignado un párroco nuevo, por lo que, mientras que no lo hacían, era el cura de uno de los pueblos cercanos el que se ocupaba de dar las misas y todo lo demás que se celebrara aquí.

A mi hermana le costó entender que podía vivir sola, que era lo que necesitaba y que era un embarazo, no una enfermedad.

Me despedí de ella en la entrada de mi casa, pues me encontraba cansada y, al ser sábado, lo único que quería era tumbarme en el sofá, con ropa cómoda, y ponerme a leer un libro que tenía a medias.

Carmen no había venido este fin de semana, el que sí que lo había hecho era Mario, como todos y cada uno de ellos.

Por mucho que les decía que no hacía falta que me hicieran de niñera, no había nada que hacer, se la pasaban allí metidos todo el día.

Menos mal que teníamos la piscina, que, por lo menos, nos podíamos refrescar, porque, a pesar de ser mediados de octubre, todavía apretaba el calor de manera acuciada.

—María, vamos a ir a la ciudad, al cine; te vendría bien venirte con nosotros —me dijo Mario, que me cuidaba a más no poder.

—Claro, y os sujeto las velas. Venga ya, yo estoy la mar de a gusto en mi casa, id a disfrutar de la vida y de vuestro amor.

Capítulo 26



Pablo

Había llegado el día de la segunda visita de Samuel a mi casa, y me encontraba nervioso.

Era el único enlace real que tenía con el exterior, y me moría de ganas por saber qué tal se encontraba María, cómo iba avanzando el embarazo, y si sabía ya si era niño o niña.

—Tu madre y yo hemos estado hablando, y vamos a acceder a la petición que nos ha hecho el padre Samuel, de que puedas acompañarlo a una exposición y a tomar algo —me dijo mi padre, que acababa de entrar en el salón.

—¿Me lo dices en serio? Entonces, tendré que cambiarme de ropa; no es normal que vaya a una exposición así vestido.

—No me defraudes, Pablo, o lo que has estado viviendo hasta ahora no será nada para lo que te puede esperar.

—No lo haré, papá, gracias por confiar en mí.

Tenía que hacerlo, tenía que mostrarme como el hijo sumiso que ellos esperaban, o de lo contrario, sí que no tendría ninguna oportunidad de salir de aquí.

Subí corriendo a mi habitación, y saqué un traje de chaqueta azul marino con unas rayitas formando unos cuadros, en un azul más claro, y que combiné con una camiseta blanca y unas deportivas.

Sabía que mi padre me diría que ese atuendo era un mamarracho, pero era lo que me apetecía ponerme.

Me mantuve encerrado en mi habitación hasta que llegara Samuel, pues no quería hacer o decir algo sin querer y que mi padre aprovechara para declinarme el permiso.

—Señorito Pablo, el padre Samuel lo espera en el salón —me dijo Lili.

—Gracias, Lili, dile que ahora mismo bajo.

Entré de nuevo en mi habitación y me eché un poco de perfume. Tampoco mucho, pues no quería que mi padre sospechara lo que no era.

Bueno, en realidad no tenía ni idea de lo que me tenía preparado Samuel, así que, por mucho que mi padre insistiera, no podría contarle lo que no sabía.

Entré al salón, donde mi padre estaba departiendo, amablemente, con Samuel sobre algo del nuevo testamento, y supe que lo estaba poniendo a prueba, pero mi amigo, la pasó con sobresaliente.

—Ya estoy aquí. Me ha dicho mi padre que quieres que te acompañe a una exposición, y subí a cambiarme.

—Sí, es sobre arte sacro, y creo que, aparte de que te encantará, te vendrá muy bien.

—Si tú lo dices, te creeré.

Salimos de mi casa y nos subimos al coche de mi amigo, poniendo rumbo a donde quiera que me fuera a llevar.

—Pablo, es la primera vez y no dudo que tu padre nos va a seguir, para saber si miento o no, por lo que, no tengo más remedio que llevarte a esa exposición.

—Claro, buena manera de ganarte su confianza, más de lo que ya te la has ganado.

—Así es, y no dudo que, en cuanto compruebe que no tiene nada que temer, me dejará carta blanca contigo.

—¿Qué pretendes, Samuel?

—Que te puedas volver a reunir con Mario y Sergio, porque el que te reúnas con María está completamente descartado.

—Joder, lo que daría por volver a verla, por poder besarla, aunque fuera tan solo una vez más.

—Tiempo al tiempo, Pablo, que, tanto Lucas como yo, vamos por muy buen camino.

—Acabo de recibir el correo electrónico del tribunal de las oposiciones, y he aprobado, tengo una plaza en un colegio de la zona. Será cuestión de días que mis padres se enteren y empiecen a organizar la boda.

—No les va a dar tiempo de casarte. Aunque, por favor, pon como condición que sea yo la persona que oficie la ceremonia; no quiero perderme la cara de Valentina.

—¿De qué estás hablando?

—Bajemos y entremos a la exposición, ahí te lo contaré todo, te lo prometo.

Samuel aparcó el coche y nos bajamos, encaminando nuestros pasos hasta el local donde estaba la exposición.

Independientemente de si eras creyente o no, eran verdaderas obras de arte las que teníamos ante nuestros ojos, desde esculturas hasta piezas bordadas, que eran una verdadera maravilla.

—Ahora sí, tenemos el testimonio gráfico de que Valentina ha pasado por la cama de, al menos, cinco hombres, antes de conocerte.

—¿De verdad? ¿Cómo lo habéis conseguido?

—Esa mujer es una arpía, que arruinaba la vida de esos hombres, una vez que se cansaba de ellos. El primero que dijo que sí, y que podía localizar a más, se llama Rafael, y fue novio de Carolina.

—Conozco la historia. ¿Qué ha sido de él?

—Pues lo que se esperaba después de cansarse, le dijo a su padre que no se sentía cómoda con él, que pensaba que iba a terminar en su cama por lo mucho que había insistido en que se viniera a la ciudad.

—Es que terminó en su cama, sin importarle que tuviera pareja y fueran felices.

—Ya, pero eso el padre no lo sabía, por lo que lo despidió de manera inmediata, alegando que no cumplía con las expectativas del trabajo…

—Y, de ese modo, no le tuvo que dar ni indemnización, qué hija de puta.

—Exacto, de lo único que le sirvió trabajar ahí, aparte de para romper su pareja, fue para conseguir la experiencia que le solicitaban en otra empresa, en la que estaba trabajando.

—Al menos, no se ha quedado muerto de hambre.

—De hambre, no, pero de dolor, sí. Se dio cuenta de que había cambiado a una chica espectacular, con la que lo tenía todo, por una desgraciada que lo había utilizado a su antojo, desechándolo como un trapo viejo.

—Es lo que tiene quedarte cegado por ese tipo de mujeres.

Seguimos paseando por toda la exposición, y Samuel cogió un folleto que era como un libro, y no entendí el motivo, porque tampoco es que nos tuviéramos que aprender su contenido.

Esa duda se disipó de inmediato, en cuanto llegamos a la cafetería y nos acomodamos en una mesa, donde pedimos un par de refrescos y dos sándwiches.

—Toma, échale un vistazo al folleto, por si necesitas que te aclare algo.

—Joder, Samuel, me estás asustando.

—Cógelo, y mira con atención, por favor.

Me tendió el folleto, que abrí de inmediato, y en el que, en cada página, había una copia de cada una de las fotos en las que se veía a Valentina en la cama con otros hombres.

No se les veía practicando sexo, al menos no explícitamente, pero sí que se podía intuir, por la cara de placer que tenía ella, y por otras en las que aparecían desnudos. Estaban hechas por ellos mismos.

—Mira, esta es muy interesante, la verdad —le dije, señalando una en la que se veía con un hombre mucho mayor que ella.

—Ese es el empleado de su padre, el que estaba casado y con hijos.

—Definitivamente, pienso que esta mujer tiene un problema con el sexo, y bastante acuciado.

—Lo que no sé es cómo no te está acosando a ti para que te acuestes con ella.

Esas palabras me hicieron pensar que tenía que estar haciéndolo con otra persona, con alguien de su entorno más cercano, pues, según sus padres, no salía de casa para no crear malentendidos.

—Por favor, averigua con quién se está acostando ahora, tiene que ser alguien cercano, que pueda entrar y salir de la casa sin levantar sospechas.

—No había caído en eso, fíjate. Pero lo averiguaré.

—Vale, hasta ahí, todo perfecto, pero no me has explicado la segunda parte del plan, esa que, según te veo, te emociona tanto.

—Esa te la contaré cuando llegue el momento, que eres capaz de desvelarla antes de tiempo, con la emoción.

—Está bien, en tus manos encomiendo mi vida…

—Pablo, te ha salido como si estuvieras dando un sermón, pero lo tendré en cuenta.

Ambos soltamos una carcajada, me sentía tan a gusto con él, que por un momento me olvidé de todo lo que me rodeaba y de la situación en la que me encontraba.

Era la hora de volver a mi casa, pero lo hice con unas fuerzas renovadas. Por supuesto, en el interior del coche, intercambiamos los folletos y yo me llevé el que había cogido Samuel de la exposición, mientras que él se llevaba el que tenía las fotos.

No me podía arriesgar a que mis padres lo encontraran y descubrieran el pastel antes de tiempo. No sería justo para ninguna de las personas que me estaban ayudando a desenredar todo este entuerto.

—Veo que ese joven es responsable y consecuente, ha cumplido con su palabra al pie de la letra.

—No me puedo creer que nos hayas puesto vigilancia.

—Entiéndeme, Pablo, sé que has cambiado, y lo veo a diario, pero ya no confío en nadie, no sin que antes se gane mi confianza.

—Pues con Samuel, no tienes nada que temer, no me va a llevar a ningún antro, entre otras cosas, porque no creo que ni siquiera él los haya pisado alguna vez en su vida.

Capítulo 27



María

Estaba en la consulta del doctor, pues ya estaba de veinte semanas y esperábamos saber el sexo del bebé.

Ya nos habían llegado los rumores de que Valentina se casaría con Pablo en el pueblo, dentro de tres semanas, y ese día, no pensaba estar allí.

En esta ocasión, era mi hermana la que me acompañaba a esa revisión, y estaba como loca, hasta nerviosa la veía.

—Mario nos espera en la cafetería de enfrente del hospital.

—¿No tenía que trabajar hoy?

—Sí, pero está de turno de tarde, por eso no ha querido perderse conocer el sexo de su sobrino o sobrina.

—De verdad, estáis locos de remate.

En ese momento, Fernando nos avisó para que entráramos. Nuestra confianza durante estos meses había ido creciendo, y nos habíamos hecho buenos amigos.

No sería la primera vez que me había llamado para ir a buscarme al pueblo y quedar para tomar algo.

Por supuesto que no había ninguna mala intención, ya que Fernando era gay y también se había llevado un buen desengaño amoroso.

En su caso, su pareja era enfermero en su misma clínica, y una tarde, cuando él pensaba que mi ginecólogo se había marchado ya a su casa, lo encontró con un traumatólogo, que estaba casado y tenía dos hijos, liados encima de una camilla de la consulta.

No habían vuelto a cruzar dos palabras, sino que, Fernando, sin decirle nada, sacó sus cosas y cambió la cerradura. Cuando él le preguntó a través de la puerta, se limitó a enviarle un mensaje de WhatsApp con el video que había grabado de él y su amante.

Días después, su compañero pidió un traslado de hospital, y su chico intentó convencerlo de que había sido todo un desliz, un error que no se volvería a repetir, pero él lo tuvo claro, ya no tenía cabida en su vida.

—Bueno, vamos a ver si este jovencito o jovencita se deja ver, ahora que ya me conoce y sabe que voy a ser su tío postizo —nos dijo Fernando.

—Yo llevo hablándole toda la semana, diciéndole que, cuando te escuche, abra las piernas, que tenemos que pintar la habitación —le contestó mi hermana.

—Eso sí que no me lo pierdo. ¿Sabéis que, de pequeño, iba a clases de dibujo y se me da de lujo?

—Hermana, porque es gay, que, si no lo fuera, te diría que te casaras con él, que hombres así hay pocos.

—Venga, dejaos ya de tonterías, que estoy loca por saber lo que es —les dije a los dos.

—Tienes razón. ¿Has pensado ya en algún nombre? —me preguntó Fernando.

—Pues, ciertamente, no. Aunque tengo algunos en mente que me gustan mucho, no me he decantado todavía por ninguno.

—En fin, hasta que no veamos si es niño o niña, es inútil que busques nada.

Vertió el gel en mi vientre, y empezó a pasar el ecógrafo. Lo vi con una sonrisa en los labios, que me indicaba que todo iba genial.

—En primer lugar, te diré que viene muy grande, de ahí el enorme vientre que tienes, porque tienes muy poquito hueco.

—Pero ¿está todo bien? —pregunté, con miedo.

—Todo perfecto. Pesa casi dos kilos, así que, si sigue a este ritmo, traeremos al mundo a un niño de unos cuatro kilos, o más.

—Oye, ¿cómo que traeremos? La que lo voy a traer seré yo.

—Claro que sí, pero yo me encargaré de abrirle la puerta.

—Espera, hermanita, que ni te has dado cuenta de lo que ha dicho —dijo Carolina.

—¿A qué te refieres?

—Fernando, díselo tú, que las hormonas le han derretido las neuronas.

—Pues sí, María, tiene razón tu hermana, te he dicho el sexo del bebé, y ni te has enterado.

—¿Es un niño? ¿De verdad? Pensé que lo habías dicho de forma genérica.

—Pues no, genéricamente, no sé, pero genéticamente, es un niño, grande y sano, que será el orgullo de su madre y de toda la familia.

No pude evitar que las lágrimas cayeran por mi rostro, y salimos de allí con las imágenes de la ecografía, que les enseñaría a mis padres y a mi abuela, así como a Mario, que estaba esperando.

—¿Se ha dejado ver? —fue lo primero que preguntó nada más vernos.

—Sí que lo ha hecho, y es un precioso… ¡Niño! —exclamé.

Mario se levantó y me dio un fuerte abrazo. Me miró a los ojos y supe que tenía algo que contarnos.

—Suéltalo, Mario, nada ni nadie va a poder empañar mi felicidad.

—No la empañará; es más, creo que la incrementará.

—Entonces, cuéntamelo ya, por favor.

Mario me contó que había podido ver a Pablo el día anterior, gracias a Samuel, y que le había dejado un mensaje para mí.

No era para que me lo transmitiera, sino que grabó un audio para que yo lo escuchara, y Mario me lo envió por WhatsApp.

"Hola, mi niña preciosa. Quiero que sepas que te sigo queriendo como el primer día, y que me muero de pena por no estar ahí, contigo, viendo cómo crece nuestro hijo dentro de tu vientre.

Pero esto no será para siempre, te lo prometo. Espérame, y ten la seguridad de que mi corazón y mi cuerpo son tuyos, a esa mujer ni siquiera la he besado.

No creas nada de lo que oigas y, por favor, el día de la boda, quiero que estés en la iglesia, viendo cómo se desarrolla todo, te aseguro que no te arrepentirás.

Te quiero, mi vida, no olvides eso nunca".

Escuchar la voz de Pablo, aunque fuera de ese modo, hizo que un nudo se me formara en la garganta.

Pero había algo que no entendía. ¿Qué pretendía diciéndome que estuviera en la iglesia el día de su boda? ¿Qué me humillaran más todavía?

Mario me miró y me dijo que hiciera todo tal y como me habían pedido, que no me arrepentiría.

Estuvimos un buen rato ahí, disfrutando de todo y de nada, hasta que mi cuñado nos dijo que tenía que marcharse a trabajar.

—Mario, ¿te puedo pedir un favor?

—Claro, María, lo que quieras.

—Te voy a enviar una foto de la ecografía del niño, por si, de alguna manera, y sin comprometerlo, se la puedes hacer llegar a Pablo.

—Gracias, María, no sabes lo que eso supondrá para él, No eres tú sola la que lo está pasando mal.

—Ya, pero la que carga con el embarazo y trabajando, es mi hermana —me defendió Carolina.

—Eso es indudable, pero Pablo no está de fiesta, te lo puedo asegurar. Ha perdido muchísimo peso y, si está de pie y luchando, es por el amor que siente por ella y por su hijo —contestó Mario.

Nos dejó un beso a cada una, y se dispuso a volver hasta su trabajo, que le cogía a dos manzanas de aquí.

—¿Vais a estar así mucho más tiempo? —le pregunté a Carolina.

—Así, ¿cómo? No sé a qué te refieres.

—Pues a vivir cada uno en un sitio diferente, a conformaros con veros los fines de semana. No sé, tendréis que decidir algo, digo yo.

—De momento, estamos bien como estamos. No quiero precipitarme ni hacer que sea él quien se precipite.

—Está bien, vosotros sabréis cómo lleváis vuestra relación, lo que no quiero es que se enfríe por culpa de la distancia.

—No lo hará, hermanita, te lo aseguro, pues yo me encargo de que vuelva a coger temperatura cada fin de semana.

Mi hermana lo hizo levantando las cejas repetidamente, y eso me provocó una carcajada.

El coche lo llevaba mi hermana, pues yo, con el barrigón que tenía, si echaba el sillón para detrás para que entrara mi barriga, no llegaba a los pedales y, si lo dejaba donde estaba, me clavaba el volante en la boca del estómago. Vamos, que era imposible, lo mirara por donde lo mirara.

El trayecto a casa se me hizo interminable, no sé lo que me pasaba, pero desde que estaba embarazada, los viajes en coche se me hacían eternos, además de que me resultaban de lo más incómodos.

Por fin aparcamos el coche y, nada más poner un pie en el suelo, una náusea me atravesó el cuerpo, haciendo que vomitara hasta la primera papilla que me dio mi madre.

—¿Te encuentras bien, María? —me dijo mi padre.

—Estaré mejor cuando entre y me tome algo fresquito, agua con limón, por ejemplo.

—Venga, entra, que ahora mismo te lo preparo.

Mi cara fue recuperando su color, poco a poco, y cuando me sentí con fuerzas, saqué la ecografía del bolso, y se la entregué a mi padre.

—Supongo que tú verás lo que es, pero, aquí, solo veo una cabeza enorme que, como eso tenga que salir por ahí abajo, le va a faltar hilo a Fernando para coger puntos —me dijo mi padre.

Estallamos en una carcajada, hasta que le enseñé a mi padre la parte en la que ponía que era un niño, y entonces, se tornaron a lágrimas, pero de felicidad.

Capítulo 28



Pablo

Estaba en una cafetería, con Samuel, esperando a que llegara Mario, que había avisado de que tenía que mostrarme algo.

Faltaban tres días para la boda, y los nervios me comían. Tan solo esperaba que todo saliera tal y como lo teníamos planeado, o me moriría de pena si tuviera que pasar el resto de mis días con Valentina.

Samuel descubrió que, con quien se estaba acostando Valentina, era uno de los jardineros de la finca, al que le había prometido una subida de sueldo y unas mejores condiciones, amén de que seguiría siendo su amante en cuanto se casara.

Todo eso lo teníamos documentado, y lo haríamos público en el momento de la ceremonia, o en el convite.

Lo que tenía claro es que la boda no tendría ningún efecto legal, puesto que el párroco que la iba a celebrar era Samuel, y no iba a llevar los documentos al juzgado.

—Perdón por la tardanza, pero he tenido un inconveniente en el trabajo que me ha retenido más de lo previsto —dijo Mario, que acababa de entrar.

—No te preocupes, hemos estado analizando la situación, para saber, realmente, cuándo actuar —le contestó Samuel.

—Aquí estoy, ¿qué es eso de lo que querías hablarme? —le dije.

—Hablarte, no, mostrarte, mejor —contestó.

Sacó su teléfono y me mostró la foto de una ecografía, y entendí que María se la había hecho llegar, para mí, para que yo la viera.

—Dime que este es mi hijo o mi hija, porque todavía no lo sé.

—Sí, amigo, ahí tienes la primera foto de tu hijo, es un niño, y viene sanísimo.

Lloré, y lo hice como si fuera un niño pequeño al que sus padres le habían enseñado los billetes para el parque de atracciones más famoso del mundo.

Mis lágrimas caían sin control, y era una mezcla de alegría, por el nacimiento de mi primer hijo, y de pena, por no poder estar al lado de la mujer a la que amaba, viendo cómo se desarrollaba todo el embarazo.

—Amigo, tienes que terminar ya con todo, antes de que sea demasiado tarde —me dijo Mario.

—Me quedan tres días, Mario, para volver a recuperar mi libertad, para ser el mismo que era antes.

—El mismo no, por lo que tú más quieras, que me veo destinado en las misiones del pueblo más remoto de África —me dijo Samuel.

Solté una carcajada que se escuchó en toda la cafetería, por la manera en la que lo dijo, en la que cruzó los dedos y se santiguó, temiendo que eso se hiciera realidad.

Me hubiera gustado conservar esa foto de mi bebé, y poder verla cada vez que me sintiera con las fuerzas bajas, pero si mis padres la descubrían, me podía jugar todo lo que estaba preparando, y no me lo podía permitir.

Mario me contó que María había escuchado el audio que grabé para ella, y que se lo envió a su móvil, emocionándose al escuchar mi voz.

De momento, se me ocurrió algo, pero no tenía demasiado tiempo, así que, le dije a Mario que me prestara su móvil.

—Pablo, no te la juegues, por favor, no sabes quién puede estar a su lado en estos momentos —me dijo Samuel.

—Joder, me muero por escucharla, por oír de sus propios labios cómo se encuentra, si mi hijo ya se mueve, si lo siente…

—Lo sabemos, pero llevas esperando ya cinco meses, ¿qué te supone un par de días más?

Y tenían razón. Sabía que se me iban a hacer eternos, pero recordar esa imagen me serviría para poder seguir adelante, y aguantar estos dos días.

Esperaba que María siguiera mis indicaciones y fuera a la ceremonia, porque a la celebración estaba clarísimo que no la iban a dejar pasar, por mucho que yo protestara.

—Creo que todo debe hacerse en la ceremonia, Samuel, cuando me toque dar el "sí quiero".

—Ahí va a ser un poquito difícil, pero lo intentaré.

—Aunque tengamos que mostrar el vídeo en una pared.

—¿Y si lo hacemos en la preboda? —preguntó Mario.

—¿En qué preboda?

—¿No te han dicho nada? Por favor, si eso es vox populi en todo el pueblo.

—Ya estás largando, y poniéndonos al día.

Mario nos contó que, tanto mis padres, como los de Valentina, habían acordado con los invitados que, al ser la iglesia tan pequeña, harían como una especie de ensayo, pero sería fuera, en la plaza mayor.

—Allí pondrán un proyector, donde se verán todas las imágenes de la preboda…

—No, tengo una idea mejor. Habla con quien tengas que hablar, pero consigue que ese proyector se quede ahí para la boda.

—¿Para qué?

—Para que, cuando me toque dar el "sí quiero", y diga que no, en vez de las imágenes de la boda, que se ponga el vídeo y que lo vean todos los invitados, además de la gente del pueblo.

—Pero no lo verán tus padres, ni los suyos, ni la gente que esté dentro de la iglesia.

—Claro que lo harán, porque yo me encargaré de que todos salgan.

—¿Y si, en vez de casaros en el interior de la iglesia, saco el altar afuera, y os caso en la plaza?

—¿Podrías hacer eso?

—Por supuesto que sí, déjamelo a mí.

Salí de allí con una energía renovada; tan solo tendría que aguantar un par de días más, y todo se habría terminado.

Con respecto a mi plaza de maestro, eso ya también lo tenía cerrado. Samuel convenció a mi padre de que él me llevaría para presentar una excedencia de cinco años, que era la máxima que podía solicitar.

Eso no se produjo en ningún caso, ya que, lo que de verdad firmé, fue la adjudicación de mi plaza, que, además, había podido elegir, consiguiendo una en el mismo pueblo, donde acudían los niños de los tres pueblos más cercanos.

Por eso podía estar tranquilo, pues no me tendría que incorporar hasta el curso siguiente, y para eso quedaba todavía poco menos de un año.

Samuel me dejó en mi casa, donde ya me estaban esperando mis padres con las maletas preparadas y toda mi familia, incluida Alejandra, que se

encontraba embarazada de casi siete meses.

Me dolía muchísimo la manera en la que nos habíamos alejado mi hermana y yo, pero no podía volver a confiar en ella, no cuando me había traicionado de esa forma.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—Al pueblo, donde tu futuro suegro ha alquilado un cortijo, que será donde se celebre la boda —dijo mi padre.

—No pensarías que nos íbamos a ir el mismo día por la mañana, ¿no? —aclaró mi madre.

—Para nada, cuanto antes lleguemos, mucho mejor —les dije.

Sabía que esa noche, Valentina, intentaría acercarse a mí, e incluso tendría que hacer de tripas corazón y dejar que me hiciera alguna muestra de cariño, por mucho que me desagradara, pero todo tenía que ser creíble.

Me hubiera gustado avisar a María, para que estuviera preparada, pero no me dio tiempo, pues nada sabía de este viaje.

—¿Habéis avisado al padre Samuel? Lo mismo y a él también le gustaría estar allí, con nosotros —dije, esperando que me dijeran que sí.

—Sinceramente, no me he acordado, pero hazlo tú mismo, venga, si quiere venir, lo esperamos hasta que llegue —contestó mi padre.

—Ahora mismo.

Saqué mi teléfono a la velocidad del rayo, y marqué el número de Samuel, que no debería haber doblado ni la esquina con el coche.

—¿Me acabo de ir y ya me echas de menos?

—Date la vuelta, que nos vamos ahora mismo para el pueblo.

—¿De qué estás hablando?

Le conté lo que había descubierto en cuanto llegué a mi casa, y no dudó en decirme que se volvía, que tardaba diez minutos.

—¿Y tu ropa?

—No te preocupes, me han destinado al pueblo, y dejé todo ayer por la tarde en la casa en la que vivía Lucas.

—Entonces, todo arreglado.

Entré de nuevo al salón, y le indiqué a mi padre que Samuel venía de camino, que no tardaría más de cinco o diez minutos.

—¿Te vas con él en su coche?

—Sí, vamos, si no hay ningún problema.

—No lo hay, hijo. Gracias a ese sacerdote, tu vida se ha encauzado.

—No lo sabes tú bien, papá…

Lo miré con una sonrisa, y salí a la puerta con mi maleta, esa que llevaba preparada un montón de tiempo y en la que había metido el resto de la ropa que me faltaba.

Durante los días que Samuel había venido a mi casa, me había dedicado a darle ropa, que me fue guardando en su casa, para cuando todo explotara.

Capítulo 29



María

La señora Catalina entró en la peluquería como una exhalación, tanto, que tuvimos que darle hasta un vasito con agua para que recuperara el aliento.

—¿Qué le ocurre, mujer, para que venga así? —le preguntó mi hermana.

—Ay, niñas, mi nieta, que no conoce el fin de la maldad.

—¿Qué se le ha ocurrido ahora?

—Se casa aquí, en la plaza mayor, y ha conseguido que su padre alquile el cortijo "El Olivar" para dar cabida a todos los invitados.

—Mira qué bien, un bodorrio a lo grande. Espero que sus invitadas pasen por aquí, que me hace falta el dinero, y a esas les puedo pegar el clavazo.

—¿Lo dices en serio, María?

—Por supuesto que sí, señora Catalina.

—Hija, creo que ya tenemos suficiente confianza como para que me llames solo Catalina. Pero, volviendo a lo mismo de antes, ¿no le guardas ningún resentimiento?

—Claro que se lo guardo, pero mi abuela siempre decía: "El que ríe el último, ríe mejor". Además, una cosa son los asuntos personales y otra muy

distinta, los negocios.

—Así se habla, hermana.

—Muy bien dicho, niñas. ¿Sabéis qué? Yo misma me voy a encargar de que no llamen a otras más que a ustedes. Ya que os va a hacer daño, por lo menos que os dé rentabilidad.

Mi hermana y yo soltamos una carcajada, que se nos cortó de golpe cuando la vimos entrar.

¿Cómo podía tener tan poquísima vergüenza de aparecerse por aquí? ¿Es que esta mujer no conocía los límites, o qué?

—Abuelita, que llevamos un buen rato buscándote.

—¿A mí? ¿Se puede saber para qué?

—¿Para qué va a ser? Pues para que te vengas con nosotros al cortijo, a pasar estos dos días antes de la boda.

—A mí no se me ha perdido nada allí. Da gracias a Dios que voy a asistir a la ceremonia, que ni eso te mereces.

—Parece mentira que antepongas la felicidad de una extraña por encima de la de tu propia nieta.

—Mi propia nieta, como tú dices, no se merece ni que la mire, pero eso ya es harina de otro costal.

—Ya que estoy aquí, me gustaría hablar con las peluqueras del pueblo.

—Pues aquí estamos, tú dirás —le dije.

El momento en el que me giré y Valentina vio mi vientre, se quedó con la boca abierta, y supe que no lo sabía, nadie se lo había contado.

La sonrisa de su abuela así me lo confirmó, pero hice como si no me importara, aunque por dentro me moría de felicidad.

—¿Quién es el padre de ese niño? —me preguntó, con todo el descaro.

—Eso a ti no te importa, igual que no le importa a nadie. Es mi hijo, se acabó. Ahora, dime qué es lo que querías hablar con nosotras.

Se pensó que el padre era otro, que no tenía nada que ver con Pablo, y se le ocurrió una maldad, como no podía ser de otro modo.

—Mañana hay una cena de compromiso, con todos los invitados, y había pensado que podríais encargaros de arreglar a las invitadas.

—Por supuesto, no hay problema, dime de cuántas personas se trata y qué sería, y ahora mismo te hago un presupuesto.

—Serían cincuenta mujeres, pero no creo que todas quieran; pongamos que unas treinta, y tan solo sería peinarlas y maquillarlas.

—Dame un minuto…

Me fui hasta el ordenador, y le puse el precio que me dio la gana, inflándolo como quise. Imprimí el documento y se lo entregué; si estaba conforme, redactaría otro de compromiso y me tendría que abonar el cincuenta por ciento del importe total.

—Está bien, me parece un precio justo. ¿A qué hora podríais estar allí?

—Un momento, no tan rápido. Primero, me firmas un documento de compromiso y me abonas el cincuenta por ciento; si no, no moveremos un dedo.

—Está bien, ve redactando el documento, que voy a avisar a mi padre para que venga con la tarjeta.

Salió del establecimiento, de camino al coche donde se encontraba su padre, y su abuela nos miró, con una sonrisa de lo más pícara.

—Espero que la hayas clavado bien en el precio, porque no se merece otra cosa.

—Tanto que, si paga, usted tendrá peluquería gratis hasta el año que viene.

—Ah, no, si ella lo ha hecho y va a pagar esa cantidad, es porque se le ha ocurrido alguna maldad, no lo dudes.

—Y yo sé cuál es. Ha pensado que mi hijo no es de Pablo, y lo que quiere es que él me vea, se desilusione y se case con ella por despecho.

—Desde luego, hermana, que te gusta un culebrón, porque ese argumento, no es para menos.

—Bueno, el tiempo dirá si tengo razón o no.

En ese momento, entró el padre, que ni siquiera dijo buenas tardes. La educación brillaba por su ausencia, pensando que el dinero podía sustituirla.

Me dejó la tarjeta encima de la mesa, y se dirigió a mí, con desprecio, como si él fuera alguien superior a mí.

—Te lo cobras entero, y doscientos euros más, de propina. No quiero tener que estar pendiente de pagar facturas en estos dos días, que deben ser unos que no olvidemos nunca.

—Claro que sí, señor, con mucho gusto se lo cobro.

Mientras que pasaba la tarjeta me entraron ganas de contestarle que, por supuesto que no los iban a olvidar, pero me tuve que morder la lengua.

Al final, había ganado un buen dinero y vería, de primera mano, la maldad de Valentina.

Cerramos la peluquería y nos marchamos a casa, pues al día siguiente tendríamos que levantarnos a las siete, y no podríamos abrir el local, ya que nos tocaba ir hasta el cortijo.

Por suerte, no quedaba muy lejos del pueblo, y en pocos minutos, en el coche, llegaríamos hasta allí.

Cuando le conté a mi madre lo que había hecho, se doblaba de la risa, pensando que habíamos hecho negocio de una decepción.

Nos fuimos a la cama pronto, en mi caso, algo nerviosa, pero no por tener que peinar a tanta gente, sino porque, después de tanto tiempo, volvería a ver a Pablo, aunque no me pudiera acercar a él.

Y llegó el momento tan esperado como temido, el de ponerme, frente a la familia de Pablo, esa que no había tenido el placer de conocer todavía, (léase con toda la ironía del mundo).

—Buenos días, venimos por encargo de la novia, somos las peluqueras del evento —le dije a la chica de recepción.

—Por favor, pasen por aquí, se ha habilitado ese salón para tal menester.

La chica nos llevó hasta donde tendríamos que trabajar y no me lo podía creer. La gilipollas de Valentina, en su afán por destacar, había montado un salón de belleza con todo lo necesario.

—Cuando termine la boda, si queréis, os podéis llevar todo, yo no lo quiero para nada —nos dijo Valentina.

—Ah, perfecto, pero por escrito, si no te importa, que no quiero que luego nos acuses de habértelo robado.

—Muy bien, enseguida vuelvo con el documento.

La vimos salir, mientras que iban entrando las primeras señoras. Sabíamos que era un trabajo titánico, pero, por suerte, ninguna era tan remilgada como para pedir algo extravagante.

La mayoría, tan solo quería que le alisáramos el pelo y le hiciéramos un semirrecogido, que hacíamos en menos de quince minutos.

A las cuatro y media de la tarde, apareció Valentina, con el documento en el que reconocía que nos cedía todo el material que había en la sala y que era para nuestro ejercicio laboral.

Además de eso, nos dijo que nos habían preparado algo de comer, antes de que llegaran el resto de las invitadas, y que nos lo traerían enseguida.

—Definitivamente, si mi nieta está loca, mucho más lo están sus padres. Esto es un derroche de dinero innecesario.

—Catalina, qué gusto verla.

—Si he venido, ha sido por vosotras, no por ninguno de ellos, que tan solo se dirigen a mí cuando hay gente delante, por aparentar cordialidad.

—Si quiere, puede quedarse aquí con nosotras.

—Creo que eso es lo que voy a hacer, decidme dónde me pongo para no molestar.

—Donde usted quiera, por nosotros no hay problema.

Terminamos casi a las ocho de la tarde. Las únicas que no habían pasado por el salón fueron ellas, la familia directa.

No había visto a Pablo, y eso me decepcionó un poco, pero al salir del salón, donde tendríamos que volver al día siguiente, para la boda, me di de bruces con él, que llevaba del brazo a Valentina.

—María, cuidado, no vayas a tener problemas con el bebé. Amor, ¿sabías que estaba embarazada?

—No, no tenía ni idea.

—Ya ves, al final, no te quería tanto como decía, y te ha buscado un sustituto pronto, hasta el punto de formar una familia.

—No hagas leña del árbol caído, Valentina.

—Pero si eso no es lo peor, amor. Lo peor es que, el padre de ese bebé es el ginecólogo que le lleva el embarazo a tu hermana Alejandra.

Os prometo que tuve que aguantar la risa. Si ella supiera… Vi cómo Pablo me miraba, interrogante, y negué con la cabeza, dejándolo más tranquilo.

Capítulo 30



Pablo

Esa insistencia que estaba poniendo Valentina en ir por esa zona, sabía que tenía una intención.

Ya su abuela, Catalina, me había advertido de que María y su hermana estaban en el cortijo, para que no se me notara mucho en la cara la ilusión que me haría verla.

Cruzamos un par de frases con ella, y no pude evitar fijarme en que estaba más guapa que nunca, el embarazo le había sentado muy bien.

María me dejó más tranquilo ante la afirmación de “mi prometida” de que tenía algo con su ginecólogo, negándolo con la cabeza, en un gesto de lo más sutil.

Os prometo que me entraron ganas de besarla hasta que se le gastaran los labios, pero no me lo podía permitir, tenía que resistir un día más.

Entramos al salón donde todos los invitados nos estaban esperando, y en el que tuve que hacer de tripas corazón, pues tuvimos que darnos un par de besos, que me supieron a hiel.

La cena no se me hizo tan pesada, gracias a la señora Catalina, que se sentó a mi lado y me fue contando cosas de cuando Valentina era pequeña, como si fuera lo más normal del mundo, cuando en realidad me la estaba describiendo como la persona malvada que era.

—¿Vais a dormir en la misma habitación esta noche, o lo haréis en estancias separadas? —preguntó su padre.

—Cariño, están a un paso de la boda… —respondió su madre.

—Por eso mismo, seguiremos en habitaciones separadas; no me gustaría que mi caballerosidad quedara en entredicho por un solo día —contesté.

Valentina me miró con los ojos abiertos, como platos, con una mezcla entre lo furiosa que estaba y lo incrédula que le parecía la situación.

Si pensaba que se lo iba a poner fácil, lo llevaba claro. Todavía no me conocía lo suficiente, ni ella, ni ninguno de los que estaban allí sentados, y que no tenían ni idea de lo que les esperaba al día siguiente.

Vi cómo mi madre se levantaba de manera súbita, como si hubiera visto algo o a alguien y no quisiera que se escapara.

Esperé unos segundos más y, cuando ya había salido de la sala, me levanté y la seguí.

—Disculpadme un momento, voy al baño.

Salí de esa sala apresuradamente, y la vi, a lo lejos, hablando con Mario, mi mejor amigo. Lo tenía sujeto por la solapa de la camisa, y le recriminaba como si lo estuviera echando.

Me escondí detrás de una columna, pues quería enterarme de todo lo que se estaba hablando entre los dos.

—Te he dicho que te largues de aquí —le decía mi madre.

—Señora Engracia, haga el favor de soltarme, le he dicho que no me pienso marchar, que mi presencia aquí no tiene nada que ver con la boda —contestaba mi amigo, muy tranquilo.

Estaba claro que Mario no quería armar un escándalo que impidiera que se cumplieran mis planes, y que, tal y como había dicho, su presencia no era por mí.

—Seguro, y yo te creo, cuando por vuestra culpa, mi hijo, casi se convierte en un desgraciado.

—Si su hijo se convierte en eso, no es por nuestra culpa, sino por la de sus padres y su familia, que no lo dejan ser como él quiere.

—¡Que te largues!

Después de ver gritar a mi madre de esa manera, salí de detrás de la columna, dejándome ver, e impidiendo que la cosa fuera a mayores.

—¿Qué está pasando aquí?

—Hijo, este… ser inmundo, que quiere colarse en la celebración preboda.

—Señora, ya le he dicho que no estoy aquí por eso. Así que, déjeme en paz.

—Mario, si no te importa, esto es una celebración privada, y no tienes invitación.

Tenía que jugar muy bien mi papel, para que mi madre no se diera cuenta de nada, mucho menos que nos habíamos visto hacía tan solo unas horas.

—Ni yo pretendo colarme, Pablo. Si estoy aquí es para recoger a mi novia, a la que tengo que ayudar a llevar todas las cosas.

—¿Tu novia? ¿Qué insensata ha confiado en ti? Porque hay que serlo, e inocente, porque con tus antecedentes…

—¿Qué antecedentes, señora Engracia? Porque, que yo sepa, no soy ningún delincuente.

—Un delincuente emocional, eso es lo que eres.

—Si es eso, ven y róbame el corazón, cariño mío —le dijo Carolina, que llegaba por detrás, junto a su hermana.

—Acabáramos, ya lo entiendo todo. Como que, Dios los cría y ellos se juntan —dijo mi madre, al ver quién era la novia.

—Así es, señora, por eso usted está rodeada de pajarracos, porque es una cacatúa —respondió Carolina.

Os prometo que tuve que hacer un esfuerzo titánico para no soltar una carcajada allí mismo, por el arte que había tenido mi futura cuñada al describir a mi madre y sus amistades.

—No te voy a consentir que…

—¡Eh! Pare usted el carro. ¿Quién coño se cree para consentirme o no algo?

—Soy la persona que paga todo esto…

—Mec, error, todo esto lo paga el padre de la novia, que es el que nos ha contratado a nosotras para peinar a las invitadas.

—A mí, desde luego, no me vais a poner una mano encima.

—Gracias a Dios y a la Virgen del Carmen, que no me quiero llevar todo el día rascándome. Es que, a mi hermana y a mí, usted nos provoca alergia.

Yo no podía apartar los ojos de María, que, para no lanzarse a mis brazos, agachaba la cabeza.

Agradecí que no hubiera abierto la boca, porque si mi madre le llega a decir algo, ahí sí que me hubiera lanzado a su yugular.

Justo estábamos viendo todo, cuando llegó un chico muy apuesto, al que reconocí de inmediato, pues era el ginecólogo de mi hermana.

—¿Ocurre algo, María? —le preguntó.

—Oh, nada que merezca su mención, Fernando.

—Entonces, recoge tus cosas, que nos marchamos.

Vi cómo ella se acercaba y le dejaba un beso en la mejilla, mientras que él le quitaba la bolsa que llevaba y se la colgaba al hombro, poniendo su mano en la parte baja de la espalda, para guiarla hacia afuera.

Noté cómo me hervía la sangre; eran celos, puros y duros, y tuve que reprimir mi deseo de ir hacia allí y quitarle esa mano de un cuerpo que tan solo era mío, de nadie más.

Pero luego, en frío, pensé que, gracias a él y a sus cuidados, mi hijo y ella se encontraban bien, así que, tenía que aguantarme los celos, porque María no lo iba a apartar de su vida, aunque todo saliera bien.

Respiré hondo y volví al interior de la sala, aunque me apetecía estar ahí, lo mismo que lo hacía que me atropellara un camión, pero tenía que cumplir.

—Ha llegado el momento del intercambio de regalos prenupciales —dijo mi padre.

—Sí, cierto, y ahora mismo voy a ir a anunciarlo —contestó el padre de Valentina.

Mi padre se acercó a mí y me dio una cajita de una joyería muy conocida; era alargada, y tenía toda la pinta de ser una pulsera.

—Espero que pongas mejor cara cuando me lo entregues —me dijo Valentina.

—Hija, es la que tengo, todavía no me toca sacar la de los domingos.

—Pon una sonrisita, al menos.

—Lo intentaré, pero no prometo nada.

Fuimos hasta una especie de escenario que había allí, y nos situamos al lado de nuestros padres.

Samuel, que me miraba desde la mesa en la que estaba situado, me hacía gestos de que sonriera y me portara como se suponía que un novio tenía que comportarse.

Pero es que no lo sentía así, ella no era mi novia ni quería casarme con ella, y os juro que, aun así, lo intenté.

Una sonrisa se pintó en mis labios, pero no porque me saliera de manera natural, sino porque tenía que hacerlo, y me quedó de lo más falsa, a juzgar por las fotos que me hizo el propio Samuel.

—Este es mi regalo para ti, Valentina —dije, entregándole la cajita.

Cuando la abrió, me quedé perplejo, pues había una pulsera de diamantes que le tenía que haber costado un pastizal. Esperaba que me la devolviera en cuanto se cortara el compromiso, porque yo pensaba hacerlo con su regalo, que todavía no sabía cuál era.

—Y este, es mi regalo para ti —me dijo ella, poniéndome en las manos una caja pequeña.

Pero el tamaño estaba sobrevalorado, porque, en su interior, había unas llaves de un coche, bueno, no, de un cochazo, porque era un Porsche Cayenne, cuatro por cuatro, que me dejó con la boca abierta.

—Está puesto a tu nombre, y lo tienes aparcado ahí afuera —me dijo su padre, al que no pude más que darle la mano.

Capítulo 31



María

Había llegado el día de la boda y después de arreglar a las invitadas que quisieron que lo hiciéramos, tanto Mario, como Fernando, que había venido a pasar el fin de semana, nos ayudaron a recoger los secadores y todo lo que Valentina nos había cedido.

Sé que lo hizo para demostrar su superioridad económica sobre nosotras, pero a mí me daba exactamente igual, porque renovó mi negocio de cabo a rabo, pues hasta los tocadores que habían puesto me llevé.

Mario había alquilado una furgoneta, en la que, tanto el uno como el otro, introdujeron todos los materiales, que dejaron en su interior hasta el día siguiente, en el que iríamos a organizar todo a la peluquería.

—Venga, que llegaremos tarde a la ceremonia —dijo Mario, apresurándonos.

—No sé qué insistencia, cuando va a terminar destrozándome el corazón —dije, pues todavía no estaba muy segura de que, lo que fuera a pasar, saliera bien.

—Te prometo que no te va a defraudar —contestó mi cuñado.

—Eso espero, o no tendrás calle para correr.

Mario soltó una carcajada y todos le seguimos. Mi hermana arrancó el coche y lo dejó cerca de mi casa, bueno, de nuestra casa, que estaba muy cerquita de la Plaza Mayor, donde habían colocado un altar y una pantalla gigante.

Decir que estaba nerviosa era quedarme muy corta, pues me temblaban hasta las pestañas, y mi niño estaba igual que yo, pues no paraba de moverse.

—Hermana, parece que tienes un alien en la barriga. ¡Qué manera de moverse!

—Ni que lo digas, Carol, parece un bailarín de break dance.

Nos situamos al fondo de la plaza y cuando más tranquilas estábamos, apareció la misma muchacha que vi en la consulta del ginecólogo, con un avanzado estado de gestación.

—Alejandra, ¿qué te ocurre?

—Fernando, buenas tardes. Nada, me gustaría hablar con tu novia un momento.

—¿Qué novia?

—Con ella. María te llamas, ¿verdad?

—Sí, y no sé qué tenemos que hablar nosotras, cuando ni siquiera te conozco.

—Mi nombre es Alejandra, y soy la hermana de Pablo. Vengo a pedirte perdón, ya que mi hermano no me deja acercarme a él.

—Pues, si él no te lo permite, es por algo. Por eso, yo tampoco lo haré.

—María, por favor, no sabía lo que mis padres tenían pensado. Si lo llego a saber, te prometo que…

—Que lo hubieras hecho igual, Alejandra. Estás completamente manipulada por tus padres, así que, no digas tonterías —le dijo Mario, de manera muy dura.

—Estoy atada de pies y manos, no quiero perder a mis hijos, y me tienen amenazada con ellos, con decirle a mi marido que no son suyos.

—¿Es eso cierto?

—Completamente. No estoy enamorada de mi marido, y si comparto lecho con él, es porque no tengo más remedio, o…

—¿O qué, Alejandra? —preguntó Fernando.

—O me toma por la fuerza. Jamás se lo he dicho a nadie, porque no me entenderían.

—Eso que estás diciendo es muy fuerte, y tendrás que demostrarlo de algún modo, si quieres que te ayudemos —le dijo Mario.

—Entiendo que, después de mis antecedentes familiares, no podáis confiar en mí, pero puedo demostrarlo.

—Está bien, dejemos pasar la boda, y mañana te espero en mi consulta. Ven sola y trae todas las pruebas —le dijo Fernando.

—Sabes que no me dejarán ir sola, vendrá mi madre o mi marido conmigo.

—Bueno, tú lleva todo eso que dices, y yo encontraré la manera de que estemos a solas.

—Gracias. Ojalá pudiera hacer algo para que esta boda no se celebrara y para que mi hermano y tú fuerais felices.

—El tiempo lo dirá —dijo Mario.

En cuanto vio que su madre se estaba acercando, Alejandra cambió el tono y el tema, y supimos el motivo en cuanto la señora Engracia llegó a nuestra altura.

—Espero que os vayáis, aquí no sois bienvenidos —nos dijo Alejandra.

—Eso mismo iba a decir yo, que os larguéis, que esto es una ceremonia privada —dijo Engracia.

—En un lugar público de mi pueblo, en el que estoy censada desde que nací, en cuyas calles corrí y en el que, fíjese usted por donde, todavía vivo y pago mis impuestos —le contesté.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que, si todo esto se está haciendo de este modo, es porque los vecinos lo hacemos posible. Así que, haga el favor de no molestar y vaya a ejercer de madrina, que el novio la está buscando.

Me echó una mirada de odio y de desprecio que pondría los vellos de punta a cualquiera, pero como yo no era cualquiera, pues como que me dio exactamente lo mismo.

Encaminó sus pasos hasta el altar, donde ya estaba Pablo, con el que crucé una mirada que me supo a gloria, y que lucía verdaderamente guapísimo.

Vimos llegar a Valentina como si fuera una diva, con un vestido en el que se le marcaban hasta las amígdalas, y de lo más ordinario.

Era todo transparencias, con algunos encajes tapando las zonas más comprometidas, de manera estratégica.

Pablo la miró y os prometo que lo único que vi en sus ojos fue indiferencia, al contrario que en casi todos los hombres que acudieron a la boda.

El padre Samuel, al que habíamos cortado el pelo aquel día, y que era un hombre realmente excepcional, empezó con la ceremonia.

Y llegó el momento trascendental, uno que me ponía los vellos de punta, mientras que ella giró la cabeza hacia mí, como diciendo: “Te jodes, pero la que se casa con él, soy yo” y que estaba doliendo como si me atravesaran con un hierro ardiendo.

—Valentina Camacho, ¿aceptas a Pablo Gil como esposo, y prometes serle fiel, en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de tu vida? —preguntó Samuel.

—Sí, acepto —dijo ella, de lo más orgullosa.

—Pablo Gil, ¿aceptas a Valentina Camacho como esposa, y prometes serle fiel, en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de tu vida? —volvió a hacer la misma pregunta el sacerdote.

—No, no acepto —contestó Pablo.

El murmullo y las caras de desconcierto fueron la tónica entre todos los asistentes, que se miraban unos a otros, sin saber cómo actuar o qué decir.

—¿Qué estás haciendo, Pablo? —murmuró Valentina, pero como había micros, todos nos enteramos.

—Desenmascararte delante de todos.

—¡No me puedes hacer esto!

—Señoras y señores, estén muy atentos a la pantalla, si son tan amables.

En ese momento, en la pantalla que estaba sobre la fachada de la iglesia, empezaron a mostrarse imágenes de Valentina en situaciones comprometidas, con otros hombres que no eran Pablo, y mucho antes de que se conocieran.

—Señor Camacho, como podrá comprobar en estas imágenes, no fui yo el que le quitó la virginidad a su hija y, por lo tanto, no estoy "obligado a reparar su honor" —le dijo Pablo.

Me fijé en que Alejandra empezó a reír a carcajadas, por las agallas que había tenido su hermano, mientras que sus padres, lo miraban con la cara descompuesta.

—¡Que paren esto, ahora mismo! —gritó Jaime, el padre de Valentina.

—Esto no ha terminado, ni se va a quedar así —amenazó Valentina, pero su padre la frenó.

—Más vale que te calles, Valentina, porque a quien se le ha terminado todo, es a ti. Me has hecho pasar la mayor de las vergüenzas, delante de gente importante.

—¿Qué quieres decir con eso?

—De momento, te largas del país, ya veré dónde te puedo meter a que cures tu adicción al sexo, porque está claro que eso es lo que padeces.

—¿Qué estás hablando, papá? ¿Yo no padezco nada de eso? ¡No me puedes recluir!

Su padre se la llevó del brazo, jalándola, ante los comentarios y miradas maliciosas de las personas que estaban delante.

Me fijé en cómo, los padres de Pablo se levantaban para ir a reclamarle algo, pero su hermana se interpuso entre ellos. Lo que le dijo, no lo sé, porque desde donde estábamos no se oía, pero sí que vimos cómo su madre se desmayaba.

—Estas son las bodas que me gustan a mí, entretenidas —dijo Carolina.

—Pues espero que en la nuestra no pase nada de eso, o te cargo a hombros y te encierro en el primer lugar que encuentre —respondió Mario, haciendo que todos soltáramos una carcajada.

Me di la vuelta, con la intención de volverme a casa. No quería ser la segunda parte del espectáculo, pero Fernando me frenó.

—¿No vas a ir a buscar a tu chico?

—No fui yo la que desapareció. Si quiere verme, ya sabe dónde encontrarme.

—¡Ole ahí! Esa es mi chica, con dos ovarios bien puestos.

Antes de marcharme, lo miré, y estaba hablando con Samuel y con su hermana, mientras que otro hombre y su padre, atendían a su madre, que no tenía más que un ataque por la falta de control.

Capítulo 32



Pablo

El caos se apoderó de la celebración, mientras que yo seguí allí, en el altar, y junto a una de las personas que más me había ayudado a conseguir mi libertad, el padre Samuel.

Vi cómo mi madre, presa de la ira, se levantaba y venía hasta mí, con la intención de echarme la bronca, pero me daba exactamente igual.

—Eres la vergüenza de la familia, nos has dejado en ridículo a todos, pero no te saldrás con la tuya, irás de cabeza a un monasterio…

—No va a ir a ninguna parte —dijo mi hermana—. Al igual que yo, que tampoco seguiré con mi matrimonio.

—¿Qué coño le estás diciendo a tu madre, Alejandra? —preguntó mi padre.

—Que no voy a seguir sometida a un hombre que me toma a la fuerza, que me pega y me amenaza con decirle a todos que soy una puta, porque mis hijos no son suyos —contestó mi hermana.

Vi cómo mi madre se desmayaba, pero no me moví; no es que me hubiera vuelto un insensible, simplemente es que, igual que a ellos no les importaba mi futuro, a mí tampoco me importaba el suyo.

Mi hermana Alejandra, vino a mi lado y, tras mirarnos, abrí los brazos, y la refugié contra mi pecho, en un abrazo que me supo a casa, a hogar, a lo que teníamos cuando éramos pequeños.

—Gracias, Pablo.

—Gracias… ¿Por qué?

—Por no rendirte, por demostrarme que, después de todo, se puede salir de las garras de nuestros padres. No tengo dónde caerme muerta y sé, a ciencia cierta, que mi marido no me dejará llevarme nada, pero, por primera vez, me siento libre.

—Eso es lo más importante, Alejandra. Con respecto a lo demás, ya lo solucionaremos, pero que sepas que no estás sola, nunca lo has estado.

—No sabes lo que significa eso para mí. No quiero que nada ni nadie nos vuelva a separar, jamás.

Alejandra traía a mi sobrino de la mano, no se había separado de él en todo el día, y lo cogí en brazos. Había crecido mucho, pero seguía siendo tan bueno como siempre.

—Estás enorme, Alex —le dije.

—Ya tengo tres, tío Pablo —me contestó con su media lengua.

—Es verdad, ya mismo tienes que afeitarte el bigote.

Mi sobrino soltó una carcajada, mientras que mi hermana nos miraba a los dos, entre lágrimas. Vi que su marido se acercaba a nosotros, y noté el terror en la mirada de Alejandra, así que, la coloqué detrás de mí.

—Pienso demostrar que esos niños no son míos, entre otras cosas porque soy estéril y no puedo tener hijos.

—¿Qué pretendes amenazando con eso? —le pregunté.

—Que le voy a quitar el apellido al mayor y no pienso reconocer al pequeño, y así, si se divorcia, se irá con una mano delante y otra detrás, no será

capaz de darle ni un plato de comida a sus hijos.

—No necesita nada, me tiene a mí —le dije.

—Y a mí —dijo un chico, que no había visto en mi vida.

—¿Mateo? ¿Qué haces aquí? —preguntó ella, llorando.

—Venir a por mi mujer y mis hijos, y obligarte a que dejaras a tu marido, de una vez por todas, pero no me ha hecho falta, ya lo habías hecho tú antes —le respondió.

Mi hermana se lanzó a sus brazos, como si fuera todo lo que había necesitado en su vida.

Resultó que Mateo era profesor en el mismo colegio en el que yo había cogido mi plaza, tan solo que él impartía la asignatura de Educación Física, mientras que yo entraría como tutor en la clase de tres años.

Me cayó bien al instante, además de porque era un tipo de lo más sencillo, porque no tendría a mi hermana lejos, sino que estaríamos a unas casas de diferencia.

Mateo había comprado una de las casas del pueblo, cansado ya de estar yendo y viniendo todos los días desde la ciudad.

—Recibirás noticias de mis abogados —le dijo su futuro exmarido.

—Y tú también, porque pienso denunciarte por todo lo que me has hecho durante estos años, y que puedo demostrar, aunque no te lo creas.

—¿Me estás amenazando, Alejandra?

—No, te estoy advirtiendo.

Viendo la determinación y seguridad que tenía mi hermana, me atreví a hablar por ella, ya que sabía que Mateo, mi nuevo cuñado, me respaldaría.

—Es más, ahora mismo vamos a ir a tu casa a sacar todas las cosas de mi hermana y de mi sobrino. ¿Verdad, Mateo?

—Claro que sí, en cuanto lleguemos al coche.

—Está bien, la dejaré que recoja todo, pero a cambio, quiero que firmemos un documento de divorcio de mutuo acuerdo y, por supuesto, no me va a denunciar.

—Perfecto, pero le quitarás el apellido al niño, y no te podrás acercar a él. Además, la compensarás con un buen dinerito por los años en los que ha estado a tu lado —le dije.

Lo vi pensando, pero al final, y después de dos o tres minutos, asintió. Dijo que tendría preparado el documento para cuando termináramos de sacar todo de la casa.

Fui hasta dónde estaban mis amigos, dejando allí a mi hermana con su pareja, que tenía al niño en brazos y que se mostraba de lo más cariñoso con él.

Por primera vez, estaba viendo a Alejandra feliz, era como si todas las piezas del puzle de su vida empezaran a encajar.

—Pablo, ¿podemos hablar un momento? —me dijo Jaime, interceptándome.

—Si vienes a por las llaves del coche, ahora mismo te las doy…

—No, ese coche está a tu nombre, y es tuyo, por todo lo que te hemos hecho pasar.

—No hace falta, de verdad que no.

—Sí que lo hace, pero no es eso lo que venía a hablar contigo.

—Tú dirás.

—Quiero pedirte disculpas, por estar tan cegado con mi hija, por no ver la maldad en sus acciones y, sobre todo, por haber escuchado a tus padres, que son iguales que ella.

—Yo lamento tener que haberlo hecho de este modo, pero era la única manera que encontré para que os dierais cuenta y poder salir de las fauces de

mis padres.

Nos fundimos en un abrazo, despidiéndonos y diciéndonos que podíamos contar con el otro para lo que necesitáramos.

No había dado ni dos pasos, cuando me encontré con que mi padre me intentaba cortar el paso.

—Recoge tus cosas, que te vienes conmigo, ya.

—Eso no te lo crees ni tú, y ahora, aparta, que tengo cosas que hacer.

—No tienes dónde caerte muerto, porque, por si no lo sabes, están todas tus tarjetas y cuentas bloqueadas.

—Mira qué bien, eso es lo ideal para empezar de cero. No quiero nada vuestro.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a vivir del trabajo de esa, de una simple peluquera?

—Para empezar, esa, como tú dices, tiene un nombre, y se llama María. Y para que te quede claro, no, no tengo ninguna intención de vivir de su trabajo, sino del mío.

—¿El tuyo? No tienes nada, parece que te has olvidado de que renunciaste a él.

—No, el que no se ha enterado de la película eres tú. Yo sigo teniendo mi plaza, aquí en el colegio del pueblo.

Lo aparté de mi camino, cuando lo escuché gritar que no fuera a buscarlos si me quedaba sin dinero, si quería volver a mi casa porque no me salieran bien mis planes.

Por fin, llegué hasta donde estaban Mario y Fernando, el ginecólogo de mi chica, a la que no vi por ninguna parte, dicho sea de paso.

—Eres Fernando, ¿verdad?

—El mismo que viste y calza.

—Gracias, amigo, por cuidar de mi chica y de mi hijo.

—De nada, era mi obligación, igual que la tuya es ir a buscarla y demostrarle todo lo que la amas.

—¿Dónde está?

—Se ha marchado a su casa. Decía que no quería ser parte del espectáculo, que, si tenías que hablar con ella, ya sabrías cómo hacerlo —me dijo Mario, que me dio un abrazo.

—Ahora mismo iré a buscarla, pero, antes, tengo que pediros un favor.

Le expliqué lo que había sucedido con mi hermana, y Mario, que la conocía desde que éramos pequeños, no dudó en ofrecerse para ayudarla, al igual que Carolina y Fernando.

—Gracias, chicos. Tomad, llevaos mi coche, que es grande y podréis cargarlo bien —les dije, tendiendo las llaves a Mario.

—Cuñado, andas que vas descalzo. ¡Vaya pedazo de coche! —exclamó Carolina.

Casi sin darse cuenta, le quitó las llaves a mi amigo, que la miró sorprendido por lo que había hecho.

—No pienso dejar que lo conduzcas.

—Pero, como no es tuyo, es de mi cuñado… ¿Me lo prestas, Pablito?

—Todo tuyo, puedes cogerlo cada vez que te plazca.

—Amigo, no sabes lo que has hecho al decirle eso —dijo Mario, y todos soltamos una carcajada por la manera en la que lo miró su chica.

Encaminé mis pasos hasta la casa de María, tenía tanto que explicarle y que contarle, que rezaba para que entendiera mi postura y me diera la oportunidad de ver crecer a mi hijo, los tres juntos.

Capítulo 33



María

Empezaba a ponerme nerviosa, porque había pasado más de una hora y no había ni rastro de Pablo.

La casa se me estaba asemejando a una jaula y cuando pensaba salir a dar un paseo, entre otras cosas para ver si me enteraba de algo, llamaron a la puerta.

Como no sabía quién podía ser, y no me fiaba de que Valentina viniera a reclamarme algo, miré por la ventana del salón antes de abrir.

Pero no, no era Valentina, ni nadie que viniera a recriminarme nada, se trataba de Pablo, que esperaba ansioso, a que le abriera la puerta.

—María…

No me hizo falta nada más, me lancé a sus brazos y lo besé, como deseaba hacerlo desde que lo volví a ver el día anterior, con pasión, con hambre, con ganas.

Sabía que teníamos que hablar, que teníamos mucho que contarnos, pero ahora, en este instante, lo único que quería y deseaba era sentirlo, como nos sentimos la noche antes de su marcha.

—Espera, tenemos que hablar, no quiero que…

—Lo sé, pero no ahora, ya lo haremos luego, o mañana, o cuando me canse de sentirte.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres?

—Como que me llamo, María Valero.

Él soltó una carcajada, porque era lo que siempre me respondía cuando la pregunta la hacía yo.

Me cogió en brazos y sin dejar de besarnos, me llevó hasta mi habitación, donde me recostó en la cama.

No os puedo decir cómo lo hizo, porque estaba tan consumida por la pasión y el calor de sus besos, que ni me di cuenta, pero, antes de posarme en la cama, ya estábamos los dos completamente desnudos.

El tamaño de mi vientre no fue un inconveniente, pues me giró y me situó de tal manera que, no solo lo sentía en lo más profundo de mi ser, sino que lo disfruté como nunca antes lo había disfrutado.

No fue sexo por sexo, no, estábamos haciendo el amor, y me estaba dejando claro, con sus gestos, lo mucho que nos amábamos.

El tiempo se nos pasó volando, disfrutando del cuerpo del otro de todas las maneras habidas y por haber, hasta caer rendidos en la cama, sin apenas aliento.

—Dios mío, María, no sabes lo mucho que te he echado de menos.

—No más que yo a ti.

—Tienes que contarme todo lo referente al embarazo, me hubiera encantado saberlo desde el principio.

—Lo intenté, te llamé y te envié mil mensajes de WhatsApp, pero ninguno te llegaba, y pensé que me habías bloqueado.

—Para nada, ojalá y hubiera podido hablar contigo a diario…

Me contó que, tras la llamada de su hermana, salió corriendo, pensando que su padre había sufrido un infarto o algo.

—Nada más llegar, me di cuenta de que era todo una trampa, y me quitaron el móvil, dejándolo inutilizado, y entregándome otro que estaba completamente capado.

—No entiendo cómo tus padres pueden ser así, de verdad.

—Uy, pero te fuiste antes de ver el fin de fiesta.

Pablo me contó, entre risas, cómo su hermana también se había revelado, y cómo a su madre casi le da un infarto, así como las amenazas que le había procurado su padre.

—¿Qué tienes pensado hacer, Pablo?

—Vivir con mi familia, que sois tú y el niño, además de mi hermana y mi cuñado y todos los nuestros.

—No piensas tener contacto con tus padres, por lo que veo.

—Ves bien, porque no los quiero cerca de nosotros, ni siquiera a mi hermano, que es igual que ellos.

—Pues a mí, tan solo me queda respetar tu decisión.

—Y ahora, hablemos de lo realmente importante, que somos nosotros tres.

—¿A qué te refieres?

—María, tengo plaza en el colegio de este pueblo, y empiezo en septiembre, pero, hasta entonces, no tengo ni un céntimo, vaya, ni siquiera un techo bajo el que guarecerme.

—¿Me estás hablando en serio? ¿Tú eres gilipollas, o te lo haces?

—Completamente. Con respecto a la segunda pregunta, un poquito también, para qué lo voy a negar.

—Dinero no te hace falta, porque está el mío que, a partir de este momento, será el nuestro, y, ¿qué mejor techo que el que tenemos encima?

—Sabía que no eras igual a las demás chicas con las que he estado, que no me dejarías a mi suerte.

—Por supuesto que no, eres mi pareja y el padre de mi hijo. Porque… lo somos, ¿verdad?

—Y se me llena la boca al decirlo.

Nos volvimos a besar, sin tener ninguna intención de salir de la cama, hasta que mi vientre empezó a moverse.

Lo vi poner la mano en él, notando cómo nuestro hijo se movía, y me fijé en que las lágrimas corrían por su rostro.

Se acercó a mi vientre, y se dispuso a hablarle al bebé, haciendo que ahora fuera yo la que llorara.

—Hola, peque, soy papá. Sé que, hasta ahora, no me habías escuchado, pero te prometo que, a partir de este momento, no vas a dejar de escucharme ni un solo día.

—Eso suena a amenaza, más que a otra cosa.

—¿Qué dices, chavala? Esa es una de las muchas muestras de amor que voy a tener con vosotros, con mi familia.

—Por cierto, todavía no hemos elegido el nombre, y no puedo seguir llamándolo garbancito.

—¿Cuáles tienes pensado? Porque, digo yo, alguno tendrás por ahí.

—Me gustan mucho, pero, en el fondo, me da igual. Tan solo quiero que no sea un nombre que haya en la familia.

—Entonces, por mi parte lo tengo claro. ¿Qué te parece llamarlo Nacho?

—Me encanta. Además es un nombre que estaba entre los seleccionados.

Nuestro hijo se volvió a mover, y eso era señal inequívoca de que tenía hambre, por lo que, me levanté, me puse una bata y me dirigí hasta la cocina.

Pablo se vino detrás y tras cogerme en brazos, me sentó en uno de los taburetes, sin permitirme hacer absolutamente nada.

—No quiero que te muevas de ahí, ahora me toca a mí mimarte todo lo que pueda.

—Está bien, porque tampoco es que tenga yo muchas ganas de hacer nada.

—Tienes que estar agotada, tanto del día de ayer como por el trabajo de hoy.

—La verdad es que sí, que tengo una pesadez en las piernas que me impide moverme con la agilidad con la que lo hago a diario.

Pablo se movía por mi cocina como si lo hubiera hecho toda la vida. Se puso a sacar ingredientes y me hizo unos espaguetis a la carbonara que estaban de miedo, así como unos filetes de pollo en salsa con champiñones, a los que me costó dejar en la olla, porque, si seguía comiendo, me sentaría mal.

Después de eso, preparó unas copas de helado con galletas que parecían sacadas del catálogo de una heladería.

—¿Dónde vas?

—No toques nada, que esa copa se merece una fotografía.

—¿Sabes que estás como una cabra?

—Sí, pero ya me conociste así, no hay opción de devolución, lo siento.

Le saqué una foto a ese helado, pero con nuestras manos entrelazadas en el pie de la copa, y no dudé en subirla a mis redes sociales.

"En esta foto está reflejada la felicidad de dos personas que se quieren y que, muy pronto, serán tres. A ti que estás viendo esto y estás agobiado o agobiada, no te rindas, que la perseverancia tiene su recompensa".

Ese fue el pie de foto, pues no podía dejar tan solo la foto; tenía que explicar su significado, y el momento de nuestras vidas en el que nos encontrábamos.

—No podías haberlo explicado mejor, mi amor.

—Estuve a punto de tirar muchas veces la toalla, incluso pensé en marcharme de este pueblo.

—Sé que lo pasaste muy mal, que los comentarios te hacían mucho daño, y me hubiera gustado estar a tu lado, impedir todo ese dolor.

—¿Sabes? Si tuviera que pasar otra vez por todo eso, sabiendo que el final es este, no dudaría en hacerlo.

—Yo, lo único que quitaría de toda esta ecuación, es el dolor y los malos momentos que tuviste que sufrir. Eso me pesará durante toda la vida.

—Tú tampoco lo pasaste bien, Pablo.

—Para nada, pero, al fin y al cabo, era mi problema, mi familia la que me lo causaba, pero tú…

—Yo también era parte de esa familia, pero intentando sostenerme y no ir a buscarte, como me sugerían todos.

—No sé qué hubiera sucedido si te plantas allí, la verdad.

—Yo sí que lo sé, viendo cómo son tus padres, te habríamos perdido para siempre.

Era la primera vez que hablábamos de este tema y de esta forma, tan sincera, y poniendo todas las cartas bocarriba.

—¿Piensas que volverán a intentar separarnos, Pablo?

—No, porque no se lo voy a permitir. Mis padres, desde este momento, están muertos para mí.

Capítulo 34



Pablo

Tras pasar uno de los mejores días de mi vida, junto a mi chica y mi futuro bebé, decidimos salir a ver a mi hermana y a mi nuevo cuñado, por si necesitaban que les echara una mano.

—Bien te has escaqueado, cuñado —me dijo Carolina, en cuanto me vio.

—Y tú bien que te has aprovechado de la situación, o no hubieras conducido mi nuevo coche.

—Tienes razón, me pongo una cremallerita, mejor.

Hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera, y eso provocó que todos soltáramos una carcajada.

Después de eso, quise hablar con mi hermana, para que me dijera cómo se sentía, qué tal había ido todo y si, por fin, se había librado del malnacido ese.

Podéis pensar que mi hermana estaba siendo egoísta y no estaba mirando por las mujeres que pudieran venir detrás de ella, pero yo, me ponía en su pellejo, y la entendía.

Había sufrido tanto que, en este momento, lo único que quería era salir de allí lo antes posible, casi sin mirar atrás y eliminarlo de su vida para siempre.

—¿Qué tal ha ido todo, Alejandra?

—Podría haber ido peor, Pablo, no me voy a quejar.

—¿Te ha puesto algún impedimento para que te llevaras algo de la casa?

—¿Alguno? Me ha puesto todos los del mundo, pero bueno, ya he salido de allí, que es lo importante.

—Joder, sabía que tenía que haber ido contigo, pero tenía que hablar con María, y…

—Y has hecho lo correcto. Demasiado habéis sacrificado ya por todo el mundo. Ahora, os toca a vosotros vivir y disfrutar.

—Bueno, cuéntame qué es lo que has podido sacar y lo que te hace falta.

—En realidad, he podido sacar todo lo de Alex, mi ropa y mis enseres personales.

—Entonces, ¿qué es lo que no te has podido llevar?

—Las joyas que él me ha ido regalando en estos años, aunque sí que he cogido las que eran mías, las que me regalaron papá y mamá, y las que yo me había comprado.

—Bueno, no me parece justo. Al fin y al cabo, eran regalos, por lo que eran tuyas.

—No he querido discutir, Pablo. También me ha dado seis mil euros como compensación, porque decía que poco había hecho por él, que en la casa siempre teníamos servicio.

—El caso es que te has deshecho ya de esa vida.

—Por supuesto, y nada me hace más feliz que sentirme libre. Ahora, tendré que ir viendo algún lugar en el que trabajar, aunque sin estudios…

Justo estaba diciendo eso cuando llegó María, que se enteró del comentario que había hecho mi hermana.

—Alejandra, no sé si lo que voy a proponerte será de tu agrado, pero, después de hablar con Carolina, hemos llegado a un acuerdo.

—Si es de trabajo, cualquier cosa que me propongas, será bienvenida, aunque sea para limpiar el local.

—No, mujer, no es eso, aunque es un trabajo de lo más honrado. ¿Te parece si te ocupas tú de la recepción del local?

—Eso sería un sueño, pero desde ya te digo que no tengo ni idea de nada.

—Verás, te encargarías de contestar al teléfono, coger las citas y cobrar, no es nada del otro mundo. Tendrías un contrato de ocho horas y un sueldo de unos mil euros; de momento no te podemos dar más.

—¿Estás de coña? Con eso sería yo la reina del pueblo.

Ver la ilusión en los ojos de mi hermana me llenó de alegría, pues hacía muchísimo tiempo que no la veía de ese modo.

—Eso sería hasta que des a luz y te incorpores después de la baja de maternidad. Por supuesto, cuando nazca el niño seguirás contando con el dinero de la baja, que será un poco menos, pero te ayudará bastante.

—Cuando me cumpla la baja maternal, ¿tendré que buscar otro empleo?

—No, pero las funciones serán diferentes. Para empezar, harás un curso de estética que costearemos nosotras, y serás la encargada de dar ese servicio en la peluquería.

—Eso sí que sería un sueño, tener una formación que me permitiera sentirme útil.

—Alejandra, ya te he dicho que te tomes las cosas con calma, que tengo dinero ahorrado y que, con mi sueldo, podemos vivir los cuatro tranquilamente —le dijo Mateo, que se acercó a darle un beso.

—Lo sé, pero quiero sentirme realizada, no ser un mueble más dentro de la casa, y me gustaría que me entendieras.

—Claro que te entiendo, mi amor, y todo lo que quieras hacer, los conocimientos que te apetezcan tener, yo siempre estaré ahí, para apoyarte.

Mi hermana y María se sentaron en el sofá, mientras que los demás nos dedicamos a dejar las cajas dentro de la casa y Mateo se dedicaba a ir guardando todo.

Aun sin saber si mi hermana iba a decir que sí, él había montado ya dos habitaciones para los niños, ya que, Alejandro cumplía tres y tenía otras necesidades a las que tendría su hermana, que se llamaría Marina.

Subí a echarle una mano, sobre todo en las cosas del niño, que tenía mil y un trastos, entre juguetes, ropa y demás.

—Mateo, cuídalos, por favor, no se merecen menos.

—¿Sabes lo que me ha dicho Alex en cuanto que se ha dado cuenta de que vivirán aquí?

—No tengo ni idea, porque ese niño es una cajita de sorpresas.

—Pues me ha preguntado si ahora seré su padre. Al decirle que sí, ha venido a darme un abrazo y me ha dicho: "Gracias, papá, contigo estoy seguro de que vamos a reír más que llorar".

—Te lo he dicho, se fija en todo y seguramente, habrá visto tantas veces a su madre llorar que ya no quiere eso para ella.

—Me lo he comido a besos y a cosquillas, haciéndolo reír hasta que casi se ahoga. Son mi vida, Pablo, y sé que tú, mejor que nadie, me comprendes.

—Y tanto que te comprendo. Si yo he pasado estos meses que me faltaba hasta el aire, me imagino lo que habrás tenido que pasar tú.

—Un infierno, cuñado, te lo puedo asegurar.

Al final, mi cuñado pidió pizza para cenar y lo hicimos allí, con ellos, entre risas y comentarios de mi amigo hacia su chica.

—Carolina, si no queremos quedarnos atrás, será mejor que nos pongamos manos a la obra, o serás la única que no tenga un bebé que pasear.

—Ah, no, también está Carmen, por eso no te preocupes.

—Amiga, habla por ti, que yo… —dijo nuestra amiga, sonriendo.

—¿Estás embarazada? —preguntó mi cuñada.

—Sí, y por eso hemos decidido que nos vamos a vivir juntos, y lo haremos aquí, en la casa de mi abuela —contestó Carmen.

—¿Y el trabajo? ¿Iréis y vendréis todos los días? —preguntó Mateo, que sabía lo que era eso.

—No, mi banco va a abrir una sucursal aquí, de hecho, empezaremos después de Navidad, y Sergio ha conseguido un trabajo, conmigo.

—Seremos los dos únicos trabajadores del banco, eso sí, allí mandará ella, que será la directora —dijo nuestro amigo, haciendo como que temblaba de la impresión.

Todos empezamos a reír, menos Carolina, que miraba a las chicas, una por una, hasta que, en un momento determinado, preguntó en voz alta.

—¿Alguien tiene una prueba de embarazo que le sobre?

—¿Tienes un retraso? —preguntó María.

—Hija, eso lo tengo desde que nací, pero no me va a decir si estoy embarazada o no.

Soltamos una carcajada y cuando nos quisimos dar cuenta, Mario ya no estaba, había salido como las balas, a buscar una prueba a la farmacia.

En el pueblo, y como la farmacéutica vivía al lado, si alguien tenía una urgencia, un sábado por la noche, como era hoy, ella le dispensaba lo que necesitara.

—No te puedes imaginar lo que me ha costado dar con esa mujer, y que me quisiera atender —dijo Mateo, entrando con una bolsita.

—Normal, esto no es una urgencia, podíamos haber esperado hasta el lunes.

—No lo será para ti, porque, si tengo que esperar hasta el lunes, el niño nace huérfano, te lo aseguro.

Mi cuñada, casi sin poder levantarse de la silla, por la risa que le entró, cogió la prueba y entró en el baño, seguida de todas las chicas.

—Que digo yo que, quien tendría que estar ahí, soy yo, que seré el padre —gritó Mario desde el pasillo.

—¡Calla, coño, que la desconcentras y no puede hacer pis! —le gritó alguna desde el interior del baño.

—Al final, entre tanto niño, voy a tener que poner una guardería —dijo Mateo, riendo.

—Ah, pues conmigo no contéis, con el trabajo que me ha costado conseguir mi plaza —les dije, levantando las manos en señal de inocencia.

Cuando las chicas salieron del baño, y me fijé en la cara de María, supe que seríamos uno más dentro de unos meses, y eso me llenó de alegría.

Capítulo 35



María

Habían pasado ya dos meses desde el día de la “no boda”, como lo habíamos bautizado, y Alejandra se había incorporado como recepcionista.

De sus padres, que eran los mismos que los de Pablo, no volvimos a saber nada más, pero ese día la noté un tanto extraña.

—Alejandra, ¿te ocurre algo?

—No lo sé, María, me noto como nerviosa.

—¿Quieres que te traiga un poquito de agua? Ven conmigo, siéntate en el sofá.

—Si me siento ahí, tengo que llamar a la grúa de la obra del parque para que venga a levantarme.

—Desde luego, qué exagerada eres, hija mía.

—Exagerada, dice, y no me veo ni los pies. Mateo me tiene que poner los zapatos a diario. Si cualquier día lo cojo dormido, vengo con uno de cada tipo, porque como no los veo.

Soltamos una carcajada que, en su caso, se frenó de golpe, al notarse algo, pues se llevó las manos al vientre.

—Alejandra, ¿qué tienes?

—Me ha dado un dolor en el vientre bajo, creo que me he puesto de parto.

Fue decir eso, y ver un charquito en el suelo, a sus pies, y el vaso de agua no se había derramado, pues lo tenía yo en las manos.

—¡Carolina, llama a Pablo, que su hermana se ha puesto de parto!

—Voy corriendo, bueno, voy, que eso de correr…

Mi hermana Carol también estaba embarazada; el resultado que arrojó la prueba fue un positivo como una casa, y estaba ya casi de cuatro meses, pero traía gemelos.

Recuerdo la risa que le entró a Fernando cuando fuimos a la primera revisión suya, la enésima mía y de Alejandra, porque nos programó a las tres a la vez, para que aprovecháramos el viaje.

Mi hermana lo miraba, pensando que era una broma suya, hasta que le enseñó la imagen en el monitor. Se le bajó hasta la tensión.

Por eso, por el embarazo múltiple, la pobre iba como un pato mareado, porque tenía la misma barriga que yo, estando yo de casi cuarenta semanas, y ella, de poco menos de la mitad.

—Estos niños me van a partir por la mitad, os lo prometo.

—No seas exagerada, Carolina, que tampoco es para tanto.

—Ojalá y la próxima vez que os quedéis embarazadas alguna de las dos, lo hagáis de trillizos, para que lo comprobéis en vuestras carnes.

—A mí no me mires, que yo, con la parejita, voy en coche de caballos —dijo Alejandra, en el intervalo entre una contracción y otra.

—Desde luego, hija, qué mala persona eres…

Estaba diciendo eso, cuando entraron, tanto Pablo como Mateo, con el niño de la mano, pues su madre lo había apuntado en el mismo colegio en el

que trabajaban su padre y su tío.

El niño se quedó con mi madre, que pasaba por allí para preguntar no sé qué, porque ni la dejamos hablar, y el resto, nos fuimos hasta el hospital de la ciudad.

Por suerte, no estábamos a más de media hora y el tráfico era fluido. Por el camino, llamamos a Fernando, que nos esperaba en la puerta del hospital.

—No sé cómo voy a pagar el hospital, mi madre me canceló el seguro —dijo Alejandra, apurada.

—No te preocupes de eso ahora, lo importante es que, tanto la niña como tú, estéis bien.

Mi cuñada había salido de cuentas hacía un par de semanas y Fernando le dijo que, si no paría en dos días, él mismo le provocaría el parto; había llegado ya al límite.

—Venga, papá, vamos al paritorio que, o nos damos prisa, o la niña nos ayuda en el siguiente parto —le dijo Fernando a Mateo, que llevaba a su chica en una silla de ruedas.

Ni media hora después, salió el feliz padre con la niña en brazos. Era preciosa, y tenía un pelo negro, igualito que su hermano y su madre, y unos ojos enormes, del mismo color que su tío.

—Chicos, os presento a Marina, el nuevo miembro de la familia.

—Es preciosa, cuñado, mi más sincera enhorabuena —le dijo Pablo.

—Ay, por favor, qué bonita es. Yo quiero que una de las nuestras sea así, Mario —dijo mi hermana.

—Difícil lo veo, cariño, porque la niña es igualita a su padre, a no ser que Mateo haya sido el que puso la semillita…

—¡Vete a la mierda, Mario!

A mi hermana las hormonas la tenían revolucionada, y lo mismo reía que lloraba como una magdalena, por cualquier tontería, como ahora mismo.

Chica paciencia tenía mi cuñado con ella, que se sentó y la puso sobre su regazo, acunándola como si fuera un bebé.

—¿Cómo está mi hermana?

—Como una rosa, no le han tenido que coger ni un punto. Ha sido llegar, dar dos empujones, y plantar a la niña en el mundo.

—Eso es lo que más miedo me da a mí, el parto —dije, casi en un susurro.

—Todo irá bien. Ahora, ven a ver a la niña, anda —me dijo Pablo.

A mí, no me atravesó ninguna descarga, como decía Alejandra que tenía, pero sí que mis piernas se mojaron, y pensé que me había hecho pis encima.

—Dios mío, qué vergüenza, me acabo de hacer pis —dije.

—No, hermanita, acabas de romper aguas —me contestó Carolina.

—No puede ser, si no he sentido ningún dolor.

—Espera, que voy a buscar a Fernando.

En cuanto nuestro amigo llegó y me vio, me llevó al mismo sitio del que acababa de salir Alejandra.

—Fernando, de verdad, que no siento ningún dolor, que esto no puede ser estar de parto.

—Mira, no me vayas a discutir eso, que estoy viendo ya la cabeza del niño.

—¿Y por qué no siento dolor? ¿Acaso viene mal?

—La que viene mal, pero de la cabeza, eres tú. Te explicaré algo. Hay mujeres que, por la razón que sea, no sienten el dolor de las contracciones, y eso es una suerte enorme.

—¿Me estás diciendo que voy a parir sin dolor?

—Hombre, tanto como sin dolor, no, pero no con la intensidad con la que lo hacen el resto de las mujeres. Vas a notar cómo el bebé sale, eso te lo garantizo, pero te has ahorrado todo lo demás.

—¿No me puedes poner un poquito de epidural?

—Claro, ahora mismo te doy media jeringuilla de anestesia. ¿Tú eres tonta desde antes o es cosa del embarazo?

—Venga, mi amor, mira la suerte que has tenido con eso —me dijo Pablo.

—Ahora, te toca empujar, como la que está estreñida y necesita liberarse —me dijo Fernando.

—Tampoco tienes que ser tan gráfico, hijo mío.

—Calla y al trabajo de parto.

Pablo me sujetó de la mano y, tras unos cuantos empujones, noté cómo salía la cabeza de mi hijo, seguido del resto del cuerpo.

No fue un dolor inhumano, lo reconozco, pero la sensación fue un tanto desagradable, a la vez que liberadora.

Una hora después de que entrara en paritorio, mi niño ya estaba en el mundo, llorando como un descosido porque tenía hambre.

Nacho nació con cincuenta y un centímetros y cuatro kilos doscientos. Vamos, un niño de una vez, y era una fotocopia de su padre, en todo.

—Ve a presentárselo a los demás —le dije a Pablo.

—No quiero separarme de ti. ¿Estás bien?

—Estoy de maravilla, Pablo. Me siento…

—Pletórica, como yo.

—Gracias, mi amor, por hacerme la mujer más feliz del mundo.

—Yo sí que te la tengo que dar a ti, porque me has salvado, en todos los aspectos.

—Bueno, como nadie me da las gracias a mí, me las daré yo solo. Gracias, Fernando, por abrirle la puerta a dos niños en la misma tarde —dijo nuestro amigo, haciéndonos reír.

Tanto Pablo como yo, pedimos que nos pusieran en la misma habitación que Alejandra.

Sabíamos que todo iba a correr por cuenta de nuestro amigo y que tendría descuento, ya que solo sería el pago de la habitación, pero quisimos que se ahorrara, al menos, el importe de una de ellas.

Aparte de eso, las visitas serían las mismas, y de esa manera lo tendrían más fácil, porque nos visitaría a las dos a la vez.

En cuanto estuvimos arriba, Pablo me miró, y sacó una cajita de su bolsillo, que era de la joyería del pueblo.

—María, sois mi vida, mi familia, y no quiero esperar más para preguntarte esto. ¿Me harías el honor de hacerme el hombre más feliz del globo, aceptando ser mi esposa?

—Claro que sí, mi amor, y lo haremos este verano, con los nuestros y con el padre Samuel como maestro de ceremonias.

—Sí, pero, por favor, no pongáis una pantalla fuera de la iglesia, que no quiero más sustos —dijo Alejandra, que nos miraba con los ojos llorosos.

Tanto Pablo como yo soltamos una carcajada, justo cuando entraban mis padres, a los que ni siquiera nos había dado tiempo de avisar, y que venían junto a Alex, mi abuela y mi hermana, que venía de la mano de mi cuñado.

Capítulo 36



Pablo

Había llegado el día de la boda y del bautizo de los niños. Esa noche, mi chica se fue a dormir a casa de sus padres, y se llevó al niño.

Mi cuñada ya había dado a luz a dos niñas preciosas, que recibieron por nombre, Martina y Carlota, pero que lloraban con el volumen de dos sopranos de ópera.

—No sé cómo lo hacía mi madre con nosotras, de verdad que no —dijo Carolina, que bajó a ver cómo iba.

—Con mucho amor, te lo aseguro —dijo mi suegra, que también había acudido para darme un beso antes de ir a la iglesia.

—Me muero por ver a María, seguro que estará preciosa.

—No te lo puedes imaginar, parece una muñeca.

—Pues espero que sea una Barbie y no una barriguita… —dijo Carolina.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—A nada, a nada, cosas mías…

La madrina de la boda era mi hermana Alejandra, como no podía ser de otro modo, y el padrino, sería Santi, en quien había encontrado al padre que

nunca tuve.

Jamás me guardó rencor por lo que tuve que hacer, y siempre me ofreció su cariño y su apoyo, en todo lo que podía.

Si tenía alguna duda o algo me preocupaba, no dudaba en ir a buscarlo, pues sabía que él me daría otra visión del problema que no había sido capaz de ver.

Por supuesto, se negó a que ninguno pagara nada de la boda. La única condición que puso fue que no lo celebráramos en el cortijo, y eso nos hizo mucha gracia, pues ni a María, ni a mí, se nos había ocurrido.

Lo celebraríamos en la Plaza Mayor del pueblo, donde contratamos una empresa de la ciudad que se encargaría de todo.

Está de más decir que invitaron a todo el pueblo, daba igual si habían criticado a su hija o no, porque ellos decían que cada uno daba lo que tenía, y ellos estaban llenos de amor.

Me encantaba su manera de ver la vida, y siempre pensaba que, ojalá, mis padres hubieran sido así.

Mi hermana llegó a por mí, y estaba preciosa. Llevaba un vestido en azul añil, de corte griego que le quedaba precioso, y cuya cintura estaba marcada por un cinturón dorado, al igual que las sandalias y los complementos.

Mi sobrina también se iba a bautizar ese día, como no podía ser de otro modo. Lo que ella no sabía es que, como hay un refrán que dice que de una boda sale otra boda, pues de la mía saldría la de ella.

—Venga, vamos, o llegará la novia antes que tú —dijo mi hermana.

—Sí, que tengo unas ganas de verla, y a mi hijo, que no te puedes imaginar cómo los he extrañado esta noche.

—Pues no será porque las mías no te lo han recordado, porque se han llevado toda la noche llorando —dijo Carolina, que también venía con nosotros.

No cogimos ningún coche, estábamos a pocos metros y decidimos que iríamos andando.

El padre Samuel sería el encargado de celebrar, tanto la boda como los bautizos de los cuatro niños, que se llevarían a cabo a continuación de que María y yo hubiéramos contraído matrimonio.

Los padrinos de Nacho serían, Carolina y Mario; los de Marina, María y yo, y los de Martina y Carlota, Carmen y Sergio.

Ellos tenían un niño, Sergio, pero no lo querían bautizar; querían que fuera él quien lo eligiera en un futuro, si de verdad le llamaba eso.

Llegué a la puerta de la iglesia, donde ya estaban todos los vecinos, esperando a que llegara la novia, que lo hacía diez minutos más tarde, de la mano de su padre, que la miraba con orgullo.

No podía decir que estaba preciosa, porque esa palabra no le hacía justicia. Llevaba un vestido de corte sirena y escote en V, tanto en la delantera como en la espalda.

La falda era vaporosa, y contaba con una abertura en la pierna derecha, que hacía que se viera su pierna al andar, y un cinturón de pedrería, la misma que lucía en los hombros y la espalda.

Su pelo venía recogido en un moño informal, en el que lucían dos pasadores de pedrería, prendidos de su pelo.

—Estás…

—No estoy, soy. ¿No recuerdas?

—Es cierto, eres preciosa, pero hoy, hoy estás reluciente.

—Eso es la felicidad, que me sale por los poros de mi piel.

Estaba tan nervioso, que ni siquiera me había dado cuenta de que, junto a Samuel, estaba Lucas, que nos miraba con una sonrisa.

—No me podía perder ver el triunfo del amor con mis propios ojos —nos dijo.

—Gracias, Lucas, sin ti, nada hubiera sido posible.

—Ojalá y pudiera haber hecho más, pero ahora, vamos a lo importante, que me muero por decir eso de: “os declaro marido y mujer”.

Todos soltamos una carcajada, pero tenía razón, lo más importante era que estábamos a punto de unir nuestras vidas para siempre, aunque fuera de forma legal, porque, de manera simbólica, ya lo habíamos hecho.

La ceremonia fue preciosa y muy emotiva, porque tanto Alejandra, como Carolina, salieron a decir unas palabras que nos sacaron más de una lagrimilla a todos.

Me hubiera gustado que mis padres estuvieran allí, apoyándonos, tanto a mi hermana como a mí, haciéndonos sentir queridos, pero no pudo ser.

Ni siquiera conocían a nuestros hijos, y ahí sí que no partía peras con nadie, pues Nacho, estaba por encima de todo y de todos.

Salimos de allí y la primera copa nos la tomamos en la misma puerta de la iglesia, ya que las mesas estaban puestas bajando las escaleras del lugar en el que nos habíamos casado.

—¿Por qué no tomas vino, cariño? —le pregunté a mi ya, mujer.

—No me apetece, la verdad, prefiero agua o refresco.

—Entonces, ahora mismo te pido uno de cola.

Carolina y mi hermana la miraron, y ella, para disimular, sonrió. Pero algo me decía que esas miraditas ocultaban alguna cosa, tan solo tenía que averiguar lo que era, y sabía cuándo sería el momento exacto.

Pasamos a las mesas, que estaban repletas de comida. Mi suegro se había pasado tres pueblos con los menús, pues tendríamos comida para celebrar tres días, y yo tenía pensado irme a estrenar mi matrimonio esa misma noche.

Llegó el momento de los discursos, y el primero, como no podía ser de otro modo, fue mi recién estrenado suegro.

—Yo tengo mucho que decir, pero seré rápido…

—Miedo me da cuando dices eso, papá —dijo Carolina.

—Calla, niña, y deja que hable tu padre —la reprendió doña Catalina.

—Como iba diciendo, tan solo quiero dar la bienvenida a la familia a mi yerno, Pablo, aunque para mí no eres más que el hijo que nunca tuve. Te quiero, por cómo miras a mi hija, por cómo tratas a mi nieto, y por cómo vienes a buscarme cuando necesitas algo.

—Mario, creo que ya ha quedado claro cuál es su yerno preferido —volvió a interrumpir mi cuñada.

—Hija, no seas celosa, que al tuyo se lo diré cuando llegue el momento, cuando ponga un anillo en tu dedo —le respondió Santi.

—Santi, si no me deja. Lo llevo en el bolsillo desde hace un mes y cada vez que voy a decirle algo, me cambia de tema o una de las niñas empieza a llorar.

—Pues ahora es el momento perfecto, que las niñas están calladitas y a ella no la vamos a dejar hablar —le contestó.

A Mario le faltó tiempo para ponerse de rodillas, anillo en mano y pedirle matrimonio a su chica, que lo miraba asombrada.

—¿Era en serio?

—¿Pues no me ves? Pero responde rápido que me estoy dejando el menisco en el adoquín.

—Sí, sí que quiero —le dijo ella, y todo el mundo empezó a aplaudir.

Mateo me miró, y le hice un gesto, pues no quería que se echara atrás. No porque no lo fuera a hacer, sino porque mi hermana también se merecía un reconocimiento público.

—Bueno, pues como no hay dos sin tres, yo también quiero decirle algo a mi chica —dijo Mateo.

Alejandra lo miraba, y alternaba la mirada con los demás, sin saber cómo actuar.

Hizo la misma operación que mi amigo, y sacó el anillo. A él no le hizo falta ni hacer la pregunta, pues mi hermana empezó a saltar diciendo que sí, que se casaba, y que lo harían el año que viene, en el mismo lugar y fecha en el que lo habíamos hecho nosotros.

Pero lo más sorprendente estaba por llegar, cuando vi que María se levantaba y me cogía de la mano.

—Como el día va de declaraciones y confesiones de amor, yo también tengo algo que decir.

—Me queda claro que no me va a pedir matrimonio; por ahí, respiro tranquilo —dije, en tono de broma.

—Yo no lo haría del todo, cuñado —dijo Carolina.

—Pablo, que sepas que, dentro de siete meses, seremos uno más en la familia.

No supe cómo reaccionar, y lo único que me salió fue soltar dos lagrimones.

Epílogo



María

Veinte años después…

Era nuestro aniversario de boda. Hacía veinte años que nos habíamos dado el "sí, quiero", y Pablo había reservado en un restaurante de la ciudad, donde comeríamos todos juntos, como hacíamos siempre, desde el primer año que lo celebramos.

En nuestra familia no había habido grandes cambios, aunque sí mucho que celebrar.

Lo único que teníamos que lamentar era que mi abuela, Luisa, nos había dejado a los ochenta y tres años, y el vacío que dejó fue difícil de llenar.

Mi segundo embarazo fue de una niña, a la que llamamos, Lucía, y que era una fotocopia de su tía Alejandra, a la que adoraba.

Se llevaba dos años con su hermano mayor, que se sentía el protector de ella, al igual que de Marina, su prima, y de mis sobrinas, Martina y Carlota.

Siempre decía que menos mal que contaba con Sergio y con Alejandro, porque estaba rodeado de niñas por todas partes.

Con respecto a las parejas, todos continuábamos juntos, a excepción de Carmen y Sergio, que se habían separado.

Entre ellos continuaba una amistad, por el bien de su hijo, y no habían sido pocas las veces en las que se habían ido de vacaciones juntos, con la compañía de sus nuevas parejas.

Sergio fue muy sincero con mi amiga, después de pasar por una crisis, y le dijo que había conocido a alguien y se había enamorado. Entre ellos no había pasado nada, ni pasó, porque ella lo rechazó, pero no quería seguir con Carmen sintiendo algo por otra mujer.

Con el tiempo conoció a Barbara, una nueva chica que llegó como limpiadora a la oficina en la que continuaban trabajando juntos.

Poco a poco, se fueron enamorando, hasta ser la pareja que eran ahora, y de la que habían nacido dos niñas gemelas, que tenían ocho años, y que hacían las delicias de su hermano mayor.

Carmen también encontró el amor, curiosamente, en un primo de Bárbara, al que conoció en un cumpleaños de Sergio.

Ellos no habían tenido hijos, pero eran de lo más felices, pues su chico decía que con Sergio tenía suficiente.

Tanto Alejandra como Carolina, se casaron al año siguiente, compartiendo boda, de la que mi padre, al igual que hizo con la mía, se encargó de todo.

Mi hermana no había tenido más hijos, pues una enfermedad hizo que tuviera que pasar por un mal momento de salud, que le impidió volver a ser madre, pero que tampoco fue un trauma para ella, la verdad.

Mi cuñada, sin embargo, se quedó embarazada tres meses después que yo, y tuvo otra niña, a la que llamó Manuela, como mi madre, porque en ella encontró a la madre que nunca tuvo.

De mis suegros, así como de mi cuñado Sebastián, no habíamos tenido noticias hasta hacía un par de años, cuando falleció Silverio, y se tuvo que leer el testamento.

Pablo habló con su hermana, ambos enviaron una renuncia notarial, no querían saber nada de ellos, ni para bien ni para mal. Si les había dejado algún bien o propiedad, que se lo repartieran entre ellos.

A nosotros nos iba de lujo en el plano laboral. En la peluquería contratamos a tres chicas, que eran las que llevaban el trabajo adelante, y nosotras, así como mi cuñada Alejandra, nos quedamos con el supermercado de mis padres.

Invertimos muchísimo tiempo y dinero y lo convertimos en un gran establecimiento de la zona, en el que podías encontrar de todo.

Mi marido seguía como profesor, al igual que su cuñado Mateo, y cada día lo veía marchar feliz a su trabajo, que era el que siempre quiso hacer.

A Valentina la internaron en un centro de adicciones, de donde no volvió a salir. No solo no se curó de su adicción al sexo, sino que se lio con otro de los internos, que la introdujo en el mundo de las drogas, y la encontraron muerta una mañana con una sobredosis.

Ese fue el fin del matrimonio de sus padres, que no pudieron superar el hecho de que, si hubieran estado más encima de ella, no habría sucedido eso. O al menos era lo que ellos pensaban.

Si me preguntáis a mí, yo creo que eso no tiene nada que ver, que va en la condición de la persona, pero bueno, es mi opinión y no la suya.

—Cariño, si te vistes así, te conviertes en un pecado —me dijo Pablo, al verme salir con ese vestido.

—Yo solo tengo un pecado.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál es, si se puede saber?

—Amarte es mi pecado, señor seminarista.

Pablo soltó una carcajada, pero no perdió la oportunidad de cogerme de la mano y pegarme a él, besándome como solo él sabía, y que era el preludio de lo que vendría después.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
X: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel